8402222

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

# LA MANZANA DE ORO.

DNU
12955
IV

ht. 5441

VICTOR ENSEÑAT

LA

# MANZANA DE ORO,

NOVELA ORIGINAL

POR

**JOSÉ SELGAS.**

---

## IV.

## LA CRIOLLA.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, 13.

PARÍS,
LIBRERÍA DE D. FRANCISCO BRACHET,
8, rue de l'Abbaye.

1872.

MADRID : Imprenta de M. Rivadeneyra, Duque de Osuna, 3.

# LA CRIOLLA.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### La triple alianza.

—Señores, es preciso que no nos forjemos ilusiones..... yo soy diplomático, he intervenido en muchos protocolos, en el ministerio de Estado hay notas mias que arden en un candil, y sé, por consiguiente, dónde me aprieta el zapato; porque no se llega á la categoría de primer secretario de embajada sin tener un gran conocimiento de los hombres y de las cosas; y aseguro que nuestras negociaciones son asunto desesperado..... perdemos el pleito con las costas.

Hablaba así un jóven de cejas abajo, que era al mismo tiempo un viejo de cejas arri-

ba, pues los treinta años y pico que se dejaban traslucir en su semblante rigurosamente afectado, preso entre dos patillas, ni negras ni rubias, algo excéntricas para no ocultar su filiacion inglesa, los doblaba la inmensa calva que, digámoslo así, cubria su cabeza. Visto por arriba era una calabaza, visto de frente venía á ser un hombre. Á pesar de esta circunstancia, la pulcritud de su vestido, la precision de su corbata, la pureza inmaculada de la pechera, del cuello y de los puños de su camisa, y la expresion diplomática de su chaleco, impedian que pudiera considerársele, atendiendo á la calva, como hombre de medio pelo. En vano la fatuidad de sus palabras y el aire internacional que respiraba toda su persona pretendian desmentir lo que á primera vista se notaba siempre que se le veia descubierto, á saber: el natural despejo de su cabeza; siendo imposible no reconocerle el ya raro dón de tener algo más de dos dedos de frente.

Hablaba de esa manera á otros dos personajes, cuyo distinto aspecto formaba contraste: era uno de ellos alto, fornido, de tez

tostada y áspero semblante, labios gruesos y anchas patillas negras, largas y revueltas; y era el otro cari-redondo y boqui-rubio, que con sus finos bigotes y su prolongada perilla podia pasar alternativamente por alférez de húsares ó por tenor de ópera.

Los tres se dirigian marchando lentamente desde los jardines de Recoletos á la Fuente Castellana, y era una hermosa tarde de Octubre, de esas tardes apacibles y brillantes, hijas de los dias serenos con que el juicioso otoño indemniza á Madrid de las locuras de la primavera.

—Señor diplomático, replicó el de las patillas negras, me parece que V. se ahoga en poca agua y que *arria* la bandera muy pronto. No niego yo que hay mar de fondo y que el cielo se encapota; pero capearémos la tormenta, y ya verémos por dónde salimos; porque yo no me voy á pique sin hacer ántes la última maniobra.

El boqui-rubio tomó á su vez la palabra y dijo:

—Caballeros, éste no es asunto ni de protocolos ni de maniobras; no hay una razon

de Estado á que atenerse ni una brújula por que regirse; estamos á merced del capricho; hemos puesto á la lotería, y hasta que se haga el sorteo no podemos saber qué número saldrá premiado..... y es preciso no perder de vista que miéntras las bolas dan vueltas dentro del bombo todos los números tienen las mismas probabilidades.

El diplomático hizo un gesto desdeñoso, diciendo:

—Yo he sido el autor de esta triple alianza, porque comprendí que nos perjudicábamos recíprocamente, cuando mutuamente podiamos favorecernos. Éramos tres potencias que por la combinacion encontrada de nuestras respectivas políticas íbamos á llegar, más tarde ó más temprano, á la extrema contingencia de un *casus belli;* y apelé al recurso diplomático de una conferencia con el fin de obtener un tratado que nos asegurára la paz, quedando cada uno en libertad de seguir independientemente sus gestiones para alcanzar el fin, que bien podemos llamarle la conquista de la India. Me parece que éstos fueron los preliminares del convenio.

El hombre de las patillas negras se apresuró á decir:

—Poco á poco; yo me opuse á esa combinacion de las escuadras; preferí el zafarrancho de combate, porque no me gusta navegar en conserva. Bien claro lo dije, pero ustedes creyeron más conveniente esta paz armada, en que consumimos nuestros recursos sin adelantar un paso. ¿Qué hemos hecho en seis meses de conferencias, de entrevistas, de planes, de acuerdos?..... Nada; dar bordadas inútiles, sin que ninguno haya conseguido pasar la línea..... ¡Oh! esta calma chicha me desespera.

—No era posible venir á las manos, replicó el diplomático; y no era posible, porque no era razonable. Somos tres con las mismas aspiraciones, con los mismos derechos, con las mismas probabilidades. Un duelo entre dos es cosa corriente, pero entre tres es absurdo. Eche V. por donde quiera, no hay manera de arreglarlo sin que uno se bata con dos..... pudiéramos habernos batido los tres á un tiempo, pero no hubiéramos encontrado testigos. No siendo posible la guerra, era

necesario el protocolo. Hé aquí el fundamento originario de nuestro tratado. No saquemos las cosas de quicio.

—Yo, advirtió el tercero, me opuse del mismo modo al lance que al convenio, porque no es cuestion de notas ni de balas, en que el éxito está, en el primer caso de parte del más astuto, y en el segundo caso de parte del más fuerte. Cada uno de nosotros tiene su encanto á los ojos de la niña. César la encanta, porque es el ojo derecho de la mamá, y si enamorar á la hija fuera lo mismo que enamorar á la madre, estábamos frescos. Usted, señor marino, la entretiene como una nodriza, contándole con esa voz de tempestad que Dios le ha concedido las interesantes y terribles aventuras de sus largas navegaciones. Yo la divierto como nadie, teniéndola al corriente de cuanto pasa en el mundo de la moda: los tres le somos igualmente indispensables, á los tres nos sonrie del mismo modo; no sabe por cuál decidirse, y empiezo á sospechar que no se decidirá nunca. Por otra parte, su perplejidad es la cosa más natural del mundo: se encuentra

con una credencial de primer secretario de embajada, con un despacho de comandante de navío y con un título de vizconde; tres buenos partidos, que la tienen indecisa, y precisamente por no poder elegir á los tres me temo que se va á quedar sin ninguno..... De manera que en vez de sumarnos, nos restamos..... cada uno le quita al otro todo lo que él vale. ¿Cómo salir de este atolladero? Es muy sencillo, y á su tiempo lo propuse: nada de conferencias ni de tratados, nada de balazos ni de estocadas; que la suerte decida cuál ha de quedarse por dueño del campo. Cara ó cruz, y asunto concluido.

—¿Y es decoroso, preguntó el diplomático, jugarse de ese modo la mano de la mujer que ha de ser madre de nuestros hijos? Ademas, vuelvo á mi tema: tenemos el pleito perdido.

Los tres signatarios del tratado de la triple alianza se detuvieron formando corro, y el diplomático prosiguió diciendo:

—Queda el último recurso.

—¿Cuál? preguntó el marino.

—Una retirada por escalones.

—¿En qué forma? preguntó á su vez el Vizconde.

—En ésta: primero se retira uno, despues otro..... luégo, etcétera.

—Yo acepto.

—Yo tambien.

—Perfectamente, añadió el diplomático escondiendo la mano derecha bajo la solapa de su chaleco. En ese caso el Vizconde rompe la marcha, le sigue el comandante de navío, y yo, el más humilde de los tres, me quedo en el lugar que me corresponde; esto es, el último.

—No puedo consentir esa desigualdad humillante, exclamó el Vizconde. Procedamos por órden: en todo rompimiento internacional el embajador es el primero que se retira; una vez retirado el embajador, los barcos de guerra abandonan el puerto; yo, pobre de mí, que no soy ni diplomático ni marino, puedo retirarme más tarde.

Echóse el comandante atras las manos como quien presenta el pecho al enemigo, y balanceándose sobre las puntas de los piés,

sin duda para hacerse creer que se hallaba á bordo, dijo:

—Esto se va á pique..... corriente; que echen los botes y sálvese el que pueda; pero en todo naufragio el capitan es el último que abandona el buque. Es mi puesto de honor, y no se lo cedo ni á mi padre.

—Veo, exclamó el diplomático, que la retirada es imposible.

—Otra idea me ocurre, añadió el Vizconde.

—Veamos, dijeron á la vez los otros dos.

—Hemos convenido al formar esta triple alianza, que ninguno presentaria oficialmente sus pretensiones sin el prévio acuerdo de los tres, requisito indispensable aunque hubiera señales seguras y repetidas de una preferencia incontestable. Pues bien, acordemos que se rompa el fuego..... por su órden..... primero uno..... luégo otro, y luégo el tercero..... Concedámonos una semana á cada uno para disponer el ataque. En estos ocho dias se le debe dejar solo, alejándose los otros dos del campo de batalla, y triunfe el que

pueda..... La idea es excelente y me parece que no habrá escrúpulos que la impidan..... Yo soy el primero.

Diciendo esto, echó á andar, dando el asunto por resuelto; pero el secretario de embajada y el comandante de navío se le echaron encima, obligándole á acortar el paso.

El primero le dijo, poniéndole la mano en el hombro :

—Veamos eso despacio..... la idea en principio es admisible..... no se puede rechazar en absoluto, pero hay que tomarla á beneficio de inventario. Vamos á cuentas. El que se anticipe lleva indudablemente la ventaja de ser el primero..... es, pues, preciso establecer un órden equitativo, que puede ser éste : empiece el que ménos probabilidades tenga de buen éxito, y ya saben ustedes que yo soy, de los tres, el que ménos distinciones le debe á la señorita de Vegahonda.

—¡Demonio!..... exclamó el marino, no hay quien me quite el primer lugar. Se rie de mí como una tonta, y me ha llamado salvaje más de mil veces.

—Eso, replicó el Vizconde, es miel sobre

hojuelas..... se rie porque le hace V. gracia, y le llama salvaje porque le admira..... pero ¿saben ustedes lo que dice de mí? que soy *su gacetilla*..... Anoche, sin ir más lejos, me dijo al salir del palco..... Vizconde, ¿por qué no se llama V. Domingo? ¿Por qué?..... le pregunté, y me contestó: Suele V. adivinar mis deseos..... veamos si adivina V. mi pensamiento..... Me devané los sesos inútilmente, y ahora caigo en la cuenta. Quisiera que me llamára Domingo para poder decirme Dominguito ó Dominguillo..... por consiguiente, nadie presenta mejores títulos que yo para ser el primero.

—Todo eso no significa nada, añadió el diplomático, y más bien significa confianza, intimidad..... abandono..... hay hasta ternura en ese *mi gacetilla*..... Lo de *Dominguillo* no pasa de ser una suposicion, y aunque se admita, ¿qué resulta? que es V., á sus ojos, lo que más encanta á las mujeres..... un dije. Yo soy el que ménos influencia ejerzo sobre ella, porque conmigo es terrible. Cuando fuí nombrado primer secretario de la embajada de Lóndres, se hablaba un dia

de la incapacidad del embajador que por entónces representaba á España cerca del gabinete de San James..... y se explicaba mi nombramiento como una necesidad..... «Ya lo creo, dijo con la mayor formalidad, este caballero es una ocasion para el Gobierno»; yo me incliné modestamente, y añadió: «Ocasion que no sé cómo ha podido asirla.» Vi entónces circular cierta sonrisa entre las personas que se hallaban presentes, sin saber á qué atribuirla, hasta que me acordé de mi calva..... Dígaseme ahora si se me puede disputar el derecho que me asiste á ser el primero que pruebe fortuna.

—Bah..... exclamó el marino..... Eso es que estaba celosa.

—¡Celosa!..... ¿De quién?

—De V. mismo.

—¡De mí!.....

—Sin duda ninguna, dijo el Vizconde con aire de profundo convencimiento. Las mujeres son así: les gusta humillar al hombre que les interesa, para que nadie se los dispute..... adoran nuestras perfecciones, y muchas veces nos quisieran ver llenos de de-

fectos..... En esa ocasion era V. un personaje verdaderamente interesante..... Brillaba usted en aquel momento con todo el esplendor de sus talentos diplomáticos..... Los circunstantes verian en V., cuando ménos, un *Pitt* futuro, y ella, alarmada, quiso detener el vuelo de una admiracion tan justa como peligrosa para su tranquilidad, y vino á decir en sustancia: «Eh, señores, que es calvo»; ó lo que es lo mismo: «poco á poco, que es mio.» Me parece que esto no tiene vuelta de hoja.

Al concluir de pronunciar estas palabras ladeó la cabeza y se hizo á sí mismo un gesto, digámoslo así, de inteligencia, que no pudieron sorprender ni el marino ni el diplomático. A este último no debieron parecerle completamente destituidas de fundamento las razones del Vizconde, pues nada tuvo que replicar á ellas.

Los tres anduvieron algunos pasos guardando silencio. El marino, que iba enmedio, fué el primero que tomó la palabra, diciendo:

—Ó picamos las amarras los tres á un tiempo y nos largamos con viento en popa,

ó á un tiempo los tres cargamos y nos vamos al bulto; no veo otra salida á este maldito fondeadero.

—¡Una declaracion en comandita !..... exclamó el Vizconde; no me parece mala idea.

—Es un verdadero bloqueo, añadió el marino.

—Es tarde, dijo sentenciosamente el diplomático.

—¿Qué hay, pues? preguntó el Vizconde.

—Hay..... que el Duque ha presentado formalmente sus credenciales y le han sido admitidas..... Lo sé de buena tinta.

—Mis noticias no son ésas, replicó el marino..... Lo que hay es que el Duque no ha traido de su último viaje la patente limpia y está en cuarentena.

—Señores, exclamó el Vizconde, no hay nada de eso: el Duque está desahuciado.

—¡Desahuciado!..... dijo el diplomático..... Miren ustedes..... Las señas son mortales; y alzando el brazo, señalaba al paseo de los coches en direccion á la Fuente Castellana.

Los dos volvieron los ojos en la direccion

indicada por el brazo del Vizconde, y vieron venir hácia ellos un magnífico *landó*, que se adelantaba al trote largo, igual y arrogante de dos soberbios caballos castaños, que lo arrastraban como una pluma.

Al ver venir este lujoso tren, cada uno de los consignatarios del tratado de la triple alianza hizo un movimiento : el diplomático se adelantó hácia el coche que venía, el marino se llevó maquinalmente la mano al sombrero, y el Vizconde se ocultó sencillamente detras del tronco de un árbol. En esta situacion los sorprendieron los caballos, sobre cuyas guarniciones charoladas brillaba el herraje de plata.

Pasó el *landó* como una flecha, dejando ver como un relámpago una sonrisa semejante á un saludo.

Al estribo del coche galopaba un jinete.

El diplomático se volvió y dijo :

—Nos ha conocido.

El marino añadió :

—Nos ha saludado.

El Vizconde se acercó á sus amigos diciendo :

—El Duque no la deja ni á sol ni á sombra.

—¿Pues no dice V. que está desahuciado? preguntó el diplomático.

—Es indudable.

—Lo indudable es, replicó el marino, que el Duque echa la sonda y no encuentra fondo.

—Desengáñense ustedes: es cosa arreglada..... lo sé por la madre.

—Pues yo, añadió el marino, picado de la contradiccion, lo sé por la hija.

—Ni lo uno ni lo otro, dijo el Vizconde..... mi noticia es positiva, la sé por el mismo Duque.

—¿Cómo es esto entónces? preguntó el diplomático..... Ó la madre está en Babia, ó la hija no sabe lo que se dice, ó el Duque no sabe lo que se pesca.

Al comandante de navío le pareció la dificultad insuperable, y apeló al doble recurso de morderse el labio superior al mismo tiempo que se encogia de hombros. Mas el Vizconde los dejó estupefactos, diciendo:

—Pueden ser las tres cosas.

—¡Las tres!

—Las tres.

—¡Á un tiempo!.....

—Á un tiempo.

—Explíquese V., dijo el diplomático, si es que podemos aspirar al honor de entenderle.

—Me explicaré: que el matrimonio del Duque con la criolla es cosa convenida no tiene duda, pues es un acuerdo antiguo de las familias..... Esto lo sabe todo el mundo..... Que ella da largas á la realizacion de ese matrimonio es evidente..... pues el Duque, desde que volvió de su último y misterioso viaje, está deseando casarse y á nadie se lo oculta..... Que la criolla aplaza el matrimonio indefinidamente para acabar con la paciencia del Duque, y que él sea el que rompa el compromiso contraido por las familias..... es claro..... así se murmura en todos los círculos..... Ahora bien, la madre ha dicho lo que sabe..... la hija lo que hace, y el Duque lo que teme.

—Perfectamente explicado, exclamó el marino..... Así ya se ve tierra, y esto cambia

de cariz..... Pero vamos á cuentas: la niña ya tiene veinte años, es decir, que ya debia estar casada..... El Duque es ciertamente un buen partido, el matrimonio es cósa conve-nida..... ¿por qué, pues, lo aplaza; es decir, por qué no quiere casarse?

—Se ignora, contestó el Vizconde.

Volvió el marino los ojos hácia el di-plomático, buscando la respuesta, que el Vizconde no supo ó no quiso darle, y éste dijo:

—Debemos suponer que semejante con-ducta ha de tener una causa, y en ese caso, yo no veo más que una.

—¿Cuál?..... preguntó el marino impa-ciente.

—Salta á la vista, y no es preciso haber hecho el viaje al Polo para dar en ello. Está claro que la criolla no quiere al Duque.

—Para esa averiguacion no es preciso abrir ni cerrar ningun libro; hasta ahí ya estamos..... lo que falta saber es por qué no quiere al Duque.

—Es bien sencillo, amigo mio, y he creido que era ocioso decirlo..... Si desdeña al Du-

que, es indicio seguro de que prefiere á otro.

—¿Y á quién?..... pregunto yo, dijo el marino cruzando los brazos.

—¡Á quién!..... me parece que el número en que pueden fijarse las conjeturas no es excesivo:.... ó es un sér del otro mundo, ó somos uno de nosotros.

Esta vez fué al Vizconde á quien volvió el marino los ojos, pidiéndole la confirmacion de lo que acababa de oir..... de tal manera le parecia increible; pero el Vizconde no fué tan explícito como él deseaba, pues se redujo á decir:

—¿Quién sabe.....? pero áun admitiendo la suposicion, que puede ser aventurada, queda la duda más terrible, á saber: cuál de nosotros es el preferido.

—Eso, se apresuró á decir el diplomático, hay que decidirlo en una discusion ámplia, razonada, en que cada uno exponga sus datos..... Propongo, pues, una especie de juicio contradictorio.

—Una subasta, añadió el Vizconde, y quiere decir que se le adjudica al mejor postor, al que más puje.

—Que empiece el diplomático, dijo el marino.

—No hay inconveniente..... empezaré. Señores: la madre no me habla vez que no me diga, hijo *mio;* y una noche que me retardé un poco..... llegué cuando ya habia empezado la partida de tresillo, y al verme la hija, se levantó de la mesa exclamando: «Ya lo tenemos aquí»; y añadió con risueño semblante..... «Creí que nos daba V. chasco esta noche.....» Me hizo sentar en la misma silla que ella ocupaba, me puso los naipes en la mano y me dijo: «César, mamá no puede vivir sin V.....» No digo más, señores.

—Todo eso es cierto, dijo el Vizconde, y tiene un gran valor. Yo presencié el caso y doy testimonio de ello..... Casualmente habia fingido una gran jaqueca para que no me obligáran á hacer tercio en el tresillo y me habia arrinconado en una butaca..... Mas en cuanto la criolla dejó á César instalado en su puesto, se acercó á mí, é inclinándose, se acercó á mi oido preguntándome: ¿Se calma?..... —Un poco, le contesté, pero si usted se empeña, se calmará del todo..... Me

empeño, contestó, y va V. á ver un prodigio.....» Y diciendo y haciendo, salió de la estancia, volviendo á los dos minutos, trayendo en la palma de la mano dos círculos negros que parecian dos obleas. «No más jaquecas, dijo presentándome el remedio: ésta es medicina segura; un pegadito en cada sien y se quita el dolor como con la mano.» Cogí uno y me lo apliqué..... «No está bien puesto», dijo, y con su dedo de nácar lo colocó en su sitio..... el otro ella misma me lo puso.

—¡Ella misma!..... exclamó el marino con voz tempestuosa.

—Con su preciosa mano..... Precisamente en aquel momento la señora de Vegahonda le daba á César el *codillo* del siglo. Como ustedes comprenderán, la jaqueca se disipó como el humo, pero no quiso que me quitára los pegaditos en toda la noche.

El marino tomó á su vez la palabra, diciendo:

—Señores, este verano, como ustedes saben, me tocó á mí acompañarla en la expedicion á Bilbao.

—Sí, afirmó el diplomático, á mí me tocó de servicio en Biarritz.

—Justo, añadió el Vizconde, y yo la seguí á París.

—Pues bien, prosiguió el marino..... en Bilbao se hallaba la Marquesa..... la hermana del Duque, y arreglamos una expedicion á Portugalete..... llegamos, y estaba la mar que daba gusto..... Desde el comedor de la fonda, donde nos sirvieron el almuerzo, veíamos la barra, que decia comedme, en ocasion en que un vapor entraba en la ria con general asombro, porque, como ya he dicho, la barra no estaba para juegos..... En esto echamos de ménos á la Marquesa, y ya íbamos á salir en su busca, cuando la criolla, que permanecia en el balcon, dió un grito..... acudí..... y me dijo: «Véala V., véala V.....» En efecto, distinguí á la Marquesa en un bote que habia salido de la ria y se iba flechado á la barra..... «¡Qué locura!..... gritaban por todas partes..... es una temeridad»; y lo era. El bote pasó la barra como una pluma, y una exclamacion general se escapó de todos los circunstantes, que agrupados sobre

el malecon de la ria contemplaban atónitos aquel singular arrojo..... Entónces la criolla se asió fuertemente á mi brazo y me dijo con voz trémula, pero firme..... «Quiero pasar la barra.....—Señorita, le repliqué, es muy peligroso.....—Por eso, me contestó, quiero yo pasarla; ¿tendrá V. acaso miedo?» Ya no vacilé; cogí un bote, el primero que vi, le hice poner la vela, y ántes de dos minutos ella y yo, solos en aquella cáscara de nuez, estábamos delante de la barra..... Me he visto en muchos aprietos; pero juro por Santa Bárbara que en éste no me llegaba la camisa al cuerpo..... Enfilé bien y en el momento oportuno, y pasamos sin novedad. Nos acercamos al bote de la Marquesa, que venía de vuelta, y seguimos sus aguas; lo vimos entrar en el torbellino y desaparecer debajo de la espúma..... la criolla dió un grito y se puso en pié, en el momento en que un golpe de mar sacudió nuestro bote, haciéndola caer en mis brazos, mejor dicho, en mi brazo izquierdo, porque el derecho iba sujeto al timon..... De esta manera repasamos la barra.

César lo interrumpió diciendo:

—Esa historia nos es perfectamente conocida; en dos meses no se ha hablado de otra cosa en los círculos elegantes.

—Es verdad, añadió el Vizconde.

—Saltamos en tierra, prosiguió el marino, y atracamos ántes que la Marquesa, porque así lo quiso la niña y la vela de nuestro bote pudo más que los remos del otro. Al poner el pié en tierra me apretó la mano, diciéndome..... Gracias, señor marino; no olvidaré esto en mi vida..... Estaba pálida y al mismo tiempo echaba fuego por los ojos..... Su mano temblaba..... Entónces tuve intencion de arrojarme á sus piés y estallar como una bomba; mi triunfo era seguro; pero recordé nuestra maldita alianza, me vi rodeado de curiosos que nos admiraban, llegó en fin la Marquesa, y no tuve más remedio que morderme los labios hasta hacerme sangre. Ahora liquidemos: con usted, César, ha sido amable; con el Vizconde ha sido compasiva; conmigo ha sido heróica..... Delante de mí no quiso ser ménos que la Marquesa..... ¿Me parece.....

—No veo diferencia ninguna esencial, dijo César, entre los tres casos; de forma que podemos seguir considerándonos con igual derecho, si es que no se me concede la primacía, porque, señores, la confesion es bien explicita: «Mamá no puede vivir sin usted»; ¿qué quiere decir esto?

—Quiere decir, replicó el Vizconde, que puede V. aspirar sin competencia á la mano de la señora de Vegahonda. Mas lo que es verdaderamente significativo, lo que demuestra un especial interes son los *pegaditos*, puestos por su misma mano en mi misma sien..... en esta sien, que se ha de comer la tierra.

—Eso lo hace cualquiera hermana de la caridad con el primer enfermo que se le pone delante..... replicó á su vez el marino; pero lanzarse conmigo á un verdadero peligro..... confiarme su vida de ese modo, es una prueba terminante, es unir su suerte á la mia.

—¡Pura vanidad!..... exclamó el diplomático..... quiere rivalizar en todo con la Marquesa, y V. no fué allí más que un ins-

trumento muy á propósito para proporcionarle el triunfo.

—¿Qué duda tiene? añadió el Vizconde..... Nadie ignora la lucha que existe entre la Marquesa y la criolla..... es una guerra á muerte.

Los tres aliados guardaron silencio, comprendiendo cada uno de ellos que no habia manera de avenirse.

En esto llegaron á la Fuente Castellana, y distinguieron entre el cordon de coches que avanzaba, el magnífico landó de la criolla, á cuyo estribo continuaba galopando el caballo del Duque.

—Ahí viene, dijo el diplomático.

Los tres se detuvieron, aproximándose á la orilla del camino que habia de seguir el coche al dar la vuelta. Llegó éste, y al pasar por delante de ellos, los tres llevaron sus manos á los sombreros, al mismo tiempo que la criolla, saludándolos afectuosamente, dejó caer á sus piés un hermoso clavel que llevaba en la mano y que era un prodigio en aquella estacion, á pesar de los milagros que hacen las estufas.

Á la vez se arrojaron á coger la preciosa flor que habia caido delante de ellos; pero el marino, que estaba enmedio, abrió los brazos con tal violencia, que el diplomático y el Vizconde cayeron de espaldas, y el mismo marino quedó sentado sobre la arena: los tres sombreros rodaron por el suelo y el clavel cayó en manos del comandante de navío: la risa de los circunstantes fué general é inevitable.

Despues de recoger su sombrero, dijo el diplomático:

—No sé con qué derecho se ha apoderado V. de esa flor como de cosa propia.

—Con el mismo, replicó el marino, con que V. ha intentado apropiársela.

—Es indiferente, exclamó el Vizconde sacudiendo los faldones de su levita, que la haya cogido uno ú otro; pues en realidad no sabemos á quién iba dirigida, y miéntras no se averigua, la flor es de los tres.

—Por de pronto es mia, gritó el marino.

—Poco á poco, replicó el Vizconde; eso lo verémos.

—Estoy dispuesto á que se vea cuando ustedes quieran.

Con mucha calma intervino el diplomático, diciendo:

—Señores, hemos establecido el precedente de que es imposible un duelo entre los tres; por lo tanto, todas ésas son palabras ociosas.

—¿Y qué se hace en esté caso? preguntó el Vizconde.

—Es muy sencillo: los tres, comisionados por nosotros mismos, nos presentamos á la señorita de Vegahonda, le hacemos presente nuestra duda, y ella la resolverá.

—No veo inconveniente en ello, dijo el marino.

—Convenido, añadió el Vizconde; no se hable más del asunto.

—¿Esta noche?.....

—En el teatro.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

Cuando de vuelta de la Fuente Castellana llegaron á la calle de Alcalá, se separaron, tomando cada uno direccion distinta.

El diplomático se fué diciendo:

—Ah, ese clavel era para mí.

El Vizconde decia:

—Ese bruto se va á llevar un buen chasco cuando tenga que devolvérmelo.

El marino iba refunfuñando:

—Es mio, hum..... vaya si es mio.

# CAPÍTULO II.

## La platea, el palco y la butaca.

Miéntras la multitud se agolpaba á las puertas del teatro Real, impaciente por invadir las encaramadas localidades del *paraíso*, un cordon de coches, que parecia interminable, cruzaba los macizos postes del peristilo, deteniéndose á intervalos para dejar sucesivamente delante de la puerta principal del edificio los más bellos ejemplares de esa coleccion de lujosas hermosuras con que el gran mundo cubre, adorna y anima los salones, los paseos y los teatros, dando con su presencia verdadero esplendor á todos los espectáculos.

Los coches entraban lentamente por un extremo del pórtico, llenos de seda, de encajes, de terciopelo, de brillantes, y los cu-

riosos veian salir de espléndidas berlinas y de lujosos landós las rubias más espirituales y las morenas más graciosas que en competencia han podido producir la fria Inglaterra y la ardiente Andalucía.

Así como al oscurecer, luégo que el sol se hunde en las profundidades del horizonte, van apareciendo, ya en un punto, ya en otro, las estrellas, cubriendo poco á poco la ancha bóveda del cielo, del mismo modo esas hermosas criaturas, iluminadas con todos los resplandores de la belleza y del lujo, iban apareciendo en el fondo encarnado de las plateas y de los palcos, formando en toda la circunferencia de la sala un doble cordon de majestuosas miradas y de afables sonrisas.

Cada palco era un cuadro, en el que se re-presentaba poco más ó ménos la misma comedia, la comedia del lujo, la comedia de la vanidad humana, la comedia de la hermosura; el público, digámoslo así, encajonado individualmente como las pipas de una sandía en el terciopelo carmesí de las butacas, volvia sus diferentes cabezas, ya á un lado, ya á otro, para ver y admirar, ahora en esta pla-

tea, luégo en aquel palco, las sucesivas apariciones de las damas que la moda tenía en aquel momento en el apogeo de la celebridad. A cada aparicion habia un movimiento de cabezas, á este movimiento sucedia una revolucion de *gemelos*, que dirigian sus dobles cristales hácia el punto en que acababa de aparecer, y despues un nombre de mujer, préviamente conocido en los fastos de la buena sociedad, corria *sotto voce* de boca en boca.

Las que iban siendo objeto de semejantes ovaciones saboreaban sus fugitivos triunfos paseando sus miradas tranquilas é indiferentes sobre el público, se reclinaban indolentemente sobre el sillon de terciopelo que las esperaba sin impaciencia, y colocando los brazos desnudos sobre el pasamano del palco, dejaban admirar la trasparencia de la tez y la pureza del contorno á la insolente impasibilidad de los gemelos y á la avidez impertinente de los ojos.

El espectáculo, pues, empezaba, como siempre, ántes de que se alzára el telon, y en la planta baja del teatro, resplandeciente

de luz, de fausto y de hermosuras, llena de la sociedad más escogida, no habia impaciencia ninguna por que comenzára el espectáculo, cuyo anuncio habia servido de pretexto para reunir en aquella exposicion de adornos, de joyas y de alhajas, lo más selecto, la flor y nata del buen gusto, del lujo y de la elegancia.

El teatro ha perdido aquel interes que inspiraba el palco escénico, detras de cuyo telon se preparaba una accion más ó ménos interesante, más ó ménos trágica, más ó ménos cómica, que hacia llorar ó reir sinceramente á un público bobalicon, que tenía la candidez de afligirse ó alegrarse, de llegar hasta el entusiasmo ó caer en la indignacion, segun los sucesos que más ó ménos hábilmente se desenvolvian á su vista; como si la ficcion con que se le engañaba fuera una realidad digna de conmoverlo.

De aquel público inocente, crédulo, bonachon, digámoslo así, infantil, que tomaba las cosas tan á pechos, creyendo á los actores bajo su palabra, queda muy poco. La ilustracion la ha ido extinguiendo de tal

modo, que sólo se encuentra alguna vez en las más humildes localidades y en aquellas noches en que el público brillante les deja los teatros, privándolo del gran espectáculo de su presencia.

Fuera de ese cada vez más escaso número de personas y de familias, que generalmente y segun el órden categórico de la sociedad en que vivimos, tienen su sitio entre el vulgo de las gentes, que van mucho ántes que el telon se alce y salen del teatro despues que el telon ha caido, para no perder punto ni coma de los incidentes de la comedia ó de las peripecias del drama; fuera, digo, de ese pequeño público de buena fe, la gente acude á los teatros, no á ver, sino á ser vista; el espectáculo no es más que la excusa, el pretexto de tan brillantes reuniones; el drama ó la comedia suele no estar en el palco escénico, sino en cualquiera de los otros palcos, ó en muchos á la vez; la actriz no es siempre la que representa bajo el cielo ó el artesonado de las bambalinas, sino la dama más bella, más rica, más suntuosa que llena con el esplendor de su persona los ojos que

la admiran, recogiendo de todas esas miradas la completa satisfaccion de todas sus vanidades.

Para la gente que ocupaba la planta baja del teatro, era indiferente que el telon se alzára temprano ó tarde, porque para ella el espectáculo habia empezado desde el momento mismo en que habia empezado á verse allí congregada; el espectáculo para ella era ella misma.

Detras de la orquesta, que esperaba la primera señal para lanzar al aire la primera nota, se arremolinaba una turba impertinente de *Tenorios*, que, vueltos de espalda á la escena, parecian empeñados en conquistar el mundo á fuerza de asestar los gemelos, ya á un punto, ya á otro, como si les correspondiera por derecho propio la posesion de todas las sonrisas ó de todas las miradas; más aún, la posesion de todas las mujeres. Estos conquistadores de teatro, comunmente inofensivos, serian de todo punto indiferentes si eligieran otro sitio para campo de sus soñadas aventuras; pero apiñados en el pasillo que divide las butacas en dos partes iguales,

impiden el paso á los que buscan sus asientos y convierten sus insustanciales galanteos en una verdadera incomodidad. No solamente son impertinentes, sino que son molestos.

En medio del sordo murmullo de las conversaciones particulares y de la movilidad de tantas cabezas reunidas, se veian algunos seriamente sumergidos en el seno carmesí de sus ámplias butacas, devorando con estudiosa indiferencia las embrolladas é ilegibles columnas de *La Correspondencia*, como si con semejante lectura quisieran dar testimonio público de la particular ojeriza con que el periodismo mira á las artes y á las letras, disputándole la atencion de sus lectores en medio de las más animadas concurrencias, en presencia de los más brillantes espectáculos y en el centro mismo de los teatros; pero ¡ah! ¡qué superioridad no demuestra sobre sus semejantes el hombre que, indiferente al actor y al público, á la escena y á la concurrencia, se abisma en la lectura de un periódico, como quien se roba á sí mismo los minutos para emplearlos en recoger la instructiva sustancia de las últimas noticias!

No se notaba, pues, impaciencia en esta parte del teatro, y nadie advertia que habia pasado la hora y que la orquesta permanecia muda y el telon inmóvil; pero arriba era otra cosa. El público del *paraíso* y de las galerías, ménos entretenido, empezaba á impacientarse, haciendo notar su presencia con profundos murmullos, que resonaban como truenos; la tempestad, como siempre, estaba arriba; la multitud apiñada rugia desde aquellas alturas y empezaba á desatarse en gritos, en aullidos, en aplausos amenazadores, en estrepitosas carcajadas, en voces descompuestas, que salian, ya de un punto, ya de otro, producidas por esas disputas que surgen del fondo de las multitudes, como surgen los escollos del fondo del mar; los que no tomaban parte con la voz en esta sinfonía estrepitosa, llevaban el compas, golpeando con los piés ó con los bastones las desnudas tablas de los asientos. Habia instantes de silencio, y en estos compases de espera resonaba inesperadamente, ya el maullido de un gato, ya el ladrido de un perro, ya el canto del gallo..... entónces estallaba en aquel olimpo de dioses

humanos una carcajada monstruosa, una verdadera carcajada homérica. En fin, el paraíso estaba hecho un infierno y bramaba con todas las furias de la impaciencia.

El telon, sin embargo, permanecia impasible y la orquesta muda.

Tres localidades se veian desocupadas: un palco, una platea y una butaca; el palco ocupaba el tercer lugar á la derecha del espectador contando desde el proscenio, y la platea era la tercera á la izquierda contando del mismo modo; es decir, que se hallaban frente á frente, á igual distancia de la escena. La butaca era el número dos de la quinta fila, de manera que se hallaba interpuesta entre la platea y el palco, casi en el centro de la herradura que forma el teatro.

Al fin, el Director, que se levantaba sobre la masa instrumental de la orquesta como la cabeza aparece sobre los hombros, hizo la señal, y cien instrumentos, movidos por cien hombres, se prepararon á inundar el aire de sonidos.

El maestro, agitando en su mano derecha esa vara misteriosa que los músicos llaman

*battuta*, y que viene á ser el volante de ese reloj, el pulso del cuerpo musical, marcó gallardamente el primer compas, y la orquesta prorumpió en las primeras notas con que empieza la introduccion de la *Somnámbula*.

La orquesta: hé aquí una larga serie de instrumentos, penosamente trabajados por el hombre, artificiosamente unidos por el arte y por el estudio, numerados como las páginas de un libro, llevando cada uno su nota, su frase, un poco de sonido, una parte de voz á la expresion total de la melodía.

La razon se admira ante este prodigio mecánico, ante este resultado maravilloso, y el arte mismo se vuelve hácia nosotros envanecido y arroja á nuestros semblantes la conquista sucesiva de tanto instrumento; el violin que gime, la viola que solloza, la flauta que arrulla, el figle que brama, la trompa que canta, el cornetin que grita, el contrabajo que murmura, asomando por las profundidades de la melodía, como la sombra de un paisaje.

Aquí, dice el arte, aquí está el conjunto rico, variado y armonioso de voces de cuer-

da, de voces de metal, de voces de madera, que he fabricado yo en mis talleres, que yo mismo he inventado, construido y afinado.

Y en efecto, aquel conjunto de voces de cuerda, de voces de metal, de voces de madera, unidas en pasmoso concierto, sabiendo cada una lo que debia decir y lo que debia callar, comenzó, en medio de un profundo silencio, el bello preludio que anuncia al auditorio la tierna *partitura* de la *Somnámbula*.

La battuta, semejante á una vara mágica, agitada por la mano del maestro en movimientos encontrados y continuos, lentos y rápidos, suaves y bruscos, parecia el espíritu animador de aquella masa, el alma de aquel cuerpo.

El complicado mecanismo de tantos instrumentos reunidos obedecia á las más rápidas señales, de la misma manera que el ordenado laberinto de nuestros músculos obedece á las insinuaciones de nuestra voluntad.

Llegó por último el momento crítico, y el telon ancho y pesado, alzándose lentamente, descubrió á los espectadores el cuadro apa-

cible, sencillo y risueño con que empieza la *Somnámbula*.

Entónces la orquesta apagó sus ecos, y las voces de los instrumentos, suspendiendo, si me es posible decirlo así, la respiracion, dejaron el aire franco á la voz humana, y el coro prorumpió en ese canto fácil y armonioso, que, segun la feliz expresion de un músico ilustre, huele á tomillo.

El coro es el gran instrumento, la gran voz, que no tiene semejante en la naturaleza y que sale á la vez de diferentes bocas.

Voz que se extiende de un extremo á otro de la escala, que comprende como en resúmen la esencia de todas las voces; voz que contiene en sí el secreto de toda voz, sin que los más sabios é ingeniosos instrumentos inventados por el hombre hayan podido sorprender el secreto de su misterioso timbre, la especial combinacion de sus maravillosas vibraciones, la ignorada ley de sus conmovedoras modulaciones.

Voz que habla sin saber gramática, voz que canta sin saber música.

Voz que imita todos los sonidos, sin que ningun sonido llegue jamas á imitarla.

La voz del hombre; esto es, la voz del alma.

Voz sin ejemplo en la naturaleza, sin imitacion en el arte; voz distinta en cada uno, siempre diversa y siempre la misma, única y múltiple, constantemente repetida y perpetuamente original, que sale del fondo impenetrable de un mecanismo que la ciencia examina sin éxito para dar testimonio del misterio del alma humana.

Detras de la flauta, que suena, que canta, hay siempre un músico; detras de la palabra está siempre el pensamiento; detras de la voz que se exhala de ese instrumento humano que se llama hombre, está el alma.

Y esa gran voz, orgullo del arte, que se escapa del conjunto mecánico de cien instrumentos, que suenan bajo la accion inmediata de cien hombres, ¿qué es, comparada con la voz que brota á la vez de cien bocas humanas, impulsada por la accion misteriosa, por la presion incomprensible de cien almas, confundidas en un mismo sentimiento,

en un mismo dolor, en una misma alegría, en una misma esperanza?.....

¿Qué es la orquesta ante el coro?

Lo que es el organillo ante el órgano, lo que es el instrumento ante el hombre, lo que es el hombre ante Dios.

Pero basta de digresiones; el hecho es que la ópera habia empezado, acallando con las primeras notas de la orquesta el alboroto del *paraíso*, y produciendo abajo ese rumor que resulta de muchas personas que á la vez buscan apresuradamente sus asientos, razon por la cual el público se vió obligado á perder los primeros compases de una ópera que no tiene desperdicio; pero, en la imposibilidad de que los espectáculos dramáticos comiencen algunos instantes despues de haber comenzado, no hay más remedio que resignarse á perder esa parte de funcion al principio de cada acto.

Se habia levantado el telon con esa lenta majestad con que se levantan los telones de los teatros, y áun el palco permanecia desierto, la platea solitaria y la butaca vacía; eran las únicas localidades que aparecian des-

ocupadas, y aquellos tres huecos en medio de tan brillante y apiñada multitud se hacian notables precisamente porque no habia en ellos nada que notar.

En la butaca contigua á la butaca que se hallaba vacía, esto es, en la butaca número cuatro de la quinta fila, se encontraba el diplomático que hemos conocido en el capítulo anterior, sériamente ocupado en escudriñar la concurrencia al traves del doble cristal de sus perspicaces gemelos.

De vez en cuando volvia los ojos á la derecha, y su mirada, un tanto vaga, venía á encontrarse con el hueco solitario del palco vacío, que se le presentaba como una boca que bosteza, lo contemplaba un momento y miraba despues á otra parte.

En la novena fila del lado opuesto, el Vizconde y el marino hacian poco más ó ménos lo mismo que el diplomático; esto es, clavaban de vez en cuando los ojos en el palco, que continuaba obstinadamente vacío; sin recatarse uno de otro para lanzar estas miradas inquisitivas; porque el uso de las miradas no se habia estipulado en el convenio de la

triple alianza, y era, por consiguiente, género libre.

De pronto circuló un ligero murmullo, que estuvo á punto de desconcertar á la *contralto*, que en aquel instante acababa de cantar medianamente la preciosa *romanza*; pero pronto comprendió que no era ella el objeto de aquel rumor súbito, y debió tranquilizarse.

A un mismo tiempo el marino, el Vizconde y el diplomático miraron á la derecha, buscando el palco solitario, á la vez que el público de las butacas volvia la cabeza hácia la izquierda, clavando los ojos y los gemelos en la platea hasta entónces desocupada.

Por un momento la atencion del público que llenaba la planta baja del teatro, se apartó completamente de la escena para fijarse en la platea, como si en ella estuviera el verdadero interes del espectáculo.

Aquel murmullo que habia asustado á la *contralto* fué una ovacion, y aquella curiosidad insistente con que todos miraban á la platea era un homenaje. Habia aparecido en ella nuestra antigua amiga la Marquesa, de-

jando caer sobre la alfombra de semblantes humanos que la contemplaban, una fina sonrisa, ligera y brillante como un relámpago.

Su presencia produjo un gran efecto; pero estaba demasiado acostumbrada á estos triunfos para incurrir en el mal gusto de envanecerse. Se sentó sin afectacion alguna en el lugar preferente, dejó ver su gallarda garganta, sus hombros de Diana y sus brazos de Vénus, lanzó en distintas direcciones algunos saludos fugitivos, y cogiendo los gemelos, los clavó en la escena.

Entre tanto las mujeres, fijas en ella, escudriñaban todos los pormenores de su *toillette*, y algunas no la encontraban ni tan original ni tan fresca como otras veces. «La Marquesa, decian, ha perdido mucho en poco tiempo. Se ha marcado entre sus dos cejas una línea fatal y se ha hecho acerba en su boca aquella expresion de fino desden que era uno de sus principales encantos.» Y añadian: «Brilla, eso sí, pero convengamos en que brilla, como el sol de otoño, al traves de las nubes.»

En efecto, la envidia no iba de todo pun-

to desencaminada; el semblante de Luisa habia adquirido cierta dureza, que se traslucia al traves de su sonrisa casi permanente, de la cual abusaba; habia perdido la naturalidad de su expresion afable é irónica, y los más perspicaces descubrian señales de una lucha interior, en la que las apariencias de una loca alegría parecian empeñadas en cubrir de flores el abismo de una profunda tristeza; y no habiendo un motivo patente á que atribuir este supuesto estado de su ánimo, se sospechaba que padecia ese dolor oculto con que ciertas mujeres lloran secretamente en el fondo del alma los primeros desfallecimientos de su triunfante hermosura; suponian que devoraba en silencio la pena de la primera arruga, el infortunio de la primera cana; creian ver en ella la tristeza brillante, la tristeza deslumbradora y magnífica del sol que se pone.

—Algo ha perdido, replicaban sus defensores; convenimos en ello, porque el tiempo pasa, y pasa para todos; pero es preciso reconocer que se defiende bizarramente.

—Oh, sí, añadian los otros, que por lo

comun solian ser *ellas*; se defiende como una heroína; hoy por hoy es todavía una mujer encantadora; áun conserva en su mano el cetro de la moda.

Estas conversaciones, poco más ó ménos, suscitó en los palcos y en las butacas la presencia de la Marquesa, que por su parte parecia tan indiferente á la admiracion como á la crítica.

El diplomático desde su asiento, y el Vizconde y el marino desde los suyos, despues de contemplar un momento el palco, que continuaba vacío, volvieron sus respectivas miradas, siguiendo la corriente del público, hácia la platea, blanco en aquel instante de muchos gemelos.

Cada uno de estos tres personajes, al ver á la Marquesa, concibió el mismo pensamiento y combinó el mismo proyecto.

El diplomático, satisfecho de su idea, se anticipó, espiando desde aquel momento la platea de Luisa para aprovechar la primera ocasion que se presentára. La suerte le fué favorable, pues la Marquesa detuvo un momento sus ojos en la butaca desocupada, y

alzándolos maquinalmente, se encontró con el semblante de nuestro diplomático, que la saludaba con vivos movimientos de cabeza y expresiva sonrisa; era un saludo que parecia un aplauso; parecia el signo repetido de una aprobacion entusiasta.

La Marquesa, satisfecha ó sorprendida, correspondió cordialmente.

—¿A quién saluda? preguntó el marino en voz baja, viendo el ademan de la Marquesa.

—A César, le contestó el Vizconde.

—¡Hola! ¿se conocen?

—Mucho.

Por uno de esos caprichos inexplicables, y sin darse cuenta de ello, la Marquesa volvió otra vez los ojos hácia la butaca vacía y permaneció un momento contemplándola con aire distraido, y el dichoso César tuvo ocasion de dirigir una nueva sonrisa, que fué tambien correspondida.

Este segundo saludo lo notaron el Vizconde y el marino, y si la cara es el espejo del alma, podemos sospechar que no les hizo mucha gracia.

—Me parece, dijo el marino, que vamos á perder la noche.

—No lo creo, replicó el Vizconde.

—¿Vendrá?

—Sí, vendrá; estoy seguro de ello.

—Sin embargo, ya lo ve V.; el acto va á terminarse y el palco continúa vacío.

—No importa; vendrá.

—¿En qué funda V. la seguridad con que habla?

—La fundo en que está aquí la Marquesa, y ella no faltará á la competencia.

—Oh, sí, exclamó el marino; está eso muy bien observado..... pero entre tanto no viene.

—Vea V., vea V., dijo el Vizconde.

—Ah, exclamó el marino, ya está ahí.

—Y con el Duque, añadió el Vizconde.

—Es verdad; allí veo su cabeza.

—Se conoce que está haciendo los últimos esfuerzos.

—Que pueden ser inútiles.

—¿Quién sabe?

—Por de pronto, el clavel es mio.

—Nuestro, querrá V. decir.

—Bien, nuestro; repitió el marino encogiéndose de hombros.

La criolla, en efecto, habia aparecido en su palco, dirigiendo su primera mirada á la platea de la Marquesa, cruzándose entre ambas un saludo afectuoso, casi tierno.

Esta nueva aparicion produjo un movimiento contrario al que habia producido la presencia de la Marquesa, pues todos los semblantes que miraban á la izquierda se volvieron inmediatamente hácia la derecha: la expectacion pasó de la platea al palco, de la Marquesa á la criolla, y un rumor casi imperceptible se extendió de una parte á otra; era una voz, repetida de boca en boca, que iba diciendo: «¡Ah! la Vírgen América.»

Las dos rivales se hallaban frente á frente. Luisa, como ya sabemos, ocupaba el lugar preferente de su platea y tenía delante la escena. Mercedes, por el contrario, ocupaba en su palco el lugar opuesto, y dando la espalda al espectáculo, tenía delante el público.

Esta situacion respectiva de cada una de las dos no es de todo punto indiferente. En

primer lugar, porque en la lucha tenaz en que se hallaban empeñadas, la presencia de una y otra en el teatro era un encuentro, en el que ambas habian de agotar los recursos de la estrategia para obtener el triunfo de sus encantos, conquistando la atencion del público, cuya admiracion se disputaban con heróico empeño; y no está de más saber la posicion respectiva de cada una, si hemos de seguir los incidentes del combate y el valor y la destreza de los combatientes. En segundo lugar, porque sus distintas actitudes pueden dar idea de la situacion interior de sus ánimos.

La Marquesa, fija en la escena, seguia atentamente el curso del idilio que se desenvolvia ante sus ojos, marcando con movimientos de cabeza las frases más felices y las más bellas melodías de los cantos que resonaban en sus oidos, y parecia indiferente á todo lo demas. De vez en cuando se volvia á los amigos que la acompañaban y les dirigia algunas palabras. Habia en su aire arrogancia y desden, pero desden y arrogancia tan naturales, que no tenian nada de ofensivos.

Parecia un atleta que, seguro de su fuerza, se cruzaba gallardamente de brazos, esperando ser acometido.

Por el contrario, Mercedes, vuelta de espaldas á la escena, no mostraba interes ninguno por el espectáculo, y oia los sencillos y armoniosos cantos de la *Somnámbula* sin escucharlos; su cabeza inquieta se movia en todas direcciones, y sus ojos negros repasaban una y otra vez la concurrencia, dejando en pos de sus rápidas miradas fugitivos saludos.

Alguna vez inclinaba la cabeza para escuchar algo que el Duque le decia, haciendo caer sus negros y abundantes rizos sobre la blancura mate de sus hombros desnudos; pero ni una vez siquiera volvió los ojos para mirarle, y pareciéndole el tiempo demasiado precioso para perderlo en inútiles conversaciones, aprovechaba aquellos momentos en saludar, ya á una amiga, ya á un conocido, ó en examinar al traves de sus ricos gemelos el tocado más ó ménos insignificante que alcanzaba el favor de atraer sus miradas.

Ello es que el Duque solia morderse los

labios alguna vez que otra, comprendiendo que no era muy airoso el papel que estaba representando *coram populo;* esto es, en presencia de tan respetable público.

El Vizconde observaba todo esto, tocando con el codo á su compañero cada vez que la escena se repetia.

A la tercera vez que sintió éste en el brazo el codo de su aliado, se agitó en la butaca, diciendo:

—Ya lo veo, ya lo veo; pero eso me parece de malísimo agüero, y me inclino á creer que el diplomático tiene razon cuando dice que ese casamiento es cosa hecha.

—Bah, bah, replicó el Vizconde. Me parece que las señas son mortales; ¿no ve V. con qué indiferencia, con qué desden lo trata?

—Sí, sí; precisamente esa indiferencia que usted observa es la que yo tengo por sospechosa.

—¡No entiendo por qué!..... exclamó el Vizconde admirado.

—¿Por qué?..... contestó el marino..... porque cuando una mujer trata así al hom-

bre con quien dicen que va á casarse, es porque ha hecho cuenta de que ya es su marido. A nosotros, añadió, lanzando un suspiro, no nos ha tratado así nunca.

Entre tanto Mercedes se movia y agitaba en su palco con una vivacidad que atraia hácia ella las miradas del público; sus gemelos no paraban; tomaba diversas actitudes, abandonándolas casi en el momento mismo de tomarlas.

La señora de Vegahonda, asombrada de la movilidad de su hija, le dijo con su lentitud acostumbrada:

—Mire, niña..... no se mueva tanto..... no se fatigue.

Verdaderamente parecia dominada por una excitacion nerviosa, y verdadera ó fingida, consiguió que la concurrencia volviera la espalda á la Marquesa para fijar en ella su atencion curiosa.

Los que estaban en el secreto de esta rivalidad volvian de vez en cuando los ojos hácia la platea para ver el efecto que causaba en Luisa el triunfo, digámoslo así, que alcanzaba la criolla teniendo al público pen-

diente de sus movimientos; pero la Marquesa permanecia indiferente, impasible, de tal modo, que muchos creyeron que considerándose débil, emprendia la retirada, dejando á su rival en plena posesion del campo de batalla.

Realmente la criolla se mostraba agresiva, y la Marquesa no podia fijar sus miradas en ninguna parte sin que en el acto mismo no estuvieran allí los gemelos de la Vírgen América; mas Luisa parecia huir de estos encuentros, y apartaba sus ojos con tranquila indiferencia.

Naturalmente, estas dos mujeres, que se disputaban el imperio de la moda, tenian sus respectivos parciales y habian creado dos partidos: el partido de la Marquesa y el partido de la criolla, dando ocasion á acaloradas disputas, en que se ventilaba la superioridad del mérito de la una y de la otra.

El partido de la criolla triunfaba esta noche, y los partidarios de la Marquesa no se encontraban del todo satisfechos.

Entre los amigos que formaban la córte de Luisa se hallaba Guillen, que examinan-

do científicamente desde el fondo de la platea la movilidad de Mercedes, preguntó en voz baja:

—La señorita de Vegahonda ¿suele padecer convulsiones?

—La Marquesa le contestó:

—No tengo noticia de que la aflija semejante enfermedad.

—En ese caso, insistió el médico, le ha acometido repentinamente, pues hace bastante tiempo que la observo y no he conseguido verla quieta un instante, y me alarma esa inquietud, porque no es propia de la pereza tropical de su complexion americana.

—Me parece, añadió la Marquesa, que no es su salud lo que corre peligro.

—En efecto, dijo otro de los presentes; su juicio es más bien el que peligra.

—Oh, exclamó la Marquesa; es V. muy severo, general.

—Señora, replicó éste, cuando se han cumplido sesenta años, es preciso ser de todo punto imbécil para no ver claramente la realidad de las cosas, y francamente, me parece que esa señorita se ha vuelto loca.

—¡Loca!..... exclamó Guillen; hé ahí un caso que me alegraría tratar; tengo acerca de la locura una teoría luminosa y estoy seguro de salvarla; acudiendo con tiempo y anticipándome á corregir los primeros desórdenes del cerebro, mi sistema es infalible.

—No se trata de eso, replicó la Marquesa con afable sonrisa. La locura, puesto que el general da ese nombre á la vivacidad de la señorita de Vegahonda, es una enfermedad que, con permiso de la ciencia, encuentra al fin y al cabo el específico que la cura radicalmente.

—Conozco, exclamó Guillen con asombro, todos los específicos, y no sabía que hubiera ninguno para la locura.

—Pues la hay, señor doctor..... Mercedes tiene veinte años, es bella, muy rica y se ve adulada; su locura es bien disculpable: es la locura del diamante que busca la luz para brillar..... es una dolencia que sólo curan los años.

—¡Ah! no señora, exclamó el general. La juventud hace las locuras, y la vejez las tonterías.

No sé qué órden de ideas despertarian en la Marquesa estas últimas palabras, que bajó tristemente la cabeza y asomó á sus mejillas una ligera sombra sonrosada.

Casi al mismo tiempo decia Mercedes:

—¡Oh! la Marquesa está deslumbradora.

—No tanto, añadió el Duque, como la señorita de Vegahonda, objeto en este instante de la admiracion que todos le tributan.

—Gracias, caballero, dijo la criolla sin dignarse mirarlo. No se puede pedir más fina galantería, puesto que me sacrifica V. á su misma hermana.

—Eso prueba que soy justo.

—No, no; eso prueba que es V. ingrato.

—¡Ingrato!..... exclamó el Duque.

—Sin duda, replicó Mercedes. Usted le debe mucho á su hermana.

—En efecto, le debo un gran cariño.

—Eso es, un cariño á toda prueba. Pero ¡ah!..... esto es magnífico, añadió inclinándose hácia la escena y dirigiendo á ella sus gemelos, de manera que le volvió al Duque completamente la espalda—una hermosa espalda desnuda.—

Llegaba á su término el primer acto de la *Somnámbula*, y hasta entónces ni la gran música ni los medianos cantantes que la interpretaban habian conseguido aplauso ninguno, porque existian contra la empresa ciertas prevenciones, fundadas sin duda en que el empresario, que iba á su negocio, no quería arruinarse presentando la mejor compañía del mundo. La tiple, que cantaba por primera vez en este teatro, y que habia sido anunciada con todos los honores de una gran novedad, no era ciertamente un prodigio, pero su voz dócil y su excelente escuela habian contenido cierto deseo de silbar, mostrado alguna vez por cierta parte del público.

Entraba la representacion en la última pieza del primer acto, y reinaba en el teatro un profundo silencio, de esos silencios en que se engendran los grandes aplausos y las grandes silbas, y en esta ocasion el silencio tenía más aspecto de tempestad que de calma.

De pronto resonaron sobre la madera del pavimento pasos acompasados, y los que volvieron la cabeza pudieron ver un hombre que, envuelto en su abrigo y con el sombre-

ro en la mano, se adelantó hasta llegar á la butaca que permanecia desocupada, de la cual tomó posesion, haciendo que el diplomático recogiera el sombrero, que habia depositado en ella.

—¡Qué veo! exclamó Guillen como hablando consigo mismo..... Es él..... no hay duda, ó me engaña la más rara semejanza.

La Marquesa quiso averiguar el motivo de aquella exclamacion y preguntó:

—¿Qué es ello?

—Guillen contestó:

—Número dos de la quinta fila.....

Mercedes habia sido más curiosa, y al sentir el primer paso del hombre que entraba en la sala, clavó en él sus ojos y lo siguió atentamente hasta que lo vió ocupar la butaca que se hallaba vacía, y entónces, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Ah! es él.

—¿Quién es él? preguntó el Duque.

La criolla no oyó la pregunta, ó no quiso contestarla, y sus ojos se encontraron con los de la Marquesa, que acababa de reconocer el motivo de la sorpresa de Guillen, poniéndo-

se sumamente pálida, á pesar de que tuvo la precaucion de sonreirse.

—¿Me he equivocado? preguntó el médico.

—No, contestó la Marquesa. Y corrigiéndose, añadió: Creo que no.

—¿Es Lanuza? volvió á preguntar el doctor.

—A lo ménos, añadió la Marquesa encogiéndose de hombros, se le parece mucho.

Y apoyando el codo en el antepecho de la platea y la barba sobre la palma de la mano, fijó su atencion en la escena, como si todo lo demas le fuera indiferente. No obstante, con el extremo del ojo y valiéndose alguna vez de la pantalla de los gemelos, veia que su futura cuñada contemplaba atónita la butaca ántes vacía y desde aquel momento llena.

Creyó ser sorprendida en esta oculta investigacion, y no sabiendo qué hacer, soltó los gemelos que tenía en la mano y agitó su pañuelo, exclamando:

—Bravo, bravo.

Casualmente era un momento oportuno,

pues la tiple acababa de modular una frase encantadora.

Los amigos de la Marquesa prorumpieron en un aplauso estrepitoso, y el público, arrastrado, á pesar de sus prevenciones contra la empresa, aplaudió gritando:

—Bravo, bravo.

En aquel momento cayó el telon y la tiple fué llamada á la escena.

Presentó la Marquesa su semblante sereno á Lanuza, que aplaudia desde su butaca, y sus miradas se cruzaron.

Mercedes vió esto, y se la oyó reir desesperadamente en medio de los aplausos.

Aquella ovacion inesperada á la *prima donna* era un triunfo de la Marquesa.

# CAPÍTULO III.

El cazador de leones.

Luégo que terminó la ovacion imprevista tributada á la *primera donna*, el diplomático, cuidando de no ser visto por los otros dos consignatarios de la triple alianza, se escurrió bonitamente entre la confusion de los que invadian el tránsito que divide las butacas en dos hemisferios, y ganó la puerta. Mas su precaucion fué inútil; porque el Vizconde y el marino lo vieron escurrirse, é hicieron como que no lo habian visto, sin embargo de que debieron sentir la misma sospecha; esto es, que iba al palco de la criolla.

Un instante despues el Vizconde se levantó, diciendo á su compañero:

—Lo veo á V. en ánimo de no abando-

nar su butaca, y yo no puedo resignarme á estar tanto tiempo sentado; voy á ver qué se ruge por los pasillos y á fumar un cigarro. Usted debe permanecer aquí en observacion.

—Por ahora, dijo el marino, no pienso levar el ancla; despues veré lo que hago.

Salió el Vizconde, y el marino lo siguió con la vista hasta el otro lado de la puerta, por la que á la vez salia mucha gente.

Entónces se escapó de su butaca, como una alhaja de su estuche, y se lanzó fuera de la sala por la misma puerta por donde habian salido poco ántes el diplomático y el Vizconde, diciendo entre dientes:

—Es la tercera de los números impares.

Aunque con algun trabajo, porque era noche de lleno completo, pudo abrirse paso hasta llegar á la escalera que conduce á las plateas, mascullando estas palabras:

—Ésos han hecho rumbo á la izquierda, yo lo hago á la derecha.

Y bajando la cabeza, como quien embiste, se adelantó apresuradamente por el corvo pasillo que tenía delante, avanzando hasta el

número 5, correspondiente á la tercera platea del lado de los números impares.

Al llegar allí se detuvo bruscamente, sorprendido por la inesperada presencia del diplomático y del Vizconde, que á un mismo tiempo llegaban á la misma puerta. Los tres aliados se miraron con semblantes poco comprendidos, admirándose de verse juntos casi en el momento en que acababan de separarse.

El Vizconde, más ingenuo ó más ligero, soltó la carcajada.

—¿De qué se rie V.? preguntó el marino..... No comprendo el motivo de esa estupenda risotada.

—El motivo, contestó el Vizconde, es bien patente, y no hay para qué engañarnos. Los tres hemos concebido el mismo proyecto y hemos llegado aquí con la misma idea..... Es una coincidencia bastante cómica, que debe hacernos reir con toda franqueza.

—Yo, dijo el diplomático, prometo reirme; pero ántes me parece indispensable que se descifre el enigma.

—Eso es, añadió el marino, sepamos de qué hemos de reirnos.

—Apartémonos un poco de esta puerta, á que hemos venido á llamar los tres á un tiempo, y sin peligro de que nos oigan, lo cual sería un chasco, descifrarémos el enigma y sabrémos de qué hemos de reirnos.

La advertencia debió parecer muy oportuna al diplomático y al marino, pues separándose dócilmente de la puerta, fueron á colocarse á una distancia respetable.

—Vamos al caso, dijo el Vizconde: tenemos un clavel en pleito, y claro está, cada uno de nosotros pretende que el litigio se falle á su favor: el tribunal que ha de dictar la sentencia es algo caprichoso..... Es un tribunal que tiene veinte años de edad y trescientos mil duros de renta; pero hay un modo poderoso de influir en su decision.....

—¡Bah! exclamó el marino..... Ya veo dónde va V. á parar.

—Sí, añadió el diplomático, me parece que yo tambien adivino.

—Veamos, dijo el Vizconde.

—Supongo que se refiere V. á la rivali-

dad que existe entre la criolla y la Marquesa.

—Eso es, señor diplomático.

—Lo mismo pensaba yo.

—Perfectamente pensado, señor marino. Y en tal caso hacerle la córte á la Marquesa, permítaseme la frase, en las mismas barbas de la criolla, es un gran paso, del que cualquiera de nosotros podria sacar mucho partido, despertando sus celos.

—¡Celos de vanidad!..... exclamó el diplomático con desden.

—Pero celos al fin, replicó el Vizconde.

—¡Oh! si, dijo el marino, el plan no es malo.

—Pues bien, continuó el Vizconde; ése era nuestro plan; ese plan es el que nos ha traido aquí á los tres á probar fortuna, sorprendiéndonos mutuamente en el momento de entrar en la platea. ¿No es esto cosa de risa?

—Esto es cosa, gritó el marino, de echar á pique la alianza, y que cada palo aguante su vela.

Aquí el diplomático se interpuso diciendo:

—Al contrario; descubierto ese recurso,

el convenio debe ser adicionado para que ninguno de nosotros pueda hacer uso de esa arma.

Aquí llegaba la conferencia de los tres aliados, cuando la orquesta anunció que el telon se alzaba por segunda vez, y el diplomático meditabundo, el marino furioso, y el Vizconde riyendo á carcajadas, corrieron á ocupar sus asientos.

Durante el entreacto vió Mercedes salir á Lanuza, que áun no habia reparado en ella; pero que, en cambio, habia visto á la Marquesa, y lo que es más, la habia saludado con fina cortesía, cosa que interiormente la hizo sentir una sensacion muy desagradable, como si toda la sangre se le hubiera agolpado al corazon..... Estaba algo más cerca de ella que de Luisa, y sin embargo, la casualidad habia hecho que la Marquesa resultase preferida. Ésta, por su parte, despues que saludó á Lanuza, se volvió á sus amigos, emprendiendo con ellos una conversacion bastante animada.

La fortuna se declaraba esta noche en favor de la Marquesa, y el orgullo de la crio-

lla sufria cruelmente bajo el vivo escozor de semejantes humillaciones. Al ver salir á Lanuza, sintió, en medio de su vanidad de mujer, el dardo agudo de una terrible sospecha..... ¿Iria Lanuza á visitar á la Marquesa?..... Esta pregunta la hizo estremecer, y ante el temor de verlo aparecer en la platea de Luisa no pudo contenerse, y dirigiéndose al Duque y mirándolo por primera vez, le dijo:

—Tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—Acabo de ver á su famoso secretario.

—¿Á Lanuza?

—Al mismo.

—¡Es posible!.....

—Es más que posible..... es seguro.

—¿Dónde está?..... preguntó el Duque, poniéndose de pié y buscándolo entre la concurrencia.

—Acaba de salir en este momento.

—¡Oh! ¿cuántos leones habrá cazado?

—Ésa es mi curiosidad.

—¿Pues?.....

—Un capricho..... Deseo ser la primera

á quien cuente las raras aventuras de su expedicion por la Argelia.

—¿Y cómo?

—Es muy sencillo, contestó Mercedes con impaciencia.....

—No sé.....

—¡Bah!..... la cosa es clara..... Si V. se apresura..... puede encontrarlo y.... traérmelo..... Me aburro sobcranamente, y estoy segura de que sus narraciones me van á divertir mucho.....

—Pero, señorita..... replicó el Duque.

Ella le interrumpió diciendo:

—Si lo toma V. con esa calma..... renuncio á mi capricho..... y seré muy capaz de emprender un viaje á África para ver yo misma lo que V. no quiere que me cuenten.

—¡Niña!..... exclamó su madre..... ¿qué está diciendo? Mire, Javier..... la niña lo hará como lo dice.....

El Duque abandonó el palco, lanzándose por los pasillos en busca de su antiguo secretario y diciendo:

—Sí señor..... Estos trescientos mil duros de renta empiezan á costarme muy ca-

ros..... Tiene mucha razon el que ha dicho que el dinero cuesta máş de lo que vale.....

La criolla cogió sus gemelos, detras de los que pudo espiar atentamente lo que pasaba en la platea de su futura cuñada, fingiendo mirar á otra parte.

De esta manera vió abrirse la cortina, dibujándose detras de ella una sombra, cuyos pormenores no distinguia bien, y su corazon comenzó á latir apresuradamente. Observó con viva curiosidad que el general y Guillen, que acompañaban á la Marquesa, se levantaron para recibir al que entraba, y le pareció advertir en ellos señales de sorpresa y de agasajo; pero donde creyó ver un testimonio seguro de su desgracia fué en el rostro de la Marquesa.

Con esa mirada cauta y penetrante con que las mujeres ven lo que quieren ver, la Vírgen América distinguió perfectamente la expresion iracunda que endureció de súbito las suaves facciones de su triunfante competidora al fijarse en el personaje que entraba en la platea. Con la misma rapidez con que arrugó el entrecejo y frunció la boca, seme-

jante á esas oscuridades que el sol disipa, iluminando de pronto los cielos y la tierra, al traves de las nubes rasgadas, el rostro de la Marquesa brilló con repentina sonrisa, serenóse su frente, y la bella señora, echando atras su cabeza con majestuosa arrogancia, tendió la mano al inesperado personaje que iba á visitarla á su platea.

Mercedes no quiso ver más..... creyó que lo habia visto todo..... y abandonó los gemelos, bajó los ojos y retorciendo entre sus manos el pañuelo, rasgó el finísimo encaje de que entaba adornado.

Si puede servir la expresion del semblante como dato, como indicio para calcular el órden de pensamientos que turba la tranquilidad del alma, no será temerario suponer que la criolla hablaba interiormente de esta manera:

—Ah, maldito Duque..... maldito Duque..... no sirve para nada..... Él, que viene como llovido del cielo..... cuando más falta me hace, va á caer en la platea de la Marquesa..... ¡Oh, rabia!.....

Mas, fueran estos ú otros sus pensamien-

tos, el hecho es, que dando media vuelta hácia el centro del palco, volvió completamente la espalda al público, apoyándola sobre el pasamanos.

En situacion tan desesperada la sorprendió el Duque entrando de repente. Seguíale otra persona, que se adelantó á saludar á la señora de Vegahonda, y que hizo lanzar á la niña un grito de asombro.

Era Lanuza.

¿Cómo se habia podido verificar esta traslacion repentina?..... ¿Por qué especie de magia aparecia nuestro héroe en el palco casi en el momento en que precisamente la criolla se volvia de espaldas para no verlo en la platea de la Marquesa?.....

Por una de esas dudas pueriles, que suelen apoderarse de las imaginaciones exaltadas, Mercedes no acertó á explicarse el caso, y casi maquinalmente lanzó la mirada á la platea, queriendo averiguar si habia dos Lanuzas en el mundo..... Mas apénas hubo fijado la vista, comprendió que debia reirse de sí misma, y así lo hizo, con todo el disimulo que le fué posible.

El personaje cuya sombra habia distinguido bajo la cortina de la platea, claro es que no era Lanuza..... Pero, ¡oh irrision de las cosas! era el mismo Matusalem en persona, y ella habia incurrido en la imperdonable ligereza de confundirlos.

Miguel se inclinó delante de la señorita de Vegahonda..... estrechó su mano y le dijo:

—Siento en el alma que el Duque haya intervenido en esta visita, porque deseaba deberme á mí solo el honor de saludar á ustedes.

—Veo, contestó Mercedes, que la galantería no se pierde en África, y me alegro mucho de ello.

La señora de Vegahonda, viendo de pié al Duque y á Miguel, les dijo:

—Siéntense, siéntense..... Miren que van á cansarse.

Entónces la hija indicó á Miguel, por medio de un rápido ademan, el sillon que estaba junto á ella y que ántes ocupaba el Duque.

Miguel se sentó sin vacilar, y el Duque fué á colocarse al lado de la madre.

—Señor de Lanuza, preguntó la madre..... ¿con que es verdad que se ha hecho cazador de leones?.....

—Sí señora, contestó sonriendo..... pero todavía no he conseguido matar ninguno..... Despues de siete meses de campaña, me vuelvo sin haber disparado mi carabina. Ya ve V. que soy un cazador bastante leal, pues confieso mi mala suerte; cosa desconocida entre toda clase de cazadores, lo mismo de leones que de liebres.

—Pero habrá V. visto muchos en medio de la selva, dijo Mercedes.

—Ni uno..... he sido completamente infeliz en todas mis excursiones.

—Se comprende, añadió el Duque; los árabes sienten hácia el leon un respeto supersticioso y no miran bien que se atente á su vida; por consiguiente, les avisarian para que huyeran con tiempo.

—Es posible, contestó Miguel muy formalmente.

—De todos modos, siguió diciendo el Duque, pasar el verano en la Argelia no debe ser cosa muy divertida.

—Seguramente es mucho más divertido un viaje á París, dijo Miguel.

—¡Oh! no, exclamó Mercedes..... París, en resúmen, no es más que Madrid multiplicado por ciento, multiplicado por mil; los mismos personajes..... las mismas costumbres, los mismos trajes..... los mismos espectáculos, los mismos placeres y los mismos vicios..... Eso no es viajar, porque no es más que mudarse de casa. En cambio, un viaje á África, aunque no sea más que á la Argelia, es cuando ménos salir de Europa, de esta vieja Europa, que se cree con derecho á ser dueña del resto del mundo; es cambiar de cielo, de tierra y de naturaleza; es dejar la vida muelle de nuestras ruidosas ciudades, para ver, aunque sea de léjos, la vida errante y solitaria de las tribus salvajes..... que acampan en las selvas ó cruzan los desiertos; es ver otros hombres, otros pueblos, otras razas. En fin, añadió sonriendo con coquetería, ir á París á cazar bailarinas será muy divertido; pero ir á África á cazar leones es mucho más interesante.

—Es lástima, dijo el Duque..... es una

verdadera lástima que la buena sociedad, en vez de malgastar el tiempo en París, no haya caido en la cuenta de que debia aprovecharlo yendo una vez al año á estudiar las costumbres de los beduinos y á disfrutar las ignoradas delicias de la Argelia..... pero vaya V. á hacerle entender á toda esa gente alucinada que es mejor África que Europa.

A pesar de la afabilidad que el Duque manifestó al pronunciar las palabras que dejo escritas, la ironía con que fueron acentuadas hirió vivamente á Mercedes, que replicó diciendo:

—Ciertamente, sería una crueldad obligarle á V. á pasar un verano en la Argelia, y no sería yo la que me empeñára en semejante empresa; por lo demas, nuestros gustos difieren cruelmente.

Tenía el Duque demasiada malicia para no ver en la repentina predileccion de Mercedes algo más que una extravagancia de niña mimada; mas al propio tiempo no tenía de sí mismo tan pobre idea, que se creyera súbitamente sustituido en el corazon de la criolla por la presencia intempestiva de La-

nuza..... Lo que creia friamente era que su futura esposa se habia propuesto hacerle pasar por todo linaje de humillaciones ántes de entregarle su mano; y en este punto vacilaba, acometido por una duda, que no conseguia aclarar.

Él decia: Este desden, tan tenazmente seguido, puede significar dos cosas enteramente opuestas: ó es un recurso elegido para atraerme, ó es un medio para alejarme; ó busca en mí una sumision ciega y completa, ó prepara poco á poco el terreno para un rompimiento.

Unas veces veia claro lo primero, otras veces veia claramente lo segundo.

La misma Marquesa, con toda su penetracion de mujer, no habia podido resolver la dificultad de semejante duda, reduciéndose á contestar á ciertas preguntas de su hermano ladeando la conversacion con estas palabras: No sé, Javier, no sé; pero me parece que debes andar con piés de plomo.

Nadie se atrevia, á lo ménos ostensiblemente, á disputarle al Duque la mano de la rica criolla, ni ella en rigor mostraba espe-

cial preferencia por nadie; pero huia de toda conversacion que se refiriera á su casamiento. No se podia decir que rompia el compromiso contraido por las familias, pero se podia asegurar que estaba resuelta á aplazar indefinidamente su cumplimiento.

El Duque era un novio más oficial que efectivo; pasaba por novio, y en realidad no lo era, pues no existia entre él y Mercedes confianza, franqueza ni intimidad ninguna.

Desde el momento en que vió la manera con que Mercedes recibia á su antiguo secretario, su perspicacia de hombre de mundo le descubrió que Lanuza iba á ser preferido por algunos dias, y recordando su aventura con Magdalena, debió decirse para sí: ¡Qué coincidencia! por segunda vez vamos á ser rivales.....

Realmente las ventajas estaban de su parte..... porque ¿cómo habia de aspirar el que habia sido su secretario á la mano de tan rica heredera?..... Ni ella ¿cómo habia de pensar sériamente en semejante cosa?..... Pero, de todos modos, semejante rivalidad le era molesta y humillante, y al pensar así, sintió

sin duda que el cazador de leones no hubiera tenido la mala suerte de encontrarse cara á cara con algun leon hambriento; mas disimulando el mal efecto que le causaron las últimas palabras de Mercedes, dijo muy tranquilamente:

—Siento en el alma que nuestros gustos difieran cruelmente; pero, en realidad, no se trata ahora de ese sentimiento, sino del que debe causarnos la mala suerte con que mi buen secretario ha probado fortuna en la caza de leones..... Cuando esperábamos los más interesantes relatos, nos encontramos con que vuelve de África sin tener nada que referirnos.

Cuando el Duque pronunció las palabras de «mi buen secretario», Miguel hizo un movimiento, que dominó enseguida, y despues contestó de esta manera:

—Sin embargo, señor Duque, á pesar de mi mala suerte, todavía no he perdido completamente la esperanza de cazar un leon.

—Eso quiere decir, preguntó Mercedes, que piensa V. hacer un nuevo viaje á África.

—No señora, dijo, no creo absolutamente necesario ese nuevo viaje.

—Entónces..... replicó el Duque.

—Entónces, repitió Miguel, quiero decir que tambien hay *leones* en Europa.

La palabra *leones* la pronunció recargando el acento de tal modo, que el Duque se le quedó mirando atentamente, y la criolla añadió, riyéndose:

—Y en Madrid no faltan..... por de pronto, ahí está..... aunque enjaulado, el leon del Retiro.

Éste fué el momento en que se alzó el telon por segunda vez, y Miguel, levantándose, iba á despedirse, cuando Mercedes le dijo:

—Sentiria ser indiscreta invitándole á permanecer con nosotras..... mamá tendrá mucho gusto en ello.

—Mucho, niña, mucho—bostezó sosegadamente la señora de Vegahonda.

Miguel volvió á sentarse, y el Duque elevó el labio inferior, dando á su rostro una expresion que era al mismo tiempo de duda y de desprecio.

La Marquesa, desde su platea, no perdia detalle, mirando de soslayo, que es como las mujeres suelen ver más. Matusalem creyó sorprender en ella señales fugitivas de agitacion interior mal disimulada. Habia visto á Lanuza en el palco de la criolla, pero fingió no verlo, y la Marquesa se alegró de que no lo viera.

Así pasó el segundo acto, cuyo *quintetto* se oyó con profundo silencio, cayendo el telon entre numerosos aplausos, que tambien inició la Marquesa, diciendo á sus amigos:

—La ejecucion no ha sido arrebatadora, pèro ese canto, verdaderamente inspirado, no se puede oir sin entusiasmo.

—Oh, sí, exclamó Guillen aplaudiendo; la música es la química de los sonidos.

Luisa aprovechó la ocasion que el médico le ofrecia para respirar á sus anchas, y dió suelta á la más espontánea carcajada.

—Explique V. eso, señor facultativo, dijo el general, si no quiere V. que nos quedemos en ayunas.

—Voy á explicarlo satisfactoriamente,

contestó el doctor, puesto que hay necesidad de ello.

—Veamos, añadió Matusalem.

—Componer y descomponer cuerpos: hé ahí la química; componer y descomponer notas: hé ahí la música.

—Muy bien, exclamó la Marquesa. Dichoso el químico que ha sabido componer la *Somnámbula;* y es una lástima que al morir se llevára el crisol en que supo fundirla..... el crisol de su genio, ante el que la pobre ciencia se queda con la boca abierta.

—Dan ustedes demasiada importancia al arte, replicó Guillen; yo lo respeto mucho, pero..... ¡caracoles!—permítaseme el uso de estos moluscos—donde está la ciencia.....

—¡La ciencia!..... exclamó el general; ¿qué ciencia puede compararse con el arte de la guerra? Napoleon se mofaba de los ideólogos, porque sabía muy bien que cuando se anda á cañonazos no se encuentra un sabio ni para un remedio.

—No obstante, advirtió Matusalem, Napoleon era un sabio..... era un gran geómetra.

—No, no, replicó la Marquesa. Napoleon fué un genio.

Miéntras se discutia este punto en el palco de la Marquesa, los tres signatarios de la tiple alianza se habian reunido en el pasillo que conducia al palco de la criolla, y arrimados á la pared bajo uno de los mecheros de gas que lo iluminaban, parecian ocupados en resolver un punto difícil, acerca del cual urgia, por lo visto, adoptar una resolucion.

—Es Lanuza, señores, es Lanuza, decia en voz baja el Vizconde.

—¿Y de dónde ha salido ahora ese hombre? preguntaba el diplomático.

—De África, contestó el Vizconde.

—¿Y quién es ese señor Lanuza que viene de África? decia el marino.

—Es un amigo del Duque.

—No, Vizconde, replicó el diplomático..... fué algun tiempo su secretario..... La Marquesa lo protegió, dándolo á conocer; mas parece que se permitió amar á la Marquesa, pretension exorbitante, que lo obligó á desaparecer sin que nadie se haya vuelto á acordar de semejante personaje.

—Eso puede ser así, ó puede ser de otro modo que no sea precisamente lo mismo, dijo el Vizconde; pero es el caso que debemos ver en el Sr. Lanuza un rival.

—¡Un rival! exclamó el marino.

—Precisamente..... y un rival más temible que el mismo Duque.

—Eso no es posible, exclamó el diplomático.

—Tal me parece, añadió el marino.

—Entónces, replicó el Vizconde, ¿por qué se alarman ustedes?..... ¿Qué han visto para entregarse á los horrores del desaliento en que los veo á ustedes?

—Hemos visto, contestó el marino, una predileccion inusitada; lo ha detenido en su palco, y desde que ese hombre se hizo presente no ha vuelto ni una vez siquiera la cabeza.

—Bah..... exclamó César, ésa es una táctica conocida..... quiere humillar al Duque, desesperarle.

—En efecto, añadió el Vizconde, interrumpiendo á César..... Todo eso quiere para provocar un rompimiento.

—Mejor, dijo César..... así nos librará del Duque.

—Sí, pero se queda él..... añadió el marino.

—De todos modos, opinó el Vizconde, nuestra cuestion es preciso que esta misma noche quede resuelta. Aprovechemos este entreacto. Vamos á saludarla, y aquel á quien le conceda la posesion del clavel se entenderá luégo con sus rivales, porque es cosa clara que el que obtenga la flor obtiene su preferencia; los demas quedan definitivamente desahuciados.

—¿No sería mejor, advirtió el marino, escribirle una carta colectiva, donde, bien explicado el caso, la obligarse á dar una respuesta categórica?

—De ninguna manera, dijo el diplomático, porque una carta da tiempo á que la respuesta se medite, y no se escribe con la misma espontaneidad que se habla. El caso es sorprenderla.

—Justo, añadió el Vizconde, confirmando el parecer de César. No perdamos tiempo, y manos á la obra. César llevará la palabra.

Y diciendo y haciendo, se encaminó resueltamente al palco de las señoras de Vegahonda, en el cual entró con la misma franqueza que en su casa; detras de él entraron el marino y el diplomático; el primero de estos dos con el clavel entre los dedos, sin duda para dar á entender que estaba en buenas manos.

—Al verlos, dijo Mercedes:

—Hola, hola; creí que tan buenos amigos nos habian olvidado esta noche.

Miguel se levantó, retirándose cortésmente al fondo del palco, y César se acercó á la criolla, que decia:

—Los tres juntos..... es original..... vamos, ustedes traen entre manos alguna conspiracion.

—No señora, contestó César; traemos entre manos un pleito, que V. es preciso que sentencie.

—¡Oh!..... pues seré justa. Oigamos á las partes.

—Las partes son tres, dijo el Vizconde, interrumpiendo la conversacion que habia entablado con el Duque.

—¡Tres! exclamó Mercedes.

—Y las tres, dijo el marino, se creen con igual derecho.

Entónces reparó la criolla en el clavel que el marino llevaba en la mano, y se sonrió, diciendo:

—Me parece que ustedes son las tres partes del pleito, y la verdad, si he de ser yo el juez, declaro que me siento inclinada en favor de mi bravo marino.

César y el Vizconde se quedaron estupefactos, y el marino atónito.

—¡Señora!..... murmuró éste.

—¡Oh! ¡sí! exclamó ella; confieso que me tiene V. obligada.

—¿Seré tan dichoso?..... balbuceó el marino.

—Si es una dicha complacerme, debe V. ser dichoso, porque en este momento me tiene V. muy complacida.

El marino no estaba prevenido para este golpe inesperado de su fortuna, y sintió un desvanecimiento que le cortó la voz oportunamente, pues no se le ocurrió ni una palabra, y cuando no hay nada que decir, la voz

sobra. Miraba fijamente á la criolla, y le parecia que el pavimento del palco se movia debajo de sus piés como si flotára sobre el Océano. Aquello era un sueño, y un sueño á bordo.

Por lo que hace al Vizconde y al diplomático les parecia inaudito lo mismo que estaban oyendo; es decir, que se resistian á caer, cosa bien natural, desde la cumbre de sus respectivas esperanzas al abismo de aquel comun desengaño.

—Vamos, dijo Mercedes con un ligero movimiento de impaciencia y dirigiéndose al marino, hable V.; espero sus palabras con ánsia, como el que espera una buena noticia.

—Señora, yo.....

—Usted. Me parece que es V. al que le toca hablar; yo ya he dicho bastante.

—Pues bien, exclamó el marino, inclinándose con toda la gallardía que le fué posible. Este clavel.....

—El mismo, es el mismo, dijo ella examinándolo; lo conozco perfectamente; es un hermoso clavel; quizá no haya en Madrid otro semejante.

—Yo he tenido la suerte, siguió diciendo el afortunado comandante, de poder tenerlo en mis manos.

—La suerte es mia, caballero, añadió la criolla, porque esa flor me interesa mucho; pero soy una loca insoportable, y esta tarde lo he perdido en la Fuente Castellana; se me cayó sin saber cómo, mas V. lo ha encontrado y viene á devolvérmelo; ay, amigo mio, ese favor no tiene precio.

Y al concluir de hablar, tomó de las manos del marino el clavel, añadiendo:

—Ahora, vamos al pleito.

—El pleito, dijo el Vizconde, está ya sentenciado, y las tres partes han quedado iguales.

—¡Cuánto me alegro! exclamó Mercedes con una ingenuidad encantadora.

Al acto segundo siguió el acto tercero, y terminada la funcion, las señoras de Vegahonda bajaron al pórtico á tomar el coche. La madre, apoyada en el brazo del Duque, la hija en el brazo de Lanuza; éste llevaba en la mano el clavel objeto de las esperanzas de los tres aliados, que poco ántes ha-

bian salido del palco, como puede suponerse; es decir, el Vizconde alegre, el diplomático triste y el marino furioso.

Cuando el Duque se despidió de las señoras de Vegahonda, la madre le dijo:

—Mire, no vaya á pié..... va á cansarse.

—Señora, contestó, tengo aquí mi berlina.

Mercedes se apresuró á decir:

—Bien, Lanuza se tomará la molestia de acompañarnos.

Poco despues salia la Marquesa de su platea, apoyada en el brazo del general y seguida del insigne Matusalem y del doctor insigne.

El general preguntó:

—¿Quién es ese caballerito que entra en el coche de las señoras de Vegahonda?

La Marquesa no dió ninguna respuesta á esta pregunta, fingiendo no oirla; pero á Matusalem no le pareció cortés dejarla desairada, y dijo:

—Me parece que ha de ser un cazador de leones.

Como si le hubiera mordido una víbora

volvió Luisa la cabeza, y clavó en Matusalem, por un instante, las centellas de sus ojos.

Cuando se vió sola en su coche, exclamó:

—Ah..... esa mujer es implacable.

Llegó á su casa y se entró en su cuarto, despidiendo á Mundeta, que se disponia á desnudarla, y comenzó á pasearse de un extremo á otro del gabinete, diciendo como una loca:

—Hay que hacer..... hay que hacer algo.

Se sentó delante del escritorio y tomó la pluma; pero la arrojó inmediatamente, y dejando caer la cabeza y ocultando el rostro entre las manos, comenzó á sollozar como una niña.

Al fin enjugó sus lágrimas, exclamando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

Cruzó las manos y meditó algun tiempo; despues se entró en su dormitorio y llamó á Mundeta.

La doncella estaba muy torpe, no atinaba á desabrochar los corchetes, y es, que colocada detras de la Marquesa, que se hallaba delante de un espejo, observaba atentamente

el rostro de la señora, que el cristal le presentaba, con curiosidad bien singular en ella, que estaba tan acostumbrada á verlo.

Pero, ya se ve, es que notaba en el rostro de la Marquesa algo extraordinario, que no acertaba á explicarse, y le parecia sumamente extraño que no fuera aquella cara la misma con que la habia visto salir de casa.

La pobre muchacha no sabía bastante psicología para explicarse científicamente las misteriosas relaciones que existen entre el espíritu y la materia, ni cómo se oscurece ó se ilumina el semblante, segun las alegrías ó los dolores que pasan por el fondo del alma, y sólo sacó en limpio de sus tenaces observaciones que á la señora debia haberle sucedido algo.

Mas, si era indiscreta con los ojos valiéndose de la complicidad del espejo, no se atrevió á serlo con la boca, y se guardó muy bien de hacer ni la más inocente pregunta.

Luégo que la Marquesa estuvo acostada, se acercó á la cama y corrió suavemente las cortinas, retirándose hasta el dia siguiente,

si durante la noche no ocurria novedad alguna.

Pero, sin poderlo remediar, y hasta sin saber lo que hacia, se detuvo al otro lado de la puerta con atento oido, y así permaneció algunos minutos, hasta que al fin se alejó andando de puntillas y diciendo entre dientes:

—Ya está dormida..... más aún..... está soñando..... Y ¡qué sueño tan original! le he oido decir..... claramente..... «cazador de leones..... cazador de leones.....» Vaya V. á averiguar lo que estará soñando.

Y ella misma, despierta, se entró en su cuarto, repitiendo:

—Cazador de leones..... cazador de leones.....

# CAPÍTULO IV.

## Ni el uno ni el otro.

Dos dias despues de ocurrido lo que acabo de relatar en el capítulo anterior, la Marquesa parecia animada por ese vigor que infunden en el alma las grandes resoluciones, y decia:

—Es preciso evitar á toda costa la catástrofe que presiento; esa mujer es implacable..... el infierno ha encendido en su alma el fuego de un funesto orgullo. Ella, sin duda inspirada por Matusalem, es la que descubrió á Lanuza el secreto motivo del repentino viaje del Duque. Lanuza, añadia suspirando, tiene excitada su vanidad de hombre. La infame codicia de Matusalem, la vanidad de ese pobre muchacho, la locura de mi hermano, mi propia debilidad, y el orgullo sa-

tánico de esa terrible criolla, han puesto las cosas en un fatal camino. Tengo desgarrado mi corazon de mujer, porque, infeliz de mí, yo lo amaba y le perdono, lo que una mujer no perdona nunca: el desprecio..... pero ya no se trata de mí; se trata de él..... se trata de mi hermano, y veo levantarse sobre sus cabezas una tempestad sangrienta. ¡Dios mio! ¡Dios mio!..... ¡por qué habrá vuelto!

Hablando así, sentia las lágrimas agolparse á sus ojos; mas por un supremo esfuerzo de su voluntad las hacia retroceder, escondiéndolas en el fondo de su alma.

Por tercera vez entró Mundeta á saber si la señora queria vestirse; pero fué despedida de la misma manera que las dos anteriores, y al tiempo de salir retrocedió réspetuosamente.

—¿Qué es eso? preguntó la Marquesa.

—Es, contestó la doncella, que está aquí el señor Duque.

—Yo, ni más ni ménos, dijo éste entrando; yo en persona..... que invado tu cuarto sin esperar que nadie me anuncie. Pero ¿qué veo?..... ¿áun estás así? Tú estás bien de to-

das maneras..... pero, querida mia, son ya las doce y media.

—No importa, replicó la Marquesa; almorzamos solos y no pienso vestirme.

El Duque se dejó caer en un sofá y Mundeta salió del aposento.

Despues de un momento de silencio, que el Duque no parecia dispuesto á interrumpir, dijo la Marquesa:

—Javier, me asombra verte tan callado.

—Te asombra; ¿y por qué?

—Porque tu lengua no suele acomodarse á estar quieta mucho tiempo.

—Y bien; ¿qué infieres de mi silencio?

—Infiero todo lo contrario.

—¿Cómo es eso?

—Callas demasiado para que no sospeche que tienes algo que decirme.

—No, dijo el Duque, encogiéndose de hombros; no tengo nada que decirte, nada absolutamente.

—¿Nada, Javier? preguntó la Marquesa con dulce sonrisa.

—Sí, tienes razon; algo tenía que decirte.

—Habla, habla.

—Tengo encargo de ofrecerte los más sinceros respetos, las más cordiales simpatías y las gracias más expresivas.

—¡Hola!..... ¿De parte de quién?

—De parte de un corazon agradecido.

—¿Qué beneficio he hecho yo para merecer todas esas cosas?

—Uno.

—Supongo que tienes bastante confianza conmigo para no ocultármelo. Yo, por mi parte, te respondo de guardar el más profundo secreto.

—El sábado en la noche disipastes una tempestad que se cernia sobre algunas cabezas.

—¿Cómo fué eso, querido hermano?

—Figúrate que todo estaba dispuesto y preparado para una gran silba. La pobre *prima donna*, que empieza ahora su carrera y promete mucho, estaba—permite la frase—que no le llegaba la camisa al cuerpo, cuando tú la salvaste de un naufragio seguro, haciéndola aplaudir furiosamente. Esto dice todo el mundo; y ella, imagínate, no

sabe dónde ponerte. La noche que quieras dar un concierto, se queda la empresa sin cantantes, el teatro sin empresa y el público sin teatro. Entre bastidores todo el mundo te adora, desde el empresario hasta el último corista.

—Me alegro, contestó la Marquesa.

—¡Oh! exclamó el Duque; fué un gran triunfo..... triunfo exclusivamente tuyo, que algunas personas celebraron mordiéndose los labios, porque..... francamente, Luisa, no se puede luchar contigo.

La Marquesa se sonrió tristemente y dijo:

—Todo eso está muy bien, pero no se refiere á mí lo que yo sospecho que tú tienes que decirme.

—¿A quién, pues, se refiere? preguntó el Duque, admirado.

—Tal vez á tí.

—¡A mí!

—¿Por qué no?

—Realmente no sé..... mas si te empeñas, me inventaré alguna aventura cuya narracion te entretenga.

—Vamos, Javier, dijo la Marquesa..... hablemos formalmente. ¿Cómo llevas tus asuntos con Mercedes?

—Phst.

—Eso no es contestar.

—Me sorprende, querida hermana, que me saques así, á boca de jarro, esta conversacion, que me has eludido tantas veces.

—Pues mira tú, replicó Luisa; mayor debe ser mi sorpresa al ver que tú la eludes precisamente cuando yo la provoco.

—Vamos, exclamó el Duque; ya lo he dicho ántes: no se puede luchar contigo.

—En ese caso, no luches, pero contesta. ¿Cómo va el asunto de tu matrimonio?

—Bien..... contestó el Duque friamente.

—Bien..... ó, lo que es lo mismo, mal, replicó la Marquesa.

—Ni lo uno ni lo otro, dijo el Duque..... la verdad es que las cosas están lo mismo que estaban.

Luisa movió la cabeza con ademan de triste desconfianza y añadió:

—Lo mismo ó peor.

—Tal vez.

—Quisiera yo saber qué género de interes te inspira Mercedes.

—Yo te diré, querida Luisa: el afecto, digámoslo así, que me inspira la señorita de Vegahonda tiene tres fases, tres períodos. Cuando abrí los ojos al mundo y me encontré duque por la muerte de nuestro buen padre, me la presentaron como la que habia de ser, andando el tiempo, mi mujer. Ya se ve, me acostumbré á esta idea, y la miré siempre como el término de mi vida, esto es, de mi libertad; y siendo la primera mujer con que tropezaba en el mundo, la coloqué, sin saber cómo y por qué, la coloqué la última de todas. Es preciso tener en cuenta que no pasaria ella entónces de los doce años, y es claro, como ella podia esperar, yo no tuve prisa ninguna, y ¡qué demonio! huia de ella como huye el pájaro de la jaula. Aquí tienes el primer aspecto del interes que me inspira nuestra opulenta criolla.

—Veamos el segundo, dijo la Marquesa.

—El segundo ya es otra cosa. Observé que la vida es algo cara; que mi título y mi rango me imponian la obligacion de un faus-

to á que apénas alcanzaban mis rentas; supe, ó mejor dicho, pensé formalmente en que mi futura esposa contaba con la pingüe fortuna de seis millones de renta, y francamente, me enternecí y comencé á mirarla como un buen partido. No obstante, fuí alargando ya de una manera, ya de otra, el momento crítico y solemne de caer en esa red de millones, confiado, por otra parte, en la formalidad del compromiso contraido por nuestros padres. Mi posicion era magnífica: tenía en perspectiva, en perspectiva segura, una gran fortuna, y era al mismo tiempo libre para derrochar la mia. Aquí tienes el segundo aspecto.

—Vamos al tercero.

—El tercero me coloca en una situacion que empieza á serme un poco difícil. La señorita de Vegahonda parece que ha salido de aquel letargo en que yacia sumergida, y del que su insoportable madre no ha despertado todavía. A la vuelta de mi último viaje á París..... ¡delicioso viaje!..... me la encontré transformada..... No era la misma. Presumí si alguno habria logrado interesar su corazon

durante mi ausencia..... pero pronto pude convencerme de que no era el amor la causa de aquel cambio que yo observaba con curiosidad. No preferia á nadie especialmente, aunque cualquiera le servia para mortificar mi amor propio. Bah, me dije, está resentida de mi anterior conducta para con ella; está celosa; y resolví desagraviarla sometiéndome á todos sus caprichos, sufriendo todas sus impertinencias; en fin, pasando por todo..... Mas la niña es más tenaz de lo que parece, y me impone humillaciones que no sé cómo las sufro. A todo esto, no he conseguido hacerle soltar prenda ninguna, y cada dia se me muestra más encastillada en una reserva que empieza á parecerme inaccesible. Me encuentro, pues, delante de la criolla como pudiera encontrarme delante de la esfinge; es un jeroglífico, que mi amor propio está interesado en descifrar á toda costa. Aquí tienes el tercero, último y presente aspecto de las cosas.

Luisa no mostró sorpresa ninguna al oir el relato de su hermano; ántes bien parecia que lo escuchaba como si oyera cosas que de

antemano sabía. Mas, sin embargo, clavó sus pardos y hermosos ojos con triste curiosidad en el Duque y le preguntó:

—Perfectamente; pero dime, ¿qué piensas tú de semejante proceder?

—Pienso, contestó el Duque, dos cosas enteramente contrarias, sin saber á qué carta quedarme.

—Veamos eso.

—Pienso que se ha despertado en ella repentinamente el orgullo de criolla y el orgullo de millonaria, y que, resentida de mi conducta y dudosa de mi afecto, se ha propuesto obtener mi cariño á prueba de desdenes y de humillaciones. Es una venganza y una satisfaccion que se ha obstinado en proporcionarse. Al mismo tiempo, pienso que busca un rompimiento y que lo provoca, y á esto me inclinaria si hubiera una causa á que atribuir resolucion semejante.

—¿De manera, dijo la Marquesa interrumpiendo á su hermano, que no sientes por ella ese tierno interes que hace tan amargos los desengaños y tan crueles los rompimientos?

Quedóse el Duque contemplando á su hermana con expresion de verdadero asombro, como quien duda de lo que oye; al fin prorumpió diciendo:

—¿Me preguntas si estoy enamorado de la señorita de Vegahonda?

—Eso es precisamente; te pregunto si la amas.

—Me parece que hablas formalmente, y me obligas á usar el mismo tono al contestarte. No, querida Luisa, no amo á esa mujer. Si me apuras, te confesaré que no he amado á ninguna; mas en cuanto á ésta, te aseguro que me sería imposible amarla.

La Marquesa levantó los ojos al cielo, respirando con ánsia, y su hermano le preguntó:

—¿Acaso lo sientes?

—No, le contestó ella.

—¿Te alegras? volvió á preguntarle.

—Sí, le dijo con cierta vehemencia. Me alegro de que no la ames.

—¿Por qué?

—¿Qué sé yo?..... Es una cosa inexplicable, tal vez injusta, y sólo á tí me atreveria á

decirlo..... pero ¿qué quieres? esa mujer me parece funesta.

—No lo creas, replicó el Duque sonriéndose; no es ni eso; es pura y simplemente tonta.

—Yo, dijo la Marquesa apartando los ojos de su hermano, creo que no te estima.

—Es muy posible, y en ese caso, ya lo ves, querida Luisa, le pago en la misma moneda.

—Entónces.....

—¿Entónces qué?

—Me parece que haréis un matrimonio poco envidiable.

—Todos los matrimonios, querida hermana, que se realizan por pura conveniencia, son poco envidiables, aunque haya mucha gente que los envidie, y el mio será uno de tantos.

—¿Es decir, Javier, que estás decidido á casarte con Mercedes?

—Me parece, contestó el Duque, algo sorprendido por la pregunta, que esto es lo convenido por ambas familias; que éste es el compromiso en que nos encontramos; en fin, que esto es lo que tú deseas..... como el cum-

plimiento de la voluntad de nuestro buen padre. Estas mismas palabras te las he oido mil veces; eran el tema obligado de tus sermones.

—Es verdad, hermano; es verdad eso que dices; pero hoy pienso de otro modo.

—¿Qué piensas, querida mia, qué piensas?

—Pienso, contestó la Marquesa con aire decidido, que debes romper ese compromiso, cortésmente por supuesto, pero de un modo definitivo. Déjala en libertad, porque eso sin duda es lo que quiere.

—Es tarde, es tarde. Me he sometido á muchas humillaciones para resignarme á un rompimiento que acabaria de ponerme en ridículo. Está interesado mi decoro, mi amor propio, mi nombre, y no puedo retroceder..... Ademas, querida mia, se trata de una renta de seis millones..... Ella no se determina á romper violentamente y sin causa admisible el compromiso contraido por su padre, y héme á mí en el mismo caso; de manera que será mi mujer. ¡Oh! sí, añadió con vehemencia, será mi mujer, y entónces verémos.....

—Por Dios, Javier, exclamó la Marquesa, sigue mi consejo.

—Es imposible, querida mia, es imposible; y me llenas de asombro al oirte hablar de esa manera. ¿Quieres hacerme el favor de explicarme qué capricho es éste?

—No es capricho; es un presentimiento, que me anuncia muchas desgracias.

—Ea, no hablemos más del asunto, porque mi resolucion es irrevocable y he de jugar esta partida hasta la última carta. Ahora haz el favor de ver si almorzamos, porque me has hecho hablar tanto, que mi apetito empieza á sentirse impaciente.

La Marquesa, pálida y pensativa, visiblemente contrariada, llamó y pidió el almuerzo, que fué silencioso. Acabaron de almorzar, y el Duque, pretextando una ocupacion urgente, de que no se habia acordado hasta entónces, abrazó á su hermana y salió precipitadamente.

Volvió la Marquesa á su cuarto, y entró en él diciendo:

—Lo conozco bien y no cederá..... Infeliz, tiene una vanidad demasiado terca. Apelarémos al segundo recurso.

Y apretando los dientes como quien va á beber un brevaje nauseabundo, y pálida, más bien lívida, se sentó delante del escritorio y cogió la pluma, escribiendo algunos renglones con mano iracunda.

Dobló la carta, apartando los ojos del papel, como si no quisiera ver lo que habia escrito, y la encerró en un sobre, poniéndole el correspondiente sobrescrito.

Hecho esto, tiró del cordon de seda que pendia del techo, y se oyó el lejano repiqueteo de una campanilla violentamente agitada, y casi inmediatamente se presentó Mundeta con aire despavorido.

Luisa arrojó con desprecio sobre la mesa la carta que tenía en la mano, y dijo á su doncella:

—Que la lleven á su destino inmediatamente.

Mundeta salió tan de prisa como habia entrado.

Apénas desapareció la doncella, Luisa se desplomó sobre una butaca con el desfallecimiento del que acaba de hacer un esfuerzo supremo.

Allí se abismó en profundas reflexiones, revelándose en su semblante y en sus movimientos las agitaciones interiores de su espíritu.

Así pasó una hora, al cabo de la que se levantó, compuso su semblante en el espejo y arregló sus hermosos rizos, algo descompuestos, y como si su propia imágen le infundiera ánimo, pareció más tranquila.

Dió algunas vueltas por la habitacion, pisando apénas sus menudos piés los dibujos aterciopelados de la alfombra que cubria el pavimento, y dejando ver la armoniosa cadencia que formaban las ondulaciones de su gallardo talle, que seguia los movimientos de sus pasos con esa gracia con que sólo saben andar las españolas.

Volvió á sentarse y volvió á meditar..... aplicando atentamente el oido al menor rumor que oia; pero, por lo visto, no era el ruido que esperaba ó que temia, porque era imposible distinguir bien si se hallaba poseida de un gran temor ó de una gran esperanza.

Contestándose á alguna duda que le suge-

ria su propio pensamiento, exclamó distintamente:

—Verémos, verémos.

Al fin oyó pasos precipitados, que ahogándose en la alfombra se acercaban á su habitacion, y clavó los ojos en la puerta. Mundeta apareció en ella y Luisa le dijo:

—Que pase, que pase.

—La doncella desapareció rápidamente, y la Marquesa, irguiéndose como el luchador que se prepara á recibir á su enemigo, esperó algunos instantes con la frenta alta y los ojos serenos, pudiéndose contar, sin embargo, los tumultuosos latidos de su corazon al traves de los pliegues de la bata que cubrian su pecho.

Alzóse la cortina suavemente, y penetró en la estancia, con la cautela de una serpiente, la cabeza de Matusalem.

—Adelante, caballero, dijo la Marquesa sin moverse de su asiento.

Matusalem entró diciendo:

—Acabo de recibir su carta; en ella me indica que necesita verme, y me he apresurado á venir, ansioso de complacerla; estoy,

pues, señora, completamente á sus órdenes.

Luisa irguió más su hermosa cabeza y señaló á Matusalem una butaca inmediata á la que ella ocupaba, en la cual se sentó éste con ceremonioso respeto. Entónces la Marquesa se dignó mirarle un momento, despues del cual le dijo:

—Sé que voy á llamar á las puertas de un corazon desposeido de todo sentimiento; sé que me dirijo á una alma fria, que se niega el placer, el placer inmenso de las bellas acciones; pero ¡quién sabe! Dios, que ha puesto el fuego en las duras entrañas de la piedra, y el agua en el seno de las nubes..... tal vez no ha consentido, por un acto de su divina misericordia, que se extinga por completo en ese corazon tenebroso el gérmen de los buenos pensamientos.

Detúvose aquí como si dudára de lo último que acababa de decir, y aprovechando Matusalem esta circunstancia, se apresuró á contestar de esta manera:

—Ciertamente, no es el exordio con que ha comenzado V. su discurso una alabanza que deba ofender mi modestia, ni tampoco

me parece muy á propósito para avivar en mí el deseo de complacerla; pero ántes lo he dicho: vengo resuelto á serle útil y le agradezco la ocasion que me ofrece de poder servirla. Veamos, pues, señora, de qué se trata.

—Se trata, dijo la Marquesa, de evitar una catástrofe.

—¡Una catástrofe! exclamó Matusalem lleno de asombro.

—Parece imposible que no tenga V. prevista tan natural y tan terrible contingencia. Deje V. el disimulo para otra ocasion más oportuna, y haga V. más justicia á su talento.

—Bien, señora; no negaré que empiezo á ver algo..... algo que, en efecto, podia ser muy desagradable.

—¡Desagradable!..... dijo Luisa con impaciencia. Diga V. más bien que sería horrible.....

—Bueno, horrible..... no hemos de reñir por una palabra.

—En tal caso, siguió diciendo ella, hay que impedirlo á toda costa.

—A toda costa..... repitió Matusalem con cierta lentitud, como si calculára la gravedad de la palabra.

—Sí, añadió la Marquesa; á toda costa.

—Perfectamente, señora; ese deseo es muy natural y hace honor á su buen corazon, y veo que, aunque se anticipa V. un poco á los sucesos, no se debe perder tiempo ninguno. Ahora bien, ¿qué hacemos? Usted tendrá su plan; póngame V. al corriente, y verémos.

—Mi plan era persuadir á mi hermano y apartarlo de esa mujer funesta, á quien no ama ni estima.

—¿Y bien?.....

—Mi hermano insiste..... ha hecho ese asunto cuestion de amor propio; está irritada su vanidad y no cede.

—Lo comprendo..... pero ¿está V. segura de que su resolucion es irrevocable?

—¡Oh! demasiado segura.

—Él, por supuesto, ignora.....

—Sí; lo ignora todo..... porque sería mil veces peor que lo supiera.

—¿Y qué hacemos en este caso?

—Hay un medio, dijo la Marquesa.

—¿Cuál?..... preguntó Matusalem.

—Persuadir al otro.

—¿Y quién hace eso?

—Usted.

—¡Yo!

—Sí.

—¡Señora!

—Usted, autor de esta sorda y horrorosa intriga.

Bajó Matusalem los ojos con aire modesto, al mismo tiempo que decia:

—No rechazo la parte que me pueda tocar en este asunto; pero, señora, sería una injusticia despojarla á V. de la que le corresponde.

La Marquesa á su vez bajó la cabeza bajo el peso de esas palabras; mas alzándola de pronto, exclamó con noble dignidad:

—No tengo excusa, caballero, no tengo excusa; y mi falta sería imperdonable si Dios, que todo lo ve, no viera en mi corazon todo lo que he amado y todo lo que padezco.

—Eso no quita, señora, que convengamos en un punto, que no deja de ser importante.

Se trata de un asunto que no presenta muy buen aspecto, en el cual hemos sido cómplices.

—¡Cómplices!..... gritó la Marquesa con desolado acento.

—No sé, añadió Matusalem, si he aplicado la palabra con toda propiedad..... mi fuerte no es la literatura, y me someto humilde y voluntariamente al fallo de V..... de usted, señora, á quien se cree autora de un precioso poema, que todavía permanece inédito.

—Paso por todo, dijo la Marquesa con heroica mansedumbre; hemos sido cómplices..... Dios sabe cómo..... pero, en fin, lo hemos sido..... tambien he contribuido yo al desastre que amenaza; mas por lo mismo debemos evitar la desgracia que presentimos.

—Yo lo deseo, Marquesa, yo lo deseo..... hablo con toda sinceridad.

En efecto, parecia que hablaba sinceramente.

—¿Qué quiere Mercedes?..... preguntó ella.

—No lo sé, contestó Matusalem; y acaso ella misma no lo sabe..... pero es temible.

—¿Y él..... qué quiere?

—Es natural; busca en la criolla el desquite de Magdalena.

—Hay que apartarle de semejante camino, dijo la Marquesa con aire decidido.

—Es difícil.

—Difícil quiere decir que es posible.

—¡Oh!..... exclamó Matusalem; posible..... pero ¿cómo?

—Usted lo sabe.

—Sí; convengo en que debe intentarse y acaso pueda conseguirse..... porque.... en fin, voy viendo que el choque entre ambos se viene encima, y francamente, se pelea con mucho encarnizamiento por seis millones de renta.

—Me parece muy fácil, añadió la Marquesa, convencerle de que hace un papel odioso, prestándose, por un rencor indigno de corazones nobles, á ser instrumento de una mujer terriblemente vanidosa, que acaso no sabe lo que se hace. Él tiene instintos nobles; comprenderá al fin que es más bello

el perdon de las ofensas que la venganza de los ultrajes..... Y si se resiste, ¡oh!..... si se resiste, lo digo con toda mi alma, estoy dispuesta á todo.

—¿A todo? repitió Matusalem.

—A todo, volvió á decir la Marquesa. No hay sacrificio que no me imponga por impedir la catástrofe.

—Me anima esa enérgica resolucion, porque, sea de un modo ó de otro, cuando una mujer desea vivamente una cosa, al fin y al cabo la consigue.

—Soy capaz, exclamó la Marquesa, de buscarlo, de arrojarme á sus piés, de pedirle perdon; perdon de haberle amado. No, no, añadió corrigiéndose; perdon de haberle ofendido. Yo le diré..... «Soy la única culpable..... todo es obra mia..... tuve celos y una venda cubrió mis ojos.» ¿Qué más he de decirle?

—Esto es muy dramático y seguramente sería muy aplaudido en cualquier teatro, más fuera de la escena, en la vida real, en la vida positiva, sería un poco aventurado prometerse un éxito seguro. Marquesa, tiene V.

el defecto de ver las cosas de un modo sin duda alguna bello, pero poco práctico. Ese recurso le impondria á V. una humillacion inútil. Lanuza es un pobre muchacho, que tiene poco mundo, pero que se ha empeñado en creer que tiene mucho, y nos exponiamos á que tomára la sinceridad de ese arrepentimiento por un nuevo lazo. No pierda V. de vista que hay por medio una heredera de trescientos mil duros de renta, y comprenderá que tan pingüe fortuna es más que suficiente para explicar los más heroicos sacrificios.

Lanzó la Marquesa un profundo suspiro, y aquel hombre impasible continuó diciendo:

—En todo caso, tan arriesgado recurso no debe ponerse en planta hasta despues de tanteado el terreno. Antes de sembrar se debe preparar la tierra, y acaso no haya necesidad de apelar á tan costoso sacrificio, y áun pudiera suceder que..... vamos, es posible que él mismo fuera el que pensando las cosas más despacio, viniéra á pedir perdon de su ligereza á la Marquesa justamente ofendida.

—¡Oh! exclamó ésta sin poder contenerse. Eso sería demasiado.

—No lo aseguro, advirtió Matusalem; pero, en fin, si V. se empeñára en ello, me empeñaria yo tambien, y V. sabe que cuando yo me empeño no es en vano.

—Yo lo olvido todo, dijo ella, queriendo tender el manto de la generosidad sobre su implacable enemigo, y me contento con que se conjure la tempestad que amenaza. Hay que salvarlos..... y V. quiere que se salven. ¿No es verdad que sería horrible?..... A usted lo despedazarian los remordimientos y á mí, me mataria la pena..... Y levantándose añadió: Corra V..... corra V.; una buena accion hace olvidar en las almas generosas todas las malas acciones.

Matusalem permaneció sentado y pensativo, dando vueltas al sombrero que tenía en la mano. Al fin se puso de pié diciendo:

—No es tan urgente el caso; las cosas no van tan deprisa como la imaginacion, y el asunto no es para tratarlo de ligero. Me interesa vivamente la situacion en que V. se encuentra; pero, amiga mia, la tarea es ardua.

—¡Ah! exclamó la Marquesa. ¡Cuánto trabajo le cuesta á V. hacer una obra buena! ¿Quiere V. que se lo suplique..... que se lo ruegue con las lágrimas en los ojos? ¿qué quiere V. de mí?.....

—Nada de eso, señora..... Creo que puedo evitar el choque que V. teme, y en su mano de V. está que me decida á evitarlo.

—¿Cómo? exclamó la Marquesa con un candor que llenó de asombro á Matusalem.

—¡Cómo! repitió éste. ¿Acaso he desistido yo de mis legítimas pretensiones á la mano de la noble Marquesa?

—¿Todavía insiste V. en semejante desatino?

—Todavía, contestó él friamente.

—Pero ¿qué felicidad, gritó la Marquesa fuera de sí, puede V. prometerse uniéndose á una mujer que no lo estima, á una mujer que lo conoce; es decir, que lo aborrece?

—Eso es de mi cuenta, señora.

—Pues bien..... dijo con verdadera angustia. Conquiste V. mi estimacion; hágase usted digno de mí..... de mi aprecio..... obli-

gueme V. por la gratitud..... No puedo hacer más, Dios mio; no puedo hacer más.

—Señora, no nos entendemos..... la estimacion, el aprecio y la gratitud valen mucho, y desearia obtenerlos de V.; mas lo que yo quiero es su mano.

—Nunca, gritó la Marquesa. Prefiero la desgracia á la infamia.

Y alzando el brazo, señaló con ademan desesperado la puerta al que poco ántes habia hecho venir, tal vez llena de esperanza.

Matusalem se inclinó respetuosamente y salió de la estancia diciéndose á sí mismo:

—Áun se resiste, pero vamos ganando terreno.

—Apénas se vió sola, la Marquesa se oprimió la frente con ambas manos y casi sollozando decia:

—¿Qué me queda qué hacer?..... No lo sé..... no lo adivino; pero algo es preciso que haga..... No, no. Javier no cede..... ni ese infame tampoco; ni el uno ni el otro.

Tal vez la Marquesa se dejaba llevar demasiado de su triste presentimiento; no le faltaba razon para temer un choque entre su

hermano y Lanuza; mas no era el peligro tan inminente ni el caso tan desesperado. Desde que vió á Miguel en el palco de la criolla y observó lo que en él pasaba, le acometió el temor con tal violencia, que se hizo dueño de su ánimo, sin que pudiera desecharlo. Mas despues de las dos inútiles entrevistas que hemos presenciado, debió reflexionar que las cosas podian muy bien no llegar al extremo en que su imaginacion las colocaba.

Ello es que cuando parecia que el horizonte se le cerraba por todas partes con la temeraria resistencia de su hermano y la odiosa insistencia de Matusalem, comenzó á sosegarse su ánimo y á serenarse su rostro, inquieta, no obstante, porque temia haber procedido con demasiada ligereza.

Dos recursos le quedaban todavía que poner en juego, y ambos le causaban tal repugnancia, que no se atrevia á pensar en ellos más que en el último extremo.

Uno era la humillacion de su altivez y de su amor; el otro era la ignominia, la última ignominia.

Ver á Miguel, atraerlo á una cita, proponerle una entrevista, suplicarle que abandonára la empresa de pretender á la criolla, era exponerse á crueles sospechas; y entregar su mano al hombre infame, autor de tan feroz intriga, era horrible; pero no encontraba otro recurso.

Resolvió, pues, esperar, y espiando atentamente los acontecimientos, abrigó la esperanza de dominarlos, porque las almas fuertes lo último que pierden es la esperanza.

# CAPÍTULO V.

Donde parece que va á romperse de nuevo la tela de la araña.

Vivia Miguel como un príncipe; más bien, como cualquiera héroe de cualquiera revolucion triunfante. Especie de aristocracia moderna, que ha venido á sustituir á la antigua. Ilustres aventureros que pasan de la noche á la mañana de hediondos descamisados á ricos propietarios, á opulentos capitalistas; que suben como las burbujas del agua cenagosa de un estanque, removido desde el fondo subterráneo de los tenebrosos conciliábulos á la superficie de la sociedad, ó lo que es lo mismo, de la conspiracion al gobierno, de la infamia á la gloria, del garito al palacio.

Los héroes que levantan sobre sus hombros desnudos las chusmas amotinadas, siem-

pre son lo mismo, porque los héroes no los hacen los hombres; Dios solamente los hace, reservándose el misterioso crisol en que los funde; y ya se ve, cuando no quiere hacerlos, la multitud, que no puede pasarse sin ellos, echa mano del primero que se le pone delante, no precisamente en el momento del peligro, sino en el momento del triunfo, y entónces llega á ser héroe cualquiera presidiario.

Realmente el feudalismo persiste, aunque ha variado mucho en la forma. Los antiguos caballeros buscaban por medio de atrevidas hazañas el camino de su engrandecimiento y de su fama, y conquistando tierras, ciudades é imperios, llegaban nada ménos que á ser señores de horca y cuchillo.

Los aventureros de nuestra dichosa edad buscan tambien su engrandecimiento y su fama por medio de sangrientas hazañas, que se urden en la oscuridad de traidoras conspiraciones, seduciendo á los más tontos y comprando á los más perversos, y llegan nada ménos que á ser señores de puñal y trabuco.

El tipo, el modelo, la *vera efigie* del caballero antiguo, del noble caballero, es el Cid, por ejemplo. Los tipos, los modelos, las *veras efigies* de nuestros personajes son..... bah, no quiero nombrarlos.

Vivia, pues, Miguel como un príncipe; tenía coches, caballos, criados con librea, suntuosa habitacion y muy buena mesa; por consiguiente, es ocioso añadir que tenía muchos amigos.

Cuando lo dejamos la última vez, su fortuna no pasaba de ocho á diez mil duros, pues los cuatro mil que le quedaron, despues de pagar su primera deuda, de los ocho mil que le entregó A. Gil y Agudo por la afortunada negociacion de las misteriosas cuartillas del famoso artículo de *El Oriente*, los habia aumentado jugando de nuevo con mejor suerte que la noche aquella en que lo vimos perder los cuatro mil duros.

A su vuelta de la Argelia el capital se encontraba bastante mermado, pues habia emprendido várias expediciones por realizar su sueño; esto es, por asistir á una cacería en regla y tener el orgullo de encontrarse fren-

te á frente de un leon formidable todo el tiempo necesario para ponerle entre los dos ojos la bala fulminante de su carabina. Y estas excursiones, aunque inútiles, le costaron mucho dinero, porque siempre lo inútil es caro; y si no tuvo la suerte de traerse á España la piel auténtica de un leon de melena negra, ó siquiera de melena roja, muerto por sus manos, por lo ménos se dejó allá dos terceras partes de su fortuna.

Ello es que se encontró en Madrid, duro arriba duro abajo, con la miseria de cincuenta mil reales; esto es, pan para hoy y hambre para mañana.

No obstante, se hospedó en el *hotel de París*, que, si acaso no es el mejor, no es por eso el más barato.

La misma noche del dia de su llegada quiso ver el mundo á que volvia, de un solo golpe de vista, y se fué al teatro Real, donde precisamente hemos vuelto á encontrarlo.

Al dia siguiente hizo várias visitas, en coche por supuesto, y á la tarde se presentó en el Prado á caballo, en un ligero é inteligente caballo árabe que se habia traido de

África, y que manejaba con destreza y con gracia; caballo y jinete que llamaron la atencion entre tantos caballos y entre tantos jinetes..... Jinete y caballo de los que habló la criolla hasta reventar al Duque.

Como se ve, nuestro héroe volvia de África con mucho fausto y poco dinero, ó lo que es peor, con el último dinero de su pasada fortuna; por consiguiente, no dejaba de pensar con disgusto en el momento no lejano de que los cincuenta mil reales dieran el último suspiro.

Pensando en esto, pensaba que era preciso echar de nuevo aceite en la lámpara de su bolsillo, que espléndidamente abierto le amenazaba con apagarse, y no se sentia inclinado poco ni mucho á renunciar á las satisfacciones que le proporcionaba aquella vida tan agradable. Ademas, le habia cobrado á su ligero *Bel-Krer*—este era el nombre del caballo—un verdadero cariño, y le era imposible abandonarlo; más aún, le era imposible no tenerlo con toda la opulencia digna de la pura sangre árabe que corria por las hinchadas venas del noble bruto.

Un caballo de lujo pide lujo, y Miguel queria ser dignamente dueño de aquel vástago de tan noble raza. Coloquémonos en su posicion, y no nos será difícil participar de sus mismos deseos. El caballo es uno de los animales que más cariño inspiran al hombre y del modo que es posible que un hombre ame á un bruto, Lanuza amaba á su caballo; tenía orgullo en poseerlo, y si no somos excesivamente severos, acabarémos por disculpar su ambicion, más bien, su tierna codicia.

Mas, ¿dónde encontrar una mina de la que saliera el oro en monedas corrientes ó en billetes de banco? ¡Bah! César contaba con la loca fortuna..... ¿por qué Miguel no habia de contar tambien con la fortuna loca? En los sueños de felicidad que el hombre suele forjarse, ¿no cuenta siempre con alguna mujer?

Llamó, pues, á las puertas de la fortuna; pero ¿cómo?.....

El juego fué el primer aldabon que se le vino á la mano, y decidió dar un golpe.

El juego tiene un doble atractivo; es irresistible para el que gana, porque gana, y

es del mismo modo irresistible para el que pierde, porque pierde. La cuenta que el hombre se hace en uno y otro caso es opuesta, pero ambas lo conducen á volver á jugar. ¿He perdido?..... pues ganaré. ¿He ganado? pues seguiré ganando. La primera ganancia es tan funesta como la primera pérdida.

Miguel jugó y la fortuna le fué favorable, y siguió jugando por espacio de muchos dias con la misma suerte.

Al mes habia reunido sesenta mil duros, y con tan buena base buscó á su fortuna una region más elevada y más espaciosa, donde pudiera desenvolver más grandiosamente el dón de sus favores, y se lanzó á jugar á la bolsa con la misma frescura y con la misma audacia con que César pasó el Rubicon. Digo más: con la misma frescura, con la misma audacia y con la misma fortuna.

Medina era su agente, con tan buena mano, que del primer embite dobló el capital, encontrándose dueño de dos millones y medio de reales. Vamos, podia respirar, y respiró, si no como hombre satisfecho, á lo ménos como hombre contento. Estaba asegu-

rada la decorosa existencia del precioso *Bel-Krer* y no habia realmente motivo fundado para apurarse.

Entónces pensó en sí mismo, y buscó una habitacion correspondiente á su fortuna, y la alhajó con todos los encantos de la comodidad y del lujo, y empezó muy tranquilamente á ser millonario.

Tendido indolentemente sobre un magnífico divan, fumaba un soberbio habano cuando sintió que se abria la puerta de su gabinete, y guardó silencio, esperando ver quién era el que se atrevia de aquel modo á interrumpirle en la dulce ocupacion de no hacer nada.

No tardó mucho tiempo en salir de su duda, pues vió asomar el perfil de Guillen, en cuyo acto dejó escapar la bocanada de humo que tenía en la boca, diciendo:

—Hola, doctor..... Únicamente tú en tu calidad de médico, Medina en su calidad de agente, y Matusalem en su calidad de reptil, pueden penetrar hasta aquí sin ser ántes préviamente anunciados. Entra, pues, y siéntate ó tiéndete ó baila; si quieres, fuma; si te

da la gana, charla; si bien te parece, date tres puntos en la boca; medita ó lee; me es de todo punto indiferente.

—Eso quiere decir, contestó Guillen tirándose sobre una butaca, que te aburres soberanamente.

—No tanto, señor facultativo; lo que quiere decir eso es que te dejo en libertad hasta de que te ahorques, si tu furor científico te ha metido en la cabeza la idea de hacerte á tí mismo la autopsia para estudiar el fenómeno de la extrangulacion.

—Si fuera posible, exclamó el doctor, no vacilaria ni un instante en sacrificarme por la ciencia; pero es imposible y tengo que resignarme á vivir hasta.....

—¿Hasta cuándo?..... preguntó Miguel.

—Probablemente hasta que me muera.

—Eso no es tan científico, pero me parece más juicioso.

—Le tienes manía á la ciencia, dijo Guillen, y no me explico esa repugnancia en tu natural talento, á no ser que tengas una inteligencia completamente imbécil. Hay casos—y casos frecuentes—por lo tanto no

tendria nada de particular que fueras tú uno de ellos.

—Mira, doctor; un sabio es un sér muy raro, muy digno de respeto y sumamente útil; no obstante, hay ocasiones en que un sabio es insufrible. Ahora bien, si eso sucede con los sabios, con los verdaderos sabios, calcula tú lo que serán los pedantes.

—Ya echastes por medio. Porque tienes metidas en la cabeza cuatro ideas poéticas, es decir, cuatro ideas empíricas, sin órden ni concierto, te crees, pobre criatura, que todo lo penetras y que todo lo adivinas.

—Infeliz, exclamó Miguel; ó más bien, dichoso mortal, que porque ha retenido en la memoria cuatro palabras técnicas y cuatro fórmulas científicas, se cree que todo lo averigua y que todo lo sabe.

—¡Bah!..... dijo el médico con desden soberano; las mujeres te han vuelto loco.

—Es posible, doctor, es posible, añadió Miguel suspirando; pero, en cambio, á tí los libros te han vuelto tonto.

Por el aire con que Guillen se enderezó sobre la butaca y alzó la mano derecha, dejó

traslucir que iba á dejar caer sobre su adversario una réplica invencible. Mas una voz, que partia de la habitacion inmediata y que sonó casi detras de la puerta, se interpuso, diciendo:

—Ea, ya estais disputando, y os vais á matar un dia á fuerza de deciros desatinos.

La voz que hablaba de ese modo era la de Medina, que entró al pronunciar las últimas palabras.

—Otro que tal..... exclamó Guillen levantándose y midiendo la estancia á grandes pasos. Ya tenemos aquí el estado sólido y el estado gaseoso; la petrificacion y la evaporacion; un hombre de aventuras y un hombre de negocios; un poeta que no sabe zurcir una copla y un bolsista que no saca los piés del plato. Vaya V. á entenderse con el lirismo del uno y con el positivismo del otro; la ciencia se retira majestuosamente delante de semejantes adversarios.

Los dos aliados se echaron á reir, y Guillen continuó paseándose.

Miguel miró á Medina, en cuyos ojos

creyó ver cierta expresion de misterio, y le preguntó:

—¿Qué hay?

—Algo, le contestó éste, haciéndole una seña que queria decir: ¡Si estuviéramos solos!

—Doctor, dijo entónces Miguel, voy á proporcionarle un buen rato á tu amor á la ciencia. Anoche quedó arreglada mi biblioteca, dale un vistazo, y te convencerás de que, aunque me rio de tí, respeto los libros.

—Eso es más razonable, y sin embargo, prefiero ojear tus libros á oir tus desatinos.

—Pues mira, entra por esta puerta, cruza mi dormitorio y mi cuarto de vestir, y te encontrarás delante de la biblioteca.

—Es todo un itinerario, dijo, y salió por donde Miguel le señalaba.

—Medina guiñó el ojo derecho y murmuró por lo bajo:

—Bien hecho, porque algunas veces conviene que los sabios no lo sepan todo.

Lanuza se desperezó lentamente, diciendo:

—Vamos, desembucha.

—Medina, usando de la voz sorda con

que se hacen las graves confidencias, se explicó de esta manera:

—El rompimiento entre Prusia y Francia es inevitable y es inminente; la cuestion del Luxemburgo ha surgido de pronto, y se han cruzado entre los dos gabinetes notas secretas, decididamente belicosas. Antes de un mes retumbará en las orillas del Rhin el primer cañonazo, que será la señal de la guerra europea. Un despacho particular, redactado en lenguaje de antemano convenido, ha traido esta importantísima noticia á un capitalista de nariz muy larga, cuya confianza poseo..... Ahora mismo el Gobierno se ha reunido en consejo extraordinario, y sé de buena tinta que el embajador frances ha recibido de su gobierno dos despachos cifrados. En fin, el representante de Prusia parece sumamente preocupado..... Hay más: un ministro recomendaba anoche á sus amigos mucha prudencia, y preguntándole la razon de esta advertencia, dijo: «Pueden sobrevenir circunstancias graves.» Estas mismas palabras las acaba de repetir en el Congreso.

—¿Y bien?.....

—La cosa es clara. En cuanto el estado de las cosas se trasluzca empezará el pánico.

—Es natural que así suceda.

La bolsa de París bajará como el barómetro cuando el huracan se acerca, y la bolsa de Madrid seguirá irremisiblemente el mismo movimiento. Esto es elemental.

—Sin duda, añadió Miguel.

—A la agitacion de los primeros rumores seguirá el efecto que ha de producir la certidumbre de los hechos. Tenemos, pues, en perspectiva segura é inmediata una tremenda depresion de los valores públicos. Será un tonto el que, teniendo en su mano este secreto, no lo aproveche.

—Vamos, dijo Miguel, ¿quieres que juegue á la baja?

—¡Quiero! exclamó el agente de Bolsa; di más bien que he querido.

—¿Pues?.....

—Quiero decir que he jugado ántes que la voz se esparza y se pronuncie la baja. Los golpes hay que darlos completos.

—¿Y has jugado mucho? preguntó Miguel tranquilamente.

—Mucho, contestó Medina; lo he jugado todo..... A fin de mes vas á encontrarte con tu capital quintuplicado..... Diez millon-cejos..... que van á caer por la chimenea.

—¿Y no es posible que ese conflicto..... que más tarde ó más temprano ha de ocurrir, se disipe por ahora y hagamos un mal negocio?

—Posible es, pero áun así, la bolsa no subirá tanto que nos arruinen las diferencias que haya que pagar. Despues de todo, es nuestro Waterlóo: noventa y nueve probabilidades contra una.

—Perfectamente, dijo Miguel levantándose. No hablemos más de ello.

Como si hubiera estado detras de la cortina oyendo discretamente la conversacion para no interrumpirla, en cuanto pareció terminada entró Guillen exclamando:

—¡Gran biblioteca, gran biblioteca!

—Ya ves, doctor ilustre, cómo yo tambien tengo en mi casa un poco de ciencia.

—Será una lástima, añadió el doctor, que

tengas que deshacerte de ella mañana por cuatro cuartos.

—No pienso en semejante cosa.

—No hay para qué pensar en ello, añadió Medina.

—¿Quién sabe? replicó Guillen..... Mi opinion económica es que la base de la riqueza moderna consiste en el contínuo y rápido movimiento del dinero; este movimiento lo obliga á cambiar de sitio; esto es, á mudar de manos; pues bien, por la misma razon que eres hoy millonario, puedes encontrarte mañana sin una peseta. No os riais, porque esto es concluyente.

—Y lo es, en efecto, exclamó Matusalem, apareciendo en la puerta..... pero.....

—¿Pero que?..... preguntó Guillen.

—Nada; que tienes razon..... que eres un sabio; que vives en un mundo que hace muy poco aprecio de tu sabiduría; pero..... aquí entra el pero que te ha alarmado. No me interrumpas y óyeme bien; pero..... ¿comprendes? la posteridad te hará completa justicia. Con los hombres grandes sucede lo que con las mujeres que abandonamos; cosa bien na-

tural; no las echamos de ménos hasta que las perdemos.

Miguel, que oia sonriéndose á Matusalem, al escuchar las últimas palabras contrajo la boca, dando salida á un profundo suspiro. Dios sabe qué especie de recuerdo se despertaria de improviso en el fondo de su alma.

—Por lo demas, siguió diciendo Matusalem, mira tú lo que son las cosas; aquí tienes un millonario que suspira; ¿por qué dirás?..... pásmese tu ciencia: suspira por una bohardilla.

—¡Ay Guillen! exclamó Medina, mirándolo compasivamente. Pierdes el pleito. Los disparates de Matusalém son más estupendos que los tuyos.

El médico se encogió desdeñosamente de hombros, y Matusalem dijo:

—Pues todavía no has oido lo mejor. Miguel suspira por una bohardilla, pero á condicion de conservar sus millones.

—¡Oh! exclamó Guillen con énfasis, los suspiros no son más que simples fenómenos de la respiracion, que no pasan del aparato

respiratorio. Necesitan los pulmones dilatarse de vez en cuando como los músculos de un hombre que se despereza; el suspiro es al pecho lo que el bostezo á la boca; una inspiracion más ámplia, y por consiguiente una aspiracion más ruidosa. Un fuelle que toma mucho aire y suelta mucho aire. Hé ahí todo.

—Hablas como un libro, dijo Matusalem, y pasaria la tarde oyéndote sin pestañear, si no temiera arrancarte de la cabecera de algun enfermo que acaso en este instante te espera, decidido á morirse si tu ciencia no se toma la molestia de curarlo. A un médico no se le debe detener nunca; van siempre deprisa, como si la muerte les persiguiera.

Cogió Guillen su sombrero con el aire del hombre á quien llama un deber imperioso y urgente, y Miguel, que se habia tendido nuevamente en el divan, le dijo:

—Ya sabe V., señor doctor, que comemos á las siete en punto.

Medina no parecia dispuesto á marcharse, y Matusalem, despues que hubo salido el

doctor, le dirigió la palabra en estos términos:

—Cuando veo aquí tan tranquilamente al agente de bolsa más activo que se conoce en Madrid, mano sobre mano, supongo que los negocios estarán paralizados.

—Los negocios, contestó Medina con todo el aire de un hombre que juega *en firme*, están ya hechos.

—¿A la baja ó á la alza? preguntó Matusalem.

—A la baja, contestó sencillamente el agente de bolsa.

—¡Bravo! eso significa que hay mar de fondo.

—¿Has oido algo? preguntó Miguel echando una pierna sobre otra.

—Sí; ha llegado á mis oidos una version alarmante..... Se decia que Francia y Prusia estaban á punto de venir á las manos..... Esta especie comenzó á circular á las dos y media..... dándola consistencia ciertas palabras misteriosas y sombrías, pronunciadas por un ministro al abrirse la sesion del Congreso y ántes de entrar en la órden del dia;

así es que la cotizacion se ha cerrado.....

—En baja, añadió Medina interrumpiéndole.

—Eso es, prosiguió diciendo, en baja..... cinco céntimos..... Supe esto casualmente, y me fuí al salon de conferencias del Congreso, donde se hablaba de lo mismo, y empecé á creer que estábamos, como quien dice, á las puertas del gran conflicto europeo; mas..... llegaron nuevas noticias, que corrian en voz baja y que explicaban el caso.

—Cuenta, cuenta, dijo Medina.

—Pues se decia..... Ya sabeis vosotros la lucha financiera..... la rivalidad bursátil que existe entre Agudo y Redondo.

—Sí, sí, contestó Medina; estamos al cabo de la calle.

—Pues bien; parece que Agudo es el autor solapado de esa falsa noticia, con el fin de comprometer á su contrincante en una jugada á la baja, miéntras él jugaba á la alza por bajo de mano.

—Eso no es posible, gritó Medina. Hay una porcion de circunstancias que atestiguan la exactitud de la noticia..... Yo mismo he

visto el despacho telegráfico que la asegura. Está fechado en París, y habla en términos convencionales, bien claros y terminantes para el que esté en el secreto.

—Siempre hay circunstancias, replicó Matusalem, que vienen á dar crédito á la mentira..... En cuanto al telégrafo, es una voz anónima, que puede mentir á mansalva. Sin embargo, yo no hago más que repetir lo que he oido.

—Vamos, exclamó Miguel sentándose. Veo, señor agente, que, cuando ménos, nos hemos metido en un negocio peligroso.

—No creas semejantes paparruchas.

—Paparruchas ó no, el caso es que al salir yo del Congreso, hace quince minutos, se estaba redactando una proposicion incidental para arrancarle al Gobierno una declaracion terminante. En este momento se estará discutiendo. De manera que, si aprietas el paso, puedes llegar á tiempo y enterarte de todo, trayéndonos á la noche noticias seguras.

—¡Oh! sí, exclamó Medina. Friolera..... el asunto lo merece, y á mí no me gusta que

nadie me cuente las cosas. Voy..... vaya si voy.....

Y cogiendo el sombrero, se lo encasquetó, echándoselo hácia atras, como dispuesto á lanzarse á la carrera.

Sin más despedida, ganó la pieza inmediata, cruzó otras várias que le salieron al paso, y se precipitó por la escalera, murmurando :

—Diez millones perdidos de una mano á otra..... imposible..... imposible.

Sonrióse Miguel y dijo á Matusalem :

—Va como perro con maza.

—Déjalo que corra..... y se descuerne..... puesto que ha sido tan ligero para meterte en un mal negocio.

—¿Tan malo te parece?

—Todo negocio en que se puede perder algo es malo, y en éste puedes perder mucho.

Volvió Miguel á tenderse sobre el divan, al mismo tiempo que decia :

—¿Sabes que eso de verme arruinado deberá hacerme poca gracia?

—No me cabe duda; ¿pero á tí qué te importa eso, cuando estás tocando con la

mano una renta de seis millones de reales? Eso deberá estar muy adelantado..... por ahí se dice que ganas terreno de una manera formidable.

—Las cosas marchan perfectamente, contestó Miguel..... mas no me desvanece tan prodigioso triunfo, y comprendo mi verdadera posicion. La criolla aprovecha mi resentimiento para hacerme instrumento de su venganza..... porque ella lo que quiere es vengarse del Duque.

—Vengarse del Duque..... di más bien deshacerse del Duque..... porque, resentida, á su vez, de una conducta que la puso en ridículo á los ojos de mucha gente, le ha retirado su estimacion, si es que llegó á concederle alguna. Ella, por su parte, no se determina á romper abiertamente el compromiso contraido por las familias, porque habria de fundarlo en algo, y es demasiado orgullosa para confesarse ofendida. Ademas, á su madre le halaga la idea de verla duquesa, y esta circunstancia algo ha de pesar tambien en su ánimo. En tal situacion, impone al Duque las más duras humillaciones,

para que una vez estalle, y todo se lo lleve la trampa. Quiere, pues, un rompimiento, y lo provoca, pero no lo propone. Yo, por lo ménos, creo que éste es el estado de las cosas.

—Me inclino á tu parecer, del cual resulta que yo soy el instrumento de que se vale.

—¡Toma! exclamó Matusalem con impaciencia. Como ella es el instrumento de que tú te sirves..... Es un juego igual.... no teneis nada que echaros en cara.

—Sí; pero á mí eso no acaba de satisfacerme.

—¡Hola! ¿Sientes que no te ame? ¿Sientes que no te adore con una pasion semejante á la pasion de la Marquesa?

Sonrióse Miguel con desdeñosa amargura, y su amigo continuó diciendo:

—¿O es que te has enamorado de la criolla como un pobre hombre?

—No; el corazon de esa mujer me es indiferente.

—Entónces, ¿qué más te da?

—Es que, dijo Miguel sacudiendo la cabeza, hay dias, y hoy es uno, en que se

apodera de mí un vago desaliento, cierta amargura, que me aletarga, haciéndome ver singulares visiones. Vamos, te vas á reir, y con razon. ¿Querrás creer que me acuerdo muchas veces de Magdalena?

—Si estuviera aquí Guillen, exclamaria : ¡Fenómeno psicológico! Yo tengo un nombre más propio y más comprensible, y llamo á eso tontería.

Miguel abandonó el divan, y comenzó á pasearse por la estancia.

—Y el Duque, preguntó Matusalem, ¿cómo te se presenta?

—Como es natural..... frio, reservado y hasta agresivo.

—¿Y tú?

—Yo, impasible.

Si en la cara de este hombre, que conocemos con el mote de Matusalem, y á quien he tratado de bosquejar con sus propias líneas, habia algun rasgo donde pudiera mostrarse de algun modo la noble expresion del entusiasmo, ese rasgo lo aprovechó para animar su rostro, mortalmente frio, al mismo tiempo que exclamaba :

—¡Es un soberbio, un magnífico desquite! Te escamoteó la novia, y tú le arrebatas la mujer..... trescientos mil suspiros, trescientas mil miradas, trescientas mil sonrisas..... ¡por trescientos mil duros de renta!.... ¡Oh! esto es sublime. ¡Una costurera por una millonaria!.... No costó á Páris tan caro el robo de Elena. Ahora lo que hay que ver es cuándo te casas.

Detúvose el jóven y afortunado millonario, y dejando caer una indolente mirada sobre el satisfecho rostro de su amigo, pronunció las siguientes palabras:

—Si me dejára llevar por una voz interior que suele hablarme, te aseguro que renunciaria á mi propósito, abandonando una partida que en efecto tengo ganada. Y ¡qué quieres! será una contradiccion de mi carácter, una inconstancia de mi voluntad, dale el nombre que te parezca; pero no me atrevo á responder de mí..... Soy muy capaz de volver la espalda y dejar al Duque en tranquila posesion de la criolla y de su herencia.

Si recordamos el terror que al principio de la presente historia inspiraba al pulcro

Matusalem la derrotada presencia del oscuro huésped de la señora Gertrúdis, tendrémos una idea del espanto que pasó por su rostro atónito al escuchar las palabras del conquistador triunfante de la Vírgen América.

Mirólo de arriba abajo y de derecha á izquierda, como si tratára de identificar la persona, dudando si era aquél el mismo hombre, el mismo Miguel, ó era otro el que, suplantándolo, habia venido de la Argelia.

Despues de este exámen, que Lanuza sufrió con las manos en los bolsillos de su bata y la sonrisa en los labios, Matusalem se encogió de hombros, diciendo:

—O esa voz interior que tú dices que te habla es la voz de tu vanidad ó la voz de tu miedo.

—Explícate.

—Me explicaré: infiero que no las tienes todas contigo; que no ves á la criolla en disposicion de hacerte resueltamente el sacrificio del Duque, y como hombre cauto, te preparas á una retirada á tiempo, ántes de exponerte á las contingencias de un fracaso.

—No sigas adelante, dijo Miguel. Espera que destruya tu primera suposicion, y pasarémos á la segunda.

Decia esto abriendo un cajon de su mesa de escritorio, sacando una pequeña cartera de piel de Rusia, y poniendo en manos de Matusalem dos cartas, de cuyos sedosos sobres se escapaba un suavísimo perfume.

De uno de ellos sacó Matusalem un papel, igualmente perfumado, y desdoblándolo, leyó lo que sigue:

«Quiere V. saber el estado de mi corazon, y en verdad es V. muy curioso; pero esas cosas no se preguntan, se adivinan; y yo, francamente, he concebido muy buena idea de su viva penetracion, y no espero que me dé V. el sentimiento de tener que renunciar á ella. Mi situacion se hace cada dia más difícil. Ese hombre se obstina en no desengañarse, y va á ser preciso que lo desengañemos. ¿Quiere V. saber más?»

—¿Y qué has contestado á esta carta, que vale un Potosí? preguntó Matusalem.

—He contestado una tontería.

—Me estremeces con tus palabras, por-

que es muy posible que hayas hecho un disparate. Vamos, di, ¿qué has contestado?

—¡Qué se yo! Se me fué la pluma, y le envié una declaracion en regla.

—¡Respiro! exclamó Matusalem.

—Lee, lee la otra carta.

Sacóla de su sobre, la desdobló y dijo:

—¡Diablo! no puede ser más lacónica.

—Ni más sustanciosa, añadió Miguel.

La carta decia lo siguiente:

«Miguel, anticípese V. al Duque, pida usted mi mano, y yo le juro que la obtendrá.
—MERCEDES.»

—No creí que estuvieran las cosas tan adelantadas, porque esto es cosa hecha. La niña está decidida, y empiezo á creer que te adora. ¡¡¡Trescientos mil duros de renta!!!..... ¿No te parece un sueño?..... Cuando eras un miserable, te decia muchas veces: Sacude esa miseria que te deshonra; el mundo se abre delante de tí como un paraíso. ¿Te engañaba?..... Ya lo ves; no hay más que tender el brazo, y la manzana de oro se ha venido á tus manos.

Como si Miguel no hubiera oido, ó no

hubiera querido oir lo que Matusalem le decia, siguió paseándose con indiferencia, y cuando el otro terminó, él dijo:

—Acabo de probarte que no es la voz de la vanidad la que interiormente siento que me habla.

—Sin duda alguna tu vanidad debe estar satisfecha; retiro, pues, mi primera suposicion. Añade ahora que has presentado muy formalmente tus pretensiones á la señora de Vegahonda, y retiraré la segunda.

—Piensa de mí lo que quieras, pero yo no he presentado pretension ninguna.

—¿Por qué?

—Porque es un paso que se me resiste..... Tuerce el gesto cuanto quieras, arquea las cejas hasta ponerlas en el techo, pero ese paso, no solamente se me resiste, sino que me repugna.

—Entónces, replicó Matusalem, mi segunda suposicion se levanta invencible. La voz del miedo es la que resuena en el fondo de tu alma pusilánime.

—¿Miedo á quién? preguntó Miguel.

—Miedo al Duque.

—¡Oh! exclamó el cazador de leones, sacudiendo su magnífica cabeza.

—No te asombres. El miedo no se nos presenta nunca con la cara descubierta; se esconde en nuestro corazon, y desde allí suscita dudas é hilvana sofismas, con los que consigue muchas veces ladearnos de peligros reales ó de peligros imaginarios. Tú te has convencido de que el Duque no es hombre que se deja arrebatar fácilmente la mujer y la fortuna, y has comenzado á persuadirte de que es una injusticia interponerse en su camino y quitarle de las manos la felicidad que le corresponde por el compromiso ajustado entre ambas familias. No me sorprenden esos escrúpulos, y casi casi los respeto; y digo más: si quieres tranquilizar por completo tu conciencia alarmada, debes confesar tu culpa, pidiendo perdon al Duque de haber pensado quitarle la novia, consagrando el resto de tus dias á recordar á la hermosa Magdalena, que el Duque te escamoteó con toda la habilidad de un prestidigitador consumado.

Hizo una breve pausa, como el pintor

que apartando el pincel del lienzo contempla su obra, calculando el efecto del cuadro que bosqueja; y viendo que Miguel seguia paseándose, sin tener nada que replicarle, añadió estas palabras, como el último toque:

—Y si á todo eso se une algun golpe dramático de la Marquesa..... una cita por ejemplo, una entrevista misteriosa, en que los suspiros, las lágrimas, las frases de efecto acaben de persuadirte, entónces no podrás negarte el título de doblemente generoso; cediste á Magdalena, que era un ángel, y cedes despues á la criolla, que es un tesoro.

—No prosigas, exclamó Miguel con aparente calma, porque hay en tus palabras un veneno mortal que enciende mi sangre..... y desde ahora te aseguro que no seré yo el que pida la mano de la señorita de Vegahonda.

Rascóse Matusalem la cabeza, y dijo con fingida indiferencia:

—A tu gusto, mula; pero me parece que tu estúpida resolucion no ha de privarnos de dar esta tarde un par de vueltas por el Prado. Son las cuatro y media. Vístete, pide

la carretela, y vámonos á tomar el aire, cosa que te sentará muy bien, pues se conoce que tienes la cabeza demasiado caliente.

Miguel se entró en su cuarto de vestir, y Matusalem se quedó solo, inquieto y meditabundo.

—¡Demonio! ¡Demonio! decia entre dientes. Es tan bruto, que hará lo que dice, y en ese caso..... adios, proyecto; ¿y cuándo? ¡Bah! Cuando todo se presentaba admirablemente, cuando la Marquesa está á punto de caer, cuando le tenía preparado el golpe mortal..... en una palabra, cuando no tenía escape. Esto se pone malo, muy malo. Si la Marquesa se decide á dar el último paso, es asunto perdido..... Necio de mí, añadió dándose una palmada en la frente; viene ella misma á ponerse en mis manos, y la dejo que se escape. Debí acceder á sus deseos sin condicion ninguna; debí engañarla, para tenerla sujeta; esta torpeza me va á costar cara; quise ser leal, y he sido un tonto.

—¿Qué murmuras ahí, culebra del infierno? dijo Miguel saliendo completamente vestido.

—Estaba pensando cómo demonios vas á eludir el compromiso en que te has metido con la criolla.

—Tengo una razon poderosa, contestó Miguel poniéndose el sombrero; una razon de delicadeza para excusar mi negativa, ó por lo ménos mi resistencia, á pedir su mano, y consiste en que no puedo hacerlo dignamente miéntras permanezca en pié el proyecto de matrimonio entre Mercedes y el Duque.

—Pero, imbécil, replicó Matusalem con vehemencia; si ella lo que quiere es que tú la saques de ese compromiso, ó por lo ménos que la pongas en situacion de elegir, para elegirte á tí.

—Pues ahí tienes una cosa que no haré nunca.

Matusalem cogió su sombrero y salió delante, andando de un modo dudoso, como el que no está seguro del terreno sobre el que pone el pié. Así es que Miguel lo contempló un instante, y se echó á reir, diciéndole:

—¿Te hacen daño las botas? Parece que andas como una araña que le han barrido la tela.

# CAPÍTULO VI.

## La madre y la hija.

Francisca es una negra que en el momento á que hemos llegado en el relato de nuestra historia, habria cumplido á lo sumo doce años. Su rostro de ébano habria sido un modelo en su género, si la nariz, ligeramente aplastada, y los labios, un tanto abultados y salientes, no quitáran á la redondez de sus mejillas y al suave contorno de su fisonomía la gracia de la adolescencia; mas, en cambio, su mirada, dulce como la caña de azúcar, y la blancura de sus menudos dientes, la hacian sumamente agradable.

Pendian de sus orejas enormes arracadas de oro macizo, y su pelo de pasa, recortado en redondo, cubria su cabeza, apretándose trabajosamente, dividido en dos partes iguales.

Acurrucada á los piés de la señora de Vegahonda, como el perro á los piés de su amo, recogia sobre sus hombros los pliegues de una capa de color de púrpura, no tan larga, que no dejára ver las ondas de una falda verde adornada con caprichosos arabescos de pasamanería negra.

Tambien era la falda bastante corta, de manera que sobre los vivos dibujos de la alfombra dejaba destacar mucha parte de una pierna vestida con media de estambre azul y blanco, á rayas circulares, como los anillos de una culebra, y todo un pié encerrado en los términos de una bota de *sagren* perfectamente ajustada; pié no muy correcto por demasiado ancho, pero pierna vigorosamente acentuada.

No era una mañana excesivamente fria, aunque, segun mi cálculo, debia ser una de las últimas mañanas de Noviembre, ni la habitacion en que se hallaba era á propósito para despertar ni la más remota sospecha de que fuera de allí pudiera hacer frio. Pero la negra estaba ciegamente enamorada de su capa de color de púrpura, y hubiera sido

capaz de helarse, no digo yo en Noviembre, sino en Julio, sólo por el placer de llevar la capa sobre los hombros.

El amor de la negra á la capa de púrpura era una verdadera pasion, cuyo orígen merece contarse.

La capa de que hablo venía á ser lo que en el lenguaje de los *figurines* se llama una *salida de teatro*. Mercedes habia sorprendido en las miradas atónitas de la negra el placer y el asombro con que seguia las rojas ondulaciones de la tela siempre que tenía ocasion de ver la capa. Un dia en que la pobre muchacha se creia sola en el gabinete de su ama, la vió la criolla, desde una habitacion contigua, con los brazos cruzados y la mirada fija como en éxtasis, contemplando el objeto de su infantil admiracion; despues la vió acercarse con paso temeroso al sofá de damasco amarillo, en cuyo brazo resplandecia la viva púrpura de la espléndida capa. No paró aquí su entusiasmo, pues inclinándose sobre el brazo del sofá, llegó hasta poner los labios en el borde de la tela, sin atreverse á tocarla con sus manos.

Mercedes tosió como si nada hubiera visto, y la negra estuvo á punto de desfallecer, aterrada por aquella tos repentina, y su espanto llegó al último límite, cuando oyó la voz de la criolla, que la llamaba diciendo:

—Francisca, Francisca.

—¡Ah! exclamó con voz turbada. ¿La niña llama?

—Sí llamo; acércate.

Acercóse temblando y preguntó tímidamente:

—¿Qué quiere la niña?

—Tráeme, contestó Mercedes, la capa que hay sobre el brazo del sofá.

—¡Yo! se atrevió á replicar, sin moverse del sitio en que estaba.

—Tú, le dijo Mercedes; ¿no lo has oido?

Dirigióse la negra al sofá y se quedó suspensa delante de la capa, cuyos purpúreos reflejos deslumbraban sus ojos; queria cogerla, pero no se determinaba á tocarla..... Era un conflicto, del cual decidió salir, introduciendo suavemente los brazos por debajo de la tela, y separándolos quedó suspendida en ellos la capa, como si la llevára en una bandeja.

De este modo se acercó nuevamente á la niña, que cogiendo la capa y desdoblándola, dijo:

—Vuélvete.

—¿Quiere la niña que me vuelva? preguntó la negra indecisa.

—Eso es; que me vuelvas la espalda.

A pesar de la sorpresa que le causó esta órden, para ella inesperada é incomprensible, se volvió como movida por un resorte, por el resorte de la obediencia; y al presentar á su ama la espalda derecha y flexible, se vió retratada en la luna de un espejo que tenía enfrente, en el que habia sorprendido Mercedes la muda adoracion que la capa inspiraba á la negra.

Se vió, digo, y sin poder contenerse, lanzó un grïto y quedó inmóvil como una estatua de bronce. La criolla habia echado sobre sus hombros la capa de color de púrpura, y sonriéndose le preguntó:

—¿Te gusta?

Abrió la boca, pero no dijo nada, porque hay emociones que no tienen palabras en ninguna lengua.

—Vamos, veo que te gusta, añadió Mercedes, y te la regalo; esa capa es tuya.

Entónces la negra se hincó de rodillas y besó una vez y otra vez y muchas veces las nacaradas manos de su ama.

—Basta, exclamó ésta; quedo satisfecha de tu agradecimiento; ahora véte.

La pobre muchacha salió de la estancia con pasos trémulos y con los ojos cuajados de lágrimas. ¡Triste destino el de las dichas humanas! lloraba de felicidad.

Desde aquel momento no se separó de su capa de púrpura; la llevaba continuamente sobre los hombros, y Mercedes llegó á creer que hasta dormia con ella.

La señora de Vegahonda profesaba á esta criatura un afecto particular; no se puede decir que la habia visto nacer; pero habia nacido en la misma casa, y la buena señora, sin moverse de su butaca, habia sido su madrina y la habia puesto su propio nombre.

Si estas circunstancias no explican satisfactoriamente el afecto particular de la señora de Vegahonda hácia la negra, debe saberse que, ademas de ser ahijada, habia venido á

ser sus piés y sus manos y hasta su lengua. Francisca era, digámoslo así, la parte movible, la parte activa de la señora de Vegahonda. Siempre estaba junto á ella, sentada á sus piés, como una continuacion de ella misma.

Por lo demas, ésa era toda la ocupacion de la negra. Habia en la casa tres cosas inseparables: la señora, la negra y la capa.

A pesar de las dobles cortinas, de los dobles cristales, de la doble chimenea y de las tupidas alfombras que mantenian en la estancia el tibio ambiente de la primavera, y á veces el ambiente encendido de los trópicos, no admiraba á la señora que la negra, medio tendida á sus piés, permaneciera arrebujada en su capa de púrpura, porque nada era para ella tan natural como tener frio en Noviembre, y áun en todo tiempo, si se atiende á que tener frio viene á ser como tener pereza.

Y en verdad que la señora y la negra formaban un grupo bastante original, cuyos pormenores omito, dejándolos á la imaginacion del lector, seguro de que ha de representárselos mucho mejor que yo pudiera pintarlos.

Media hora hacia que la madrina y la ahijada se hallaban sumergidas en profundo silencio. Esta última parecia haber agotado la variada relacion con que diariamente daba cuenta á su señora de los sucesos interiores de la casa, en la cual salian las murmuraciones de los criados, las riñas de los mozos de cuadra, los regaños del mayordomo, los amores de la doncella más vieja con el lacayo más jóven; en fin, todos los incidentes de ese mundo que en las casas opulentas empieza donde acaban los salones.

Semejante crónica le entraba á la señora de Vegahonda por un oido y le salia por otro; mas, sea como quiera, ello es que estaba al corriente de todo, y claro está que la negra habia de ser, permítaseme lo absurdo de la frase, el blanco de la ojeriza de todos los criados; pero la protegia la señora, y no habia más remedio que tragarla.

Por lo que hace á la madrina, despues de agotar el diccionario de sus monosílabos, permanecia tambien callada y levantados los ojos al cielo..... al cielo raso de la estancia; parecia entretenida en contar los cuadros que

formaba la greca anudándose y desatándose al rededor del techo.

Miéntras la señora elevaba su espíritu á tan altas regiones, la esclava, más humilde, aparecia con la cabeza inclinada sobre el pecho, y los ojos, digámoslo así, clavados en tierra.

Habia sacado la mano por debajo de su capa de púrpura y recorria con el extremo del dedo índice los brillantes dibujos de la alfombra, como movida por el pueril empeño de repetirlos ó de borrarlos.

Tal era la situacion de entrambas cuando la señora hizo un movimiento, y partiendo la palabra que iba á pronunciar, dijo:

—Fran..... cisca.

Miró Francisca á su madrina con la fijeza inteligente del perro al que su amo dirige la palabra, y contestó dulcemente:

—Madrina.

—Dígame, añadió la señora: ¿á qué hora se fué anoche el Duque?

La pregunta debió coger desprevenida á la negra, pues vaciló, y como quien reflexiona, comenzó á repetir la pregunta, diciendo:

—¿A qué hora?.....

—Vaya, Francisca, dígamelo.

A esta segunda órden cayó sin duda en la cuenta, y golpeándose la rodilla con la palma de la mano, exclamó con voz triunfante:

—Ya sé..... No se fué á ninguna.

—¡Cómo!..... ¡qué dice!

—¡Señora! insistió Francisca; el señor Duque no se fué.....

—¿Por qué?

—Ay, madrima; porque.....

—Hable, hable.

—Porque..... el señor Duque no vino anoche.

—¿No vino, he?

—No señora.

—Mire, ¿y qué hace la niña?

No debia estar Francisca más enterada que su señora acerca del particular á que se referia la pregunta; mas no dudó en responder, y dijo:

—La niña no hace nada.

—Vaya, vaya, dijo la señora de Vegahonda, y dígale á la niña que así que aca-

be la espero. Y queriendo dar una precision más ejecutiva á su mandato, añadió: Que venga, que venga.

De un salto se puso en pié la negra, cayendo sobre la alfombra con la seguridad y la firmeza de un acróbata, que salta sobre los lomos desnudos del caballo sobre que hace sus difíciles ejercicios.

A pesar de la capa de púrpura, bajo la cual se escondia la espalda, se dejaban adivinar por las ondulaciones de la tela las líneas de su talle, la anchura de sus hombros y la precoz elevacion de su pecho; sus piernas, que la falda cubria apénas, dejaban traslucir el vigor de unos músculos vigorosos.

De un segundo salto, semejante al de una pantera, se colocó próxima á la puerta por donde habia de salir á poner en cumplimiento la órden que su señora acababa de darle. Mas ésta no pudo ver con serenidad el segundo salto de Francisca, y exclamó casi aterrada:

—No haga eso..... va á matarse un dia..... No quiero que salte..... no quiero.

Detúvose la negra, volvió la cabeza y

miró á su ama con respetuosa ternura. Aquella mirada equivalia á un beso..... pero entendámonos, un beso humilde, un beso en el bordado terciopelo de las zapatillas que cubrian los cansados piés de la señora de Vegahonda.

Despues se dirigió á la puerta, andando con cadenciosa lentitud y haciendo ondular los pliegues de su inseparable capa, que, en honor de la verdad, caian graciosamente de sus hombros.

La madrina la siguió con los ojos primero, y despues con los oidos, pues se enderezó sobre la butaca, en que hacia como queriendo escuchar los pasos de su ahijada.

Así permaneció algunos instantes, al cabo de los que volvió á presentarse Francisca, y deslizándose por la alfombra, se acercó de nuevo á los piés de su ama.

Detras de la negra venía la criolla, cuyos pasos hacian temblar los negros rizos que cercaban su frente.

Acercó una silla á la butaca de su madre, y sentándose, le dijo:

—Mamá, aquí me tienes.

—Mire qué gracia, exclamó la señora; aquí la tengo porque yo la he llamado.

Viva sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Mercedes. Sonrisa equívoca, cuyo dudoso sentido podia ser objeto de distintas interpretaciones. La madre pronunció las últimas palabras mirando indolentemente á la negra, casi tendida á sus piés, miéntras Mercedes examinaba con atencion prolija los encajes de la bata que traia puesta, como si aquél fuera el momento en que por primera vez los veia.

Era, pues, de sospechar que ni la madre ni la hija se determinaban á mirarse de frente, lo cual induce á creer que ambas tenian algo que decirse y no se atrevian á empezar á decirlo.

Si era una entrevista ordinaria, preciso es reconocer que comenzaba con la fria reserva que da carácter y verdadero aspecto á las conferencias graves; y tanto era así, que Francisca miraba alternativamente á la una y á la otra, poseida de viva curiosidad; y era sin duda que su instinto le decia que allí iba á suceder algo.

La madre fué la primera que abrió la boca, diciendo:

—Niña, ¿qué piensa?

—Nada, mamá, contestó Mercedes encogiéndose de hombros.

El silencio volvió á reinar en la estancia, porque la niña, tomando al pié de la letra la pregunta de su madre, le cerró el paso con la breve respuesta que acabamos de oir en sus labios, y ya conocemos bastante á la señora de Vegahonda para comprender que le fué necesario tomarse algun tiempo para echar su pensamiento por otro camino.

La criolla, por su parte, no mostraba deseo ninguno de anudar la conversacion, y esperaba que su madre la dirigiera otra nueva pregunta; mas no fué así, porque la señora, no encontrando á mano la pregunta que buscaba, movió lentamente la cabeza, diciendo:

—Piense, niña, piense.

—¿En qué?..... preguntó á su vez Mercedes.

La respuesta categórica que semejante pregunta exigia debió parecerle á la señora demasiado directa, pues la eludió respondiendo:

—Piense..... en algo.

Volvióse la criolla hácia su madre con la seguridad del que conoce la debilidad de su adversario, y cogiendo una de sus manos, la besó al mismo tiempo que decia:

—Pensaré en lo que tú quieras; dime, pues, en qué quieres que piense.

La sumision con que fueron pronunciadas estas palabras animaron el rostro de la señora de Vegahonda con una sonrisa de maternal satisfaccion, y enderezándose sobre los suaves muelles de su asiento, apoyó el codo sobre el mullido brazo de la butaca, dejó caer la cabeza en el hueco de la mano y dijo:

—Mire, niña. Anoche tuve que recogerme temprano,..... ya lo sabe..... la jaqueca..... ¡qué fatiga de jaqueca!..... no me dejaba estar quieta en ninguna parte. ¿Es verdad, Francisca?.....

La negra movió expresivamente la cabeza, haciendo un signo afirmativo, y su madrina continuó diciendo:

—¡Ya se ve!..... la jaqueca es una cosa muy mala. El doctor sabe mucho y dice que, va-

ya..... dice que no es cosa buena. ¿Se entera, niña, se entera?

—Mira tú si me entero, contestó Mercedes; como que anoche, ántes de retirarme á mi cuarto, entré en el tuyo y te besé, y no me sentiste porque estabas profundamente dormida.

—¡Dormida!..... exclamó la señora de Vegahonda.

—Dormida, mamá, dormida. ¿Es verdad, Francisca?

La negra hubiera querido excusar la respuesta en obsequio de su madrina; pero los ojos de la criolla, clavados en ella, le obligaron á mover la cabeza en señal afirmativa.

—Bueno, dijo la madre, estaria dormida; es muy posible..... ya se ve..... si el dolor no me dejaba estar de otro modo, me dormiria..... ¿qué habia de hacer, sino dormirme?

—Muy bien hecho..... Siempre que te invada la jaqueca, duérmete, y yo te aseguro que te mejorarás. Hoy te sientes bien, ¿no es cierto?

—No, niña, no me siento bien.... Mire, me siento mal.

—¿Qué tienes? ¿Te acomete de nuevo la jaqueca?

—No.

—Entónces.....

—Mire, niña, la vida es un torbellino que nos lleva de una parte á otra; y ya ve, al fin y al cabo hay que descansar.

—¡Piensas morirte! exclamó Mercedes.

—Pienso que al fin y al cabo tendré que morirme.

—¡Oh! ¿por qué piensas eso?

—Niña, porque es preciso pensar en todo.

—Pues yo no quiero que te mueras.

—Tampoco quisiera yo morirme..... pero, niña, es preciso.

—Preciso..... Mire V. qué gusto de afligirme; ¿para eso me has llamado?

—Pero, niña mia, ¿he de ser eterna?

—No seas eterna, no te pido tanto, quiero rer razonable; lo único que te pido es que no te mueras.

—¡Oh! ¡oh! exclamó la señora; alguna vez he de descansar del afan de la vida. ¿No es verdad, Francisca?

La negra no se atrevió á decir que no, ni

quiso decir que sí; de manera que conservó la cabeza inmóvil sobre su cuello atezado y robusto; pero sus manos se habian asido á la falda del vestido de su madrina, y apretaba la tela entre sus dedos, como si, viéndola al borde de un abismo, quisiera detenerla.

La señora de Vegahonda escondió el labio de arriba en el labio de abajo, y haciéndolos sonar al separarlos, dijo:

—No es posible, niña, detener la muerte; tarde ó temprano llega, y lo único que deseo es morir tranquila.

—¡Qué conversacion tan triste! exclamó Mercedes; ¿por qué hablas de ese modo?

—Hablo así, porque es preciso que pienses.

—¿En qué?

—En tí.

—¡En mí!

—Dígame, ¿no ha pensado nunca en ello?

—Nunca.

—Es rica.

—Mucho.

—Es jóven.

—Algo.

—¿Por qué no se casa?

Al hacer esta pregunta la señora, respiró como quien se desembaraza de un peso enorme.

—¡Casarme! exclamó Mercedes.

—Sí, niña, sí, añadió la madre.

Hubo la pausa necesaria, con que todo orador separa el exordio del cuerpo del discurso. Ambas comprendieron que iban á entrar en el fondo de la cuestion, y ambas se prepararon á lanzarse á la eventualidad del combate.

Era un entreacto: despues de la trabajosa exposicion que hemos presenciado, venía el nudo, el enredo, y Dios sabe cuál sería el desenlace.

Si me es permitido dar á las cosas pequeñas el nombre de las cosas grandes, diré que este drama no tenía más que un espectador; público mudo, que oia, veia y callaba.

Este espectador único era la negra, envuelta en su capa de púrpura; todo el público se componia de Francisca, indolente-

mente acurrucada á los piés de su madrina.

Mercedes fué la que rompió el silencio, y lo hizo en los términos siguientes, frios, breves y precisos:

—¡Casarme!..... Has puesto el dedo en la llaga de mi corazon, y quiero hablarte con franqueza. Soy mujer, y deseo casarme; soy rica, y temo hacerlo.

—Niña, le dijo su madre; habla como un personaje de novela, y yo no la entiendo. Cuando yo me casé con tu padre, tenía muchos pesos; yo no sé los pesos que tenía; habia en la casa cincuenta esclavos, y me tocaron, á la muerte de mi padre, dos ingenios; y mire, me casé con tu padre.

—Hé ahí, señora, replicó Mercedes, una cosa que yo no puedo hacer. Mi padre era pobre, pero digno de tí. Lo mismo que tú, yo tambien me hubiera casado con mi padre.

—No desatines. Yo me casé, y no lo siento; pero, niña, sépalo, tu padre no era duque.

Palidecieron las mejillas de la criolla, y sus ojos chispearon como el pedernal herido por el acero; humedeció sus labios, querien-

do, sin duda, suavizar la pronunciacion de las palabras que iban á salir de su boca, y en tono, al parecer, tranquilo se explicó de esta manera:

—Sé que pertenezco al Duque por un compromiso de familia, en el cual ni él ni yo tuvimos parte ninguna. Sé que en América el padre del Duque y mi padre se hicieron mutuos favores. Una vez el Duque salvó la vida á mi padre, otra vez mi padre salvó la honra del Duque, y quisieron perpetuar la amistad que se profesaban por medio de la alianza de ambas familias. De este modo fuí destinada á duquesa desde los primeros años de mi vida. Sé todo eso perfectamente, y pensé siempre cumplir la voluntad de mi padre, y la cumpliré, si es preciso, uniéndome á un hombre que no ha visto nunca en mí más que una pingüe fortuna, que me ha expuesto con su orgullosa indiferencia y sus aviesas aventuras á las sonrisas malévolas de la maledicencia, y que ahora sufre con despreciable bajeza las humillaciones que mi desden le impone. ¿Quieres que me case con ese hombre? Me casa-

ré, será dueño de mi fortuna; pero renuncia á verme dichosa.

Cuando acabó de hablar, parecia apagado el fuego de sus ojos por las sombras de las lágrimas, y habia en la expresion de su boca tal acento de firmeza, que Francisca, cruzadas las manos sobre las rodillas, la contemplaba con admiracion y con espanto, miéntras la señora de Vegahonda, atónita por lo que acababa de oir, entreabria la boca, sin acertar á pronunciar palabra, vencida por aquella carga repentina de elocuencia, que habia destrozado todos sus planes.

Sin embargo, no eran los arrebatos fenómenos propios de su temperamento, y aunque, como vulgarmente se dice, tenía tambien su alma en su almario, tomaba las cosas con calma, porque la buena señora jamas tuvo prisa para nada.

No se le ocultaba que su hija no sentia hácia el Duque una pasion demasiado viva; pero nunca pudo sospechar que lo aborreciera, si bien veia que la niña huia de toda conversacion de matrimonio.

Verdaderamente la viuda de Vegahonda

no habia pensado en morirse tan pronto; cosa muy natural, porque ella, que lo dejaba todo para despues, es claro que la muerte la habia de dejar para despues de todo; mas habló de morirse para enternecer á su hija, inclinando su ánimo al proyectado matrimonio con el Duque.

Y aquí ocurre preguntar: ¿Cómo esta señora, incapaz de precipitar el curso de ningun suceso, mostraba de pronto urgencia por casar á su hija única, bastante jóven para no atropellarse en materia tan delicada, y suficientemente rica para encontrar marido en el momento que lo quisiera?

Es muy sencillo: el Duque, apelando al último recurso, puso en movimiento la pesada máquina de la madre contra la inexpugnable reserva de la hija. Esto era lo que, militarmente hablando, se llama hacer un reconocimiento, en el ajedrez adelantar una pieza, y en el juego ordinario de la vida tantear el vado.

Queria, por lo ménos, averiguar si la criolla se determinaria á romper por sí y ante sí el compromiso de las familias, para

arreglar en uno ó en otro caso su plan de campaña, pues estaba resuelto á quemar en la empresa hasta el último cartucho.

—¡Hola, hola! exclamó la señora..... ¡qué cosas!..... me llena de asombro. No hay prisa, no hay prisa de que se case; pero dígame, niña, ¿quién se atreveria á echar abajo la palabra de tu padre?..... Mire, sería capaz de resucitar, si tal cosa sucediese..... y tenía un genio como un rayo. Cásese, niña, cásese.

Mercedes dobló la cabeza, se cubrió el rostro con las manos, y rompió en sollozos tan profundos, que á la negra se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No se case, no se case, se apresuró á decir la madre; pero, explíqueme, ¿quién puede sacarla de este paso?

—Tú, contestó Mercedes.

—¡Yo! exclamó la madre mirando á derecha y á izquierda, como el que se encuentra entre dos fuegos. ¡Yo! Vamos, no sabe lo que dice.

—Tú, volvió á repetir enjugándose los ojos. Tú, tú.

Acceder á semejante pretension era declararse en completa derrota, cuando precisamente le habia prometido al Duque una intervencion victoriosa. La pobre señora se encontraba entre la espada y la pared, y no hallándose su ánimo en disposicion de inventar un recurso heroico, siguió el ejemplo de su hija, torció la boca y echó á llorar; los sollozos volvieron á hinchar el pecho de la criolla, y á la negra se le hacian agua los ojos, de modo que aquello era un mar de lágrimas.

Serenáronse poco á poco aquellos tres rostros afligidos, y la señora de Vegahonda, que habia tenido tiempo de adoptar una resolucion heroica, dijo con dulzura:

—Yo, hija mia, no puedo sacarla del compromiso en que su padre la puso; pero ya se lo he dicho, no tiene prisa de casarse..... espere, espere..... trátense más tiempo, y no me llore, niña, no me llore.

Habia necesitado de toda su energía para oponerse al deseo de su hija, porque, en efecto, era pedirle demasiado; era ponerle delante una empresa ante cuyas dificultades

su voluntad perezosa caia desfallecida. ¡Desatar un lazo tan fuertemente apretado por el convenio de ambas familias y por la fuerza misma de la conveniencia, ella, que era incapaz de desatar el cordon de su bata! Eso rayaba en lo imposible. Su naturaleza pasiva se resistia á la pretension de Mercedes, como se resiste un muro, por pura inercia; y no teniendo su corazon de madre valor para seguir avanzando, ni fuerzas para emprender resueltamente la retirada, propuso un armisticio; esto es, propuso dejar las cosas como estaban, para tener, á lo ménos, el consuelo de cruzarse de brazos.

La hija, por su parte, vió desde luégo el fin á que se encaminaba la conferencia, y aunque parecia inclinada á eludir toda conversacion referente á su proyectado matrimonio con el Duque, su deseo era más bien provocarla de un modo directo y terminante. Así es que, aprovechando la primera indicacion de su madre, le salió vigorosamente al paso de la manera que hemos visto. No tenía seguridad de poner á su madre en movimiento contra la tenaz é irritada

persistencia del Duque, pero sabía que la señora de Vegahonda no sería insensible ni á sus palabras ni á sus lágrimas, y como toda mujer que conoce la fuerza de sus recursos, protestó primero con energía, se sometió despues con humildad, y lloró, por último, con desconsuelo.

—No quiero afligirte más con mis lágrimas, dijo enjugándose los ojos; pero no hablemos más de este asunto, porque siempre nos será enojosa una conversacion en que se han de encontrar en pugna la palabra de mi padre, tu deseo de que se cumpla y mi propia felicidad.

La madre pareció que reflexionaba, y debió ser así, porque mirando á su hija atentamente, le preguntó:

—Dígame, niña, ¿el Duque le es indiferente?

—¡Oh! exclamó, me es odioso.

—Bien, bien..... no le preguntaba tanto.

—Yo se lo digo todo.

—Entónces, dígame: ¿le ha llegado á interesar..... el Vizconde?

—No.

—¿César?

—Tampoco.

—¿El marino, niña, el marino?

—Ménos.

—¿Qué le dice el corazon?

—Nada, señora, contestó Mercedes. Tú no lo debes saber, y yo no quisiera saberlo.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre.....

—¿Cuál, niña, cuál?

En aquel momento entró un criado diciendo:

—El señor Duque.

La señora de Vegahonda dijo:

—Que pase.

Entró el Duque en la habitacion con aire suelto y seriamente vestido con todo el rigor de la moda. Habia en su traje riqueza, buen gusto y formalidad. Un observador, al examinarlo, habria creido descubrir á un calavera de buen tono, que empezaba á sentar la cabeza.

De una ojeada recogió todos los pormenores del cuadro que se ofrecia á su vista, y se adelantó diciendo:

—Sentiria interrumpir alguna de esas conversaciones íntimas que forman la vida de la familia, y desde luégo reconozco lo intempestivo de mi presencia; mas he sabido que la jaqueca hizo aquí anoche una de sus hazañas, y he querido enterarme personalmente del estado de la enferma.

Hablando así, presentaba su mano á la señora de Vegahonda, que asiéndola le dijo:

—Siéntese, siéntese..... eso es lo primero. Muchas gracias por el interes que se toma..... Me siento bien.

Antes que el Duque tomára asiento, Mercedes se puso de pié, besó la frente de su madre, saludó al Duque con ceremoniosa cortesía y salió de la estancia, pisando la alfombra con pasos majestuosos.

Sentóse entónces el Duque junto á la señora de Vegahonda, y puso su mano sobre la cabeza de Francisca con cariñosa benevolencia. La negra cerró los ojos, comprimiéndose como si experimentára un repentino estremecimiento.

—Oiga, amigo, empezó á decir la señora en tono confidencial. La niña está resuelta á

cumplir la voluntad de su padre. ¿Es verdad, Francisca?

La negra, acostumbrada á esta pregunta, la oyó con sorpresa, pues no acertó á contestar, y cruzando las manos y mirando al Duque con expresion compasiva, permaneció callada.

—Perfectamente, contestó el Duque; eso resuelve todas las dificultades.

—Pero sepa, añadió la señora..... que la niña no quiere casarse. ¿Es verdad, Francisca?

La negra movió la cabeza, contestando:

—Sí, madrina.

Y en sus ojos, siempre fijos en el Duque, se aumentó la expresion de lástima que ántes hemos advertido, al ver que éste inclinaba la cabeza y se mordia los labios, visiblemente contrariado por las últimas palabras de la señora de Vegahonda.

Al inclinar la cabeza, los ojos del Duque se encontraron con los de Francisca. La negra suspiró y bajó los párpados, como quien echa un velo sobre su semblante.

Siempre que se bajan los párpados, los

ojos miran al suelo, y los de la negra fueron á parar al remate de la cortina, detras de la que habia desaparecido la criolla, y vió la punta de un pié indiscreto, que asomaba imprudentemente entre la cortina y la alfombra.

Éste fué el dia en que Mercedes escribió la segunda carta que hemos leido en el capítulo que antecede.

# CAPÍTULO VII.

En el que verá el lector cómo se rompen las hostilidades.

Asegurada una honrosa existencia al noble Bel-Krer con dos millones y pico de capital, que, multiplicado por las hinchadas trompas de la fama, se elevaba en la creencia del vulgo á una fortuna fabulosa; halagado por el mundo, que le ofrecia por todas partes el encantó de sus fugitivos placeres, se iba amortiguando en el corazon de Miguel el deseo de tomar desquite de la ofensa que habia recibido del Duque.

Encontraba en la criolla algo repulsivo, que lo detenia, y aceptaba su preferencia, y áun hacia alarde de ella, por esa debilidad pueril, por esa vanidad indiscreta en que suelen incurrir los ánimos más varoniles. Al

mismo tiempo, por un fenómeno singular, el recuerdo de Magdalena acudia á su memoria frecuentemente, y en vez de avivar en su espíritu el deseo de la venganza, por el contrario, caia en su corazon como una especie de bálsamo. Si Mercedes, con sus obsequios, con sus distinciones, con su marcada preferencia, le decia: «véngate», Magdalena, con su recuerdo, con su imágen, con su dulce sonrisa, le decia: «perdona.»

Deteníalo, sin embargo, la idea de que la criolla atribuyera á miedo su conducta, viéndolo retroceder delante del Duque cuando ella misma abria paso á su triunfo; y por el temor de que llegára á ponerse en duda lo animoso de su corazon, se dejaba arrastrar por una verdadera cobardía. Así es la vanidad del hombre.

Mas, hagamos justicia á nuestro héroe, que, como ya he dicho algunas veces, no dejaba de ser un hombre como otro cualquiera: el temor de pasar por cobarde no hacia más que detenerlo; no lo impulsaba á lanzarse á la lucha, y como diria el marino, se mantenia á la capa de tal modo, que evadió

el compromiso en que la carta de la criolla lo ponia, diciéndole:

«Señorita, me he atrevido á amarla, pero no tengo valor para pedir su mano, porque no quiero entregar el afecto que me inspira á la odiosa suposicion de que me mueve la codicia. Pedir su mano es pedir trescientos mil duros de renta. Si esto es orgullo, es un orgullo que merece respeto.»

Mercedes no tuvo nada que replicar, ó no quiso replicar nada, pero se mostró con Miguel más afectuosa, más decidida, digámoslo de una vez, más loca.

Tal era poco, más ó ménos, el estado de las cosas, segun lo deduzco de los apuntes que tengo á la vista, cuando disipada y completamente desvanecida la tenebrosa especie de un próximo conflicto entre Francia y Prusia, comenzó á renacer en los ánimos, no ya la esperanza, sino la seguridad de una paz duradera, es decir, de una paz imposible, y la Bolsa, pronunciada en baja durante algunos dias, comenzó á subir gallardamente, como las espirales del humo que levanta el aire.

Cada cotizacion en alza helaba la sangre en las venas de Medina y hacia torcer el gesto á Miguel, porque ambos veian venirse encima una *diferencia* espantosa, si algun acontecimiento extraordinario no acudia presuroso por los hilos del telégrafo á detener el movimiento ascendente de los efectos públicos. A Medina le era indiferente cualquier suceso, con tal de que llenára de pavor al género humano y aterrára por algunos dias al universo.

Esperaba una catástrofe, confiado en que llegaria, y pensando en las más probables, soñaba una noche con las bombas de Orsini acabando con la vida de Napoleon III; soñaba otra noche con el triunfo definitivo de la demagogia furiosa en Italia, y soñaba, por último, con la pérdida de la isla de Cuba. Estos eran los sueños de su esperanza; Francia arrasada, Inglaterra sumergida en el fondo del Océano, España repentinamente invadida por los beduinos de Europa ó de África, eran otros tres acontecimientos, posibles á lo ménos, que de la noche á la mañana podian ocurrir, torciendo el rumbo de la fortuna.

El agente de bolsa tranquilizaba su inquietud esperando de un dia á otro alguna noticia tremenda, inesperada y repentina, fundándose en que la época actual es, como ninguna, la época de los sucesos pavorosos, observando con bastante fundamento que apénas hay dia en que el telégrafo no lleve ó traiga el anuncio de alguna catástrofe, como si tan prodigioso invento fuera la voz de los desastres.

Pero, ya se ve, el melodrama de la época en que hemos nacido tiene tambien sus entreactos, en los que el hilo de las terribles escenas se interrumpe por algunos instantes para anudarse de nuevo; y es claro, á pesar de la impaciencia de Medina, pasaban los dias sin que el telégrafo balbuceára más que vulgares anuncios de hechos ordinarios.

Medina se desesperaba viendo pasar los dias sin que el mundo se hundiera; pero dulcificaba su amargura con el placer de desearlo.

En cuanto á Miguel, sólo dirémos que parecia más pensativo que de ordinario, y que alguna vez suspiraba, exclamando:

—¡Pobre Bel-Krer, pobre Bel-Krer!

No obstante, sus tristes pensamientos se disipaban pronto, pues á renglon seguido añadia:

—¡Oh! suceda lo que quiera, no nos separarémos nunca.

Tambien esperaba algun acontecimiento más ó ménos desastroso, capaz de detener la ruina que le amenazaba.

¡Qué crueldad de la suerte! El mundo parecia convertido en una balsa de aceite. Los ingleses dominaban tranquilamente en la India, merced á la influencia moral del opio. Los Estados-Unidos, vigorosamente rehechos de las pérdidas de su pasada guerra, brillaban como el sol despues de la tormenta, iluminando los horizontes con todos los rayos del genio de la industria. Napoleon declaraba por tercera vez que el imperio era la paz, y se anunciaba el glorioso espectáculo de una exposicion monstruosa. Austria sufria con paciencia las consecuencias de la batalla de Sadowa, y Prusia bajaba la cabeza ante el rey Guillermo, dejando á Bismark dirigir los destinos de Alemania. El Czar de

todas las Rusias comprimia con brazo de hierro las nobles aspiraciones de la infeliz Polonia, y el Gran Turco, detras de la Gran Puerta, fumaba tranquilo en su pipa de ámbar otomanamente reclinado sobre los muelles cojines de su serrallo. No se veia en Inglaterra ni un feniano, ni en Cuba un filibustero. Garibaldi se lavaba honestamente en Caprera su camisa roja, y Víctor Manuel almorzaba democráticamente pan y tocino, vuelto de espaldas á la ciudad eterna.

Hasta la naturaleza parecia sonreir, satisfecha de la prosperidad de los hombres, y se dejaba vencer en el Istmo de Suez para que el Oriente y el Occidente pudieran abrazarse como dos hermanos que se encuentran.

Y la Bolsa subia, subia y subia, miéntras el plazo de la cotizacion tremenda se acercaba.

Llegó, por fin, la víspera del dia en que era preciso liquidar, y Miguel se encontró con una *diferencia* enorme, que toda su fortuna no bastaba á satisfacer.....

Medina entró despavorido en la habitacion en que Miguel recibia á sus íntimos amigos;

llevaba en la mano la cotizacion de aquel dia.

—Guillen estaba allí, y al ver al agente, dijo:

—*Alea jacta est.*

—La suerte está echada, añadió Miguel, y ademas perdida.

Matusalem entró detras de Medina, diciendo:

—Ha sido una locura empeñarse en semejante jugada.

Medina golpeó con el puño el brazo del sillon en que acababa de sentarse, y replicó furioso:

—¡Locura!..... ¡cuando era la jugada del siglo!..... Jugar á la baja era el juego, porque en el estado en que se encuentra Europa es inminente la conflagracion universal..... ¿quién habia de presumir lo que está sucediendo?

—Cualquiera, advirtió Matusalem; la noticia era absurda.

—¡Absurda! exclamó el agente, y no hubo nadie que no la creyera al pié de la letra, y áun hay quien la cree cierta. Lo ab-

surdo es que á estas horas Francia y Prusia no se estén destrozando á las orillas del Rhin; que Rusia no haya forzado la Gran Puerta, que Inglaterra no tenga ya sus escuadras en el Mar Negro. Eso es lo absurdo. Cuando se carga el cañon de un fusil, se prepara el arma, se apunta y se dispara, lo absurdo es que el tiro no salga.

Guillen se sonrió con lástima, pero no despegó sus labios, y Matusalem dijo:

—Con ese razonamiento convence á los que reclamarán mañana el importe de lo que han ganado jugando á la alza.

Miguel interrumpió la disputa, preguntando:

—Vamos á ver, ¿á cuánto asciende la pérdida que tenemos encima?

Medina contestó:

—Si la cotizacion de mañana se cierra como la de hoy, habrá que aprontar tres millones de reales.

—¡Friolera! exclamó Matusalem sentándose.

—¡Tres millones de reales!..... repitió Miguel, componen una suma que excede

en mucho al valor de todo cuanto poseo.

—¡Qué lástima! añadió Guillen, golpeándo la punta de su bota con el extremo del baston. Vas á tener que vender la biblioteca por cuatro cuartos.

—Eso es, murmuró Matusalem; si mañana no sube la Bolsa algun céntimo más, cosa bastante probable.

—Áun así, replicó Miguel, con dos millones que me cayeran por la chimenea saldria airosamente del paso.

—Ya veis, exclamó el agente, si la jugada era segura; há comprometido tres millones por diez que pudo ganar. Ménos de la tercera parte. ¡Ah! era un golpe maestro..... ha sido preciso que la poderosa Francia le tenga miedo á la astuta Prusia; cosa inverosímil, absolutamente inverosímil.

—Por la cual, no obstante, replicó Guillen, hay que pagar mañana al contado, duro sobre duro, la miseria de tres millones de reales lo ménos.

—Ése es el hecho, dijo Miguel, y os pregunto: ¿de dónde saco yo dos millones que necesito para hacer frente á esta catástrofe y

quedarme con algunos fondos?..... porque, si no, es claro, me arruino y me deshonro.

Los tres amigos guardaron silencio, sin tener nada que contestar á la pregunta y convencidos de la fuerza de la observacion.

—¿Callais? prosiguió diciendo; eso significa que no teneis una peseta, y lo que es peor, que no teneis una idea.

Guillen se encogió de hombros, y como Simónides, pronunció estas palabras:

—*Omnes divitiæ sunt mecum.*

—Me parece, añadió Medina rascándose la frente, que tú tienes crédito.

—Creo que sí tengo crédito, y en ese caso apresúrate, aprovéchalo, y búscame del centro de la tierra..... á cualquier precio.

Matusalem se restregó las manos, y Medina hizo, despues de rascarse la frente, dos ó tres veces la siguiente advertencia:

—Poco á poco. Dos millones de reales no es una suma que se presta así á *bobilis bobilis*; pedirán una garantía, y yo no tengo ninguna que ofrecerles.

—Tienes mi firma, replicó Miguel.

—Tu firma es tu nombre, siguió diciendo el agente, y tu nombre anda ya de boca en boca, pues todo el mundo sabe que estás bajo el peso de una pérdida enorme, y es un malísimo precedente para negociar tu crédito; de seguro no encuentro quien me dé dos céntimos por tu firma, ni por un ojo de la cara.

—¿De manera, preguntó, que no me queda más recurso que la bancarrota?

Un silencio mortal selló las bocas de sus amigos; parecia que empezaban á abandonarle.

—Muy bien, prosiguió; la ruina no me aterra salvando á mi hermoso Bel-Krer del naufragio; me resignaria á probar de nuevo fortuna, mas no es éste el caso. Mi nombre va á rodar por los suelos..... Más le temo á mi prosperidad pasada que á mi desgracia presente; he sido afortunado y debo tener muchos enemigos. Es triste ser pobre, pero ¡ah! es muy cruel dejar de serlo. Medina, convoca á mis acreedores á que vengan á repartirse las pérdidas y las ganancias, porque es preciso que pierdan algo; pues todo mi ca-

pital no pasa de dos millones y debo pagar tres lo ménos. ¡Pobre Bel-krer! tu pura sangre árabe va á ser tambien objeto de inventario; te van á justipreciar como un mueble. ¡Cuál será tu destino!..... Haria cualquier cosa por librarlo de semejante ultraje.

Los tres amigos continuaron mudos, como si aquellos habladores hubieran perdido de repente el uso de la palabra.

—Es singular, añadió, mirándolos alternativamente..... pareceis tres sombras; yo me arruino y vosotros enmudeceis; ¿por qué razon, cuando yo pierdo mi fortuna y algo más..... vosotros perdeis la lengua?

Medina lanzó un suspiro, Guillen se encogió de hombros, y Matusalem soltó la carcajada.

—Eso es distinto, y aplaudo tu buen humor; sólo una carcajada merece esta burla de la suerte.

Matusalem se acercó á Miguel, y cogiéndolo del brazo, se lo llevó á un extremo de la habitacion, y allí le dijo en voz baja:

—Eres un imbécil.

—Es posible, añadió Miguel; pero explícate.

—La señorita de Vegahonda posee seis millones de renta, que suponen más de cien millones de capital, y tú no necesitas más que dos millones.

Miguel se dió una palmada en la frente, diciendo:

—Sigue, sigue.

—La señorita de Vegahonda, prosiguió Matusalem, es tuya; es decir, está resuelta á darte su mano; esto es, á poner en tus manos su enorme fortuna. Tienes dos cartas de ella, que son oro puro.

—¿Y bien? preguntó.

—¡Oh qué estúpido! exclamó Matusalem golpeando la alfombra con el tacon de su primorosa bota; hay que decirlo todo. Pues bien, decídete, y con la seguridad de esa boda encontrarás dinero, que podrás pagar cómodamente.

—¿En dónde?

—Yo me encargo de ello.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Cómo?

—De esta manera.

Y cogiendo el sombrero se lanzó á la puerta; pero ántes de salir se detuvo, diciendo:

—Necesito tu coche.

—Pídelo, y lo tendrás al instante.

Salió Matusalem, y Miguel comenzó á pasearse con visibles muestras de agitacion, pronunciando entre dientes palabras que ni Guillen ni Medina podian distinguir, por más que aguzaban el oido.

Al cabo de algunos momentos se oyó un rumor sordo subterráneo, é inmediatamente temblaron los cristales que cubrian los balcones, estremecidos por el ímpetu de un coche que rodaba rápidamente por el duro empedrado de la calle.

—¿Adónde va Matusalem con tanta prisa? preguntó Medina.

—Adivínalo, contestó Miguel.

—¿Es un secreto?

—No.

—¿Entónces.....

—Guillen lo acertará.

—No tengo interes ninguno, dijo Guillen en hacer esa averiguacion; ¿qué me importa?

—En ese caso, añadió Miguel, conténtate con saber que mañana, en cuanto se cierre la cotizacion, pagarémos los tres millones de diferencia que me cuesta la paz de Europa.

Sonrióse el agente de bolsa, y echó una pierna sobre otra, diciendo:

—No obstante, me parece que convendrá pedir un plazo.

—Nada de plazos, replicó Miguel: ó pago mañana toda la suma, como pudiera hacerlo el mismo Rostchild, ó reviento; no me gusta alargar la agonía.

—Porque no eres médico, dijo Guillen, y no sabes lo que vale un instante más de vida.

Sin duda Miguel iba á contradecir las palabras de su amigo, abriendo paso á una de sus habituales disputas, cuando fué interrumpido por un criado, que acercándosele discretamente, puso delante de sus ojos una tarjeta.

Tomóla con ademan indiferente; mas, al

enterarse del nombre que contenia, dejó ver en su semblante marcadas señales de visible sorpresa.

—¿Está ahí? le preguntó al criado.

—Sí, contestó éste; espera.

—Bien; que pase al salon verde..... voy al instante.

Volvió á leer la tarjeta, para convencerse de que no se engañaba; compuso su semblante, más pálido aquel dia que de ordinario; salió, dejando á sus amigos calculando quién podria ser el autor de aquella visita inesperada, cuyo anuncio habia causado en Miguel visible sorpresa.

El salon verde era, en la casa en que estamos, lo que en el palacio real el salon de Embajadores; esto es, la pieza destinada á la recepcion de las personas importantes.

Parece que el color verde se ha hecho para dar realce al oro; así es que las molduras de los muebles y los dibujos de las telas brillaban, satisfechos de verse en compañía de su color favorito; porque eran doradas las molduras de los muebles, y dorados los dibujos de las telas.

Por medio de la combinacion de ambos colores se unian lo más bello, que es la esperanza, y lo más triste, que es la realidad; el color que anima los campos y viste los prados y engalana las montañas y alegra los valles; el color amarillo del oro, implacable, que agita á los hombres, conmueve á los pueblos y corrompe las ciudades.

Cuando Miguel entró en el salon verde, se inclinó, haciendo un saludo cortés, pero frio, diciendo:

—Señor Duque..... ¿á qué grave asunto debo el honor de verle á V. en mi casa?

El Duque se inclinó, á su vez, con suma naturalidad, contestando:

—No es precisamente un asunto grave el que me trae á su casa; mas, sea la que quiera la ligereza con que lo tratemos, no deja de ser un asunto serio.

—De todos modos, añadió Miguel, me tiene V. á sus órdenes.

Y cogiendo afablemente el sombrero que el Duque tenía en la mano, lo colocó sobre un rico velador de porcelana, y lo invitó á tomar asiento.

Ambos se sentaron el uno enfrente del otro, y el Duque, correspondiendo á esa atencion con fina sonrisa, comenzó á hablar de esta manera:

—Creo que nos entenderémos perfectamente, y que reanudarémos nuestra antigua amistad, haciéndonos un mutuo favor, que la asegure para en adelante. Cosa que deseo, pues siempre he hecho justicia á las cualidades que lo distinguen á V. del vulgo de las gentes.

Miguel inclinó la cabeza, dando las gracias por tan lisonjeras palabras, y el Duque continuó:

—No deja de ofrecer dificultades el asunto que vamos á tratar, y yo no daria este paso, si no creyera que me hallo ante un hombre que conoce el mundo lo bastante para ver las cosas como son en realidad, desnudas de vanas apariencias. Pero vamos al asunto: V. sabe que me liga á la señorita de Vegahonda el compromiso contraido por ambas familias, en el que están formalmente empeñadas las palabras de nuestros padres.

—Ciertamente, añadió Miguel, confir-

mando las palabras del Duque. Me consta, pues en cierta ocasion redacté yo mismo una carta, que V. firmó, en la cual pedia V. á su hermana que alargára el matrimonio.

—Es verdad; recuerdo eso perfectamente.

—En aquellos dias hizo V. á París su mistérioso viaje.

Este segundo recuerdo que Miguel evocaba, hizo que el Duque arrugára ligeramente el entrecejo y bajára los ojos ante la mirada fija con que su interlocutor espiaba los movimientos de su fisonomía. Mas esta sombra pasó rápidamente, y con voz perfectamente tranquila dijo:

—Así fué. Entónces las cosas presentaban distinto aspecto, yo queria eludir el matrimonio, y ahora es ella la que lo aplaza. Soy razonable, y comprendo la justicia de semejantes represalias..... y aquí tiene V. la cuestion planteada por sí misma en su propio terreno.

—Veamos, veamos, exclamó Miguel; porque esto, cuando ménos, es curioso.

—Muy curioso, añadió el Duque riyen-

do; tan curioso, que apénas habria otro caso en el mundo. La señorita de Vegahonda facilita las esperanzas de cuantos se creen capaces de fijar su atencion, y se hace, por consiguiente, cómplice de muchas pasiones desgraciadas. Hoy por hoy, su pasion es mortificarme, imponiéndome el papel de marido ántes de haberme casado, que es lo más diabólico que puede ocurrirse á la activa inquietud de una mujer desocupada.

—¡Hola! exclamó Miguel, ¿tan mal corazon tiene la señorita de Vegahonda?

—No, contestó el Duque; la señorita de Vegahonda no tiene todavía corazon, ni bueno ni malo. Es una niña mimada, que se cree ofendida.

—¿Y bien? preguntó Miguel.

—Éste es el caso. Lo ha elegido á V. para ofenderme con todas las coqueterías de una mujer de poco mundo, que se imagina ultrajada.

Nuestro héroe se encogió de hombros, lo cual podia ser á un mismo tiempo modestia, petulancia y perfidia, y el Duque prosiguió:

—Usted y yo hacemos un papel poco

airoso á los ojos de la sociedad, que sigue con ávida malicia los pormenores de este incidente, que cuando ménos la entretiene. Sabe positivamente que Mercedes no romperá nunca el compromiso contraido por su padre, y nos señala á ambos; á V. como un instrumento pasajero, y á mí como una víctima momentánea. En una palabra, los dos estamos en pleno ridículo.

Hizo Miguel un gesto de disgusto, y contestó diciendo :

—Ni para uno ni para otro es agradable la situacion que V. pinta; de manera que á ambos nos convendria salir de ella.

—Eso es, precisamente, lo que yo he pensado.

—Y bien, ¿qué medio le ha ocurrido á usted más á propósito para salir del paso?

—Primeramente, me ha ocurrido el más natural..... el primero que se ocurre..... más bien, el primero que debe ocurrirse.

—Sepamos cuál es el primero.

—Yo he dicho : Lanuza no siente por la señorita de Vegahonda amor ninguno; recibe sus preferencias con el agrado con que

siempre se reciben las satisfacciones de la vanidad; pero, ¿á qué aspira? ¿Puede tener formales pretensiones á la mano de tan opulenta heredera? Quiero decir, ¿puede aspirar á la mano de una señorita, cuyo matrimonio está solemnemente reconocido, sin que ninguna de las dos familias se atreva á romperlo? ¿A qué aspira, pues? ¿A la gloria fugitiva de una vana predileccion, más calculada que sentida? ¿Al placer pasajero de verse distinguido por una mujer opulenta? Tal vez — me he dicho yo á mí mismo — Lanuza no ha pensado en las contingencias que ofrece semejante triunfo. Quizá no ha visto que se le considera como un pretendiente decidido de la señorita de Vegahonda, afortunado hoy sin duda alguna, pero que mañana tendrá que pasar por la prueba de un desengaño, que todos esperan como el desenlace natural de la comedia que se está representando; porque, amigo mio, nuestro matrimonio es un acuerdo irrevocable, que ni ella ni yo queremos deshacer. Viendo las cosas como realmente son, he creido que V., hombre de mundo, no cerra-

ria los ojos á la realidad de la evidencia, y abandonaria al fin un camino que, en rigor, no conduce á ninguna parte.

Calló el Duque, esperando, al parecer sin impaciencia, la respuesta que Miguel debia dar á sus mesuradas palabras, y á sus corteses y no mal tejidas razones. Este vaciló un momento, como quien duda del rumbo que debe tomar, y al fin, clavando en el Duque una mirada profunda, habló de este modo:

—Ciertamente no es la señorita de Vegahonda la mujer en quien yo habia soñado. Era otra; otra de condicion más humilde, pero de hermosura más adorable; no llevaba en sus manos las riquezas de Creso, pero resplandecia en sus ojos el tesoro de la inocencia; y vea V., una perfidia infame, una traicion cobarde, astutamente dirigida, se interpuso, y la perdí para siempre. ¿Es verdad, señor Duque, que el héroe, autor de semejante hazaña, merece que mi mano ofendida estampe en su rostro la marca de la ignominia?.....

El Duque permaneció inmóvil y mudo,

sosteniendo heroicamente la mirada de Miguel, que siguió diciendo:

—No es, pues, la señorita de Vegahonda la mujer que yo amo, porque sólo se ama una vez en la vida; realmente mi corazon no haria un gran sacrificio renunciando al interes que me demuestra y al afecto con que me distingue. Ésta es la primera parte de mi réspuesta, y voy á la segunda.

Tomó el Duque una posicion más cómoda, dejándose caer sobre el respaldo de su asiento para oir más á gusto la segunda parte de la respuesta. Luégo que estuvo bien colocado, siguió Miguel diciendo:

—Agradezco sinceramente la advertencia que acaba V. de hacerme; admito el supuesto de que sean inútiles mis pretensiones, y no obstante, habria de mi parte ingratitud y deslealtad si yo pagára la acogida que la señorita de Vegahonda me dispensa con un desvío impropio de mi carácter. Prefiero, señor Duque, arrostrar las consecuencias de un desengaño á adoptar una conducta que, por juiciosa que sea, pasaria á los ojos de muchas gentes por poco delicada.

Al punto á que han llegado las cosas, retroceder es imposible.

En otra ocasion, quince dias ántes, es muy presumible que Miguel se hubiera satisfecho viendo al Duque en persona llegar á su casa y pedirle, aunque indirectamente digámoslo así, la mano de su futura esposa. Es probable que entónces, dejándose guiar por sus instintos generosos, hubiese pagado noblemente la ofensa con un beneficio. Mas en el momento en que tuvo lugar esta entrevista, se veia arruinado, sin más salvacion inmediata que la fortuna de la criolla, y el interes, que toma todas las formas y se reviste de todos los aspectos, agitó en su corazon las cenizas medio apagadas de un rencor que empezaba á extinguirse.

El Duque, que habia oido con calma inalterable la segunda parte de la respuesta, reflexionó un instante, y con sonrisa un tanto amarga, pero siempre fina, dijo:

—Comprendo todo el valor de la excusa que V. me presenta, y nada tengo que replicar á ella.

—Yo celebro en el alma, añadió Miguel,

que nos entendamos tan perfectamente.

—Es decir, preguntó el Duque levantándose y tomando su sombrero, que V. insiste formalmente en aspirar á la mano de la señorita de Vegahonda?

—Insisto, contestó Miguel muy formalmente.

—En ese caso, caballero, replicó, por doloroso que me sea decirlo, veo que uno de los dos sobra en el mundo.

A estas palabras se inclinó Miguel cortésmente, diciendo:

—Es posible, y me parece que ya sólo resta averiguar cuál de los dos es el que sobra.

—Una dificultad me ocurre, advirtió el Duque pensativo.

—Quizá es la misma que á mí me está ocurriendo.

—La mia se resuelve dando á esto un motivo distinto del que realmente tiene.

—Sin duda ninguna, porque de otro modo comprometeriamos el nombre de la señorita de Vegahonda.

—El medio es fácil, dijo el Duque.

—Sumamente fácil, añadió Miguel, y voy á proponer uno.

—Veamos.

—Elegimos un sitio concurrido; el Casino, por ejemplo; nada más á propósito; allí nos buscamos y emprendemos una conversacion cualquiera, que puede ser ésta: la cuestion entre Francia y Prusia. Usted, señor Duque, admirador de París, defiende á los franceses, y yo me encargo de defender á los prusianos; la conversacion se convertirá en disputa, y la disputa lo hará todo.

—Convenido, dijo el Duque tendiendo la mano á su adversario. Yo voy todas las noches al Casino.

—Yo, contestó Miguel, empezaré á ir desde mañana.

Los dos unieron sus manos, estrechándoselas afectuosamente; cualquiera que los hubiera visto separarse, habría creido que los unia una amistad á toda prueba.

Ambos se hicieron el último cumplimiento y se volvieron la espalda, y ambos estaban conmovidos.

El Duque bajó la escalera diciendo:

—Es preciso.

Miguel llegó á la puerta de su cuarto cabizbajo, y ántes de entrar alzó la frente, y sacudiendo su hermosa melena de rizos castaños, dijo:

—No hay remedio..... no hay remedio.

# CAPÍTULO VIII.

## Agudo y Redondo.

Pronto llegó Matusalem al punto adonde se dirigia, pues la urgencia del negocio y la premura del tiempo eran tales, que no se podia perder ni un minuto.

Al entrar en el coche dió al lacayo las señas de la casa adonde iba, añadiendo:

—A escape.

Esta órden, comunicada al cochero, descendió desde la altura del pescante á las bocas de los caballos, que por las insinuaciones del freno llegaron á entender al instante la obligacion en que estaban de apretar el paso; y en el momento mismo, con esa obediencia inteligente de los caballos bien educados y bien dirigidos, partieron ambos á la vez, azotando con sus herradas manos el empe-

drado de la calle, á un trote resuelto, impetuoso y magnífico, que hacia rodar la berlina, ligera como una pluma.

De repente los dos caballos se detuvieron, quedando inmóviles, derechos, erguidos, perfectamente aplomados, sin que un casco se adelantára al otro ni una línea. Sólo movian las gallardas cabezas, agitándolas con impaciencia, lanzando á intervalos ráfagas de humo por las dobles ventanas de sus dilatadas narices, y haciendo sonar los herrajes de los frenos.

La berlina parecia clavada en la tierra.

Se habia detenido delante de una casa de muy buena apariencia, cuyo ancho portal entarimado abria paso á una holgada escalera, por la cual subia y bajaba al mismo tiempo la ancha faja de una estrecha alfombra, ajustada á los ángulos entrantes de los peldaños por finas varillas de hierro bruñido.

Delante de esta puerta, con precision rigurosa, con la exactitud de una máquina, se habia parado el coche.

Saltó el lacayo del empinado pescante y acudió presuroso á abrir la portezuela, por

la cual salió Matusalem tan precipitadamente, que se caló el sombrero hasta las orejas, oprimido por el techo de la berlina, contra el que habia chocado.

No le pareció de buen agüero este incidente, porque hizo un gesto de todos los demonios, tan expresivo, que el lacayo, á pesar de la impasibilidad de su oficio, tuvo que bajar los ojos para detener la risa, que hormigueando le subia por la garganta.

El portero estaba en el portal como el gran turco en la Gran Puerta, como está la mirada en los ojos y la lengua en la boca.

No debia ser la primera vez que Matusalem penetraba en aquella casa, pues dirigiéndose al portero, le hizo ver una mirada que sin duda alguna encerraba una pregunta, á la que contestó el otro afirmativamente, subiendo y bajando la cabeza.

Sin más averiguaciones, corrió á la escalera y se puso en el primer peldaño, y sin salirse de la alfombra se fué elevando escalon por escalon hasta el piso principal, donde se detuvo para asir un llamador de bronce, que inmediatamente hizo sonar una campa-

nilla, á cuya voz se abrió la puerta, presentando la cara de un criado, que al reconocer á Matusalem retrocedió para dejarle paso.

Como se ve, tampoco era la primera vez que pasaba el umbral de esta puerta.

El criado levantó una de las cortinas que decoraban el recibimiento, y nuestro hombre desapareció detras de ella.

Sabía el camino y no hubo necesidad de que nadie lo guiára, y cuando llegó adonde sin duda ninguna iba, hizo alto, escuchando dos voces que se cruzaban en una animada conversacion, distinguiéndose perfectamente una de otra por las diferencias de tonos.

La primera que llegó á sus oidos era una voz chillona y ágria, voz de metal, que parecia salir de las huecas entrañas de un cornetin; la otra era una voz hueca y algo dulce, que pronunciaba pausadamente las palabras, dejando oir inflexiones profundas, semejantes á las que despierta el arco lamiendo suavemente la cuerda más gorda del contrabajo.

La primera de estas voces decia:

—Ya lo entiendo..... quiere V. endosar-

me el mochuelo de todas esas acciones de ferro-carriles en proyecto..... Ya sé que los estudios están concluidos y los planos á pedir de boca; que las subvenciones que se piden no son flojas; que el Ministerio se interesa; que hay diputados que hacen atmósfera; que se echan cuentas galanas; que las subastas será lo que Dios quiera; que ofrecen primas: lo sé todo; pero sé tambien dónde me aprieta el zapato, porque me han salido los dientes en los negocios, y no se me oculta que interesarse en proyectos de caminos de hierro, cuando las líneas principales están pidiendo fuertes subvenciones para no morirse de hambre, es lo mismo que abrir la ventana y tirar el dinero al arroyo. Es peor, porque en el primer caso sería uno un loco, y en el segundo caso un tonto. ¡Caramba! ¿Si sabrémos aquí lo que traemos entre manos?

La voz de contrabajo prorumpió en una nota profunda, con la que comenzó á modular estas palabras:

—¡Bah!..... padece V. los terrores de una infantil modestia. Usted no sabe lo que vale en la plaza, y por consiguiente, no se hace

pagar tan caro como merece. ¿Quién le ha dicho á V. que las acciones propuestas llevan la mala intencion de perpetuarse en su cartera?..... ¿No puede V. venderlas de la misma manera que las compra?..... En el momento en que circule la noticia de que V. ha adquirido una respetable masa de ese papel, adquirirá importancia y tomará precio. Esto es lo elemental de los negocios más corrientes. Entónces se negocian con segura ventaja.

La voz chillona subió un punto más en la escala de su tono habitual, exclamando:

—¡Hola! ¡hola! La operacion es magnífica. ¡Canario! reconozco que se pueden ganar algunos milloncejos de una mano á otra; pero vamos á cuentas: ¿cómo mi enemigo en todos los negocios, el hombre que es capaz de hacer creer el rompimiento entre Francia y Prusia para tentarme á jugar á la baja y darle un golpe á mi fortuna; lazo ¡canastos!..... en que no he caido; ¿cómo no se mete de hoz y de coz en tan buen negocio, y no que viene á proponérmelo á mí; á mí, á quien quisiera ver arruinado?

La otra voz replicó pausadamente:

—Ya sé que por el mero hecho de ser yo quien propone á V. el negocio, ha de huir de él cielos y tierra, y de ese modo lo aparto de una operacion que le dejaria la ganancia de algunos milloncejos. ¿Qué tal?..... Me parece que la cosa es clara como la luz del dia.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, la voz de contrabajo dejó oir una especie de carcajada; una cosa así como un *trémolo;* en fin, como si el arco temblára sobre la cuerda.

La voz de cornetin no se dió por satisfecha, y salió pitando de este modo:

—¡Cáspita! ¿y por qué nò hace V. el negocio?

Aquí oyó Matusalem un suspiro, que parecia exhalado por la profundidad de un pozo, y á renglon seguido percibió el uso de la otra voz, que, más baja y más hueca, decia:

—Por una razon muy sencilla: porque no tengo fondos.

Habia cierta sinceridad en lo hueco del acento, pues podia creerse que salia de un bolsillo vacío.

Matusalem creyó que era expuesto conti-

nuar escuchando aquel duo de tiple y bajo, y se decidió á convertirlo en terceto, no muy contento de las últimas palabras que habia oido, aunque las tomó á beneficio de inventario.

Antes de entrar se retiró algunos pasos, y estampando con fuerza las plantas de sus botas en la alfombra, se adelantó tosiendo con violencia, y sin detenerse entró en la habitacion donde habia oido el concierto de las dos voces.

Al segundo paso que dió despues de haber salvado la ámplia cortina que cubria la puerta, se detuvo sorprendido y dijo:

—Señor D. Antonio, creí que estaba V. solo, y me he tomado la libertad de invadir su despacho sin ninguna ceremonia, cuando la presencia aquí del Sr. Redondo, banquero de muchas campanillas, me anuncia que los sorprendo á ustedes en el momento crítico de alguna grave conferencia.

El hombre de la voz profunda le contestó, diciendo:

—Nada de eso, amigo mio; charlábamos aquí como dos buenos compañeros que se

miran de reojo..... llega V. perfectamente, pues su conversacion hará más amena la nuestra. Ya es tarde, añadió mirando el reloj, y renuncio hoy á mi paseo ordinario.

El Sr. Redondo era el hombre de la voz chillona, y se ajustaba tan perfectamente el apellido á la persona, que la persona y el nombre se encontraban como hechos el uno para el otro.

Era, en efecto, redondo de piés, de manos, de cuerpo y de cara, como si al trazarse su circunferencia hubiera aspirado toda la parte material de su sér á encerrarse dentro de la figura corriente de la moneda.

Era, pues, redondo como un cuarto, como una peseta, como un duro, como cien millones, que es tambien un número redondo; tenía la redondez del dinero, porque ademas estaba muy bien *redondeado*.

Su voz metálica advertia que dentro de su pecho, dentro de su corazon, no habia más que un bolsillo.

El negocio era su único pensamiento, su pensamiento fijo, y la ganancia la pasion de su vida.

Grueso, pequeño, encarnado, risueño y movible, era el tipo de la codicia placentera, que va por todas partes dejando ver la satisfaccion de la opulencia, y rodeándose de un lujo tan gordo como él, parecia que iba diciendo: Yo soy rico, yo soy millonario; la magnitud de sus brillantes lo envolvia en continuos resplandores, pues llevaba siempre diamantes en la pechera, diamantes en los puños, diamantes en el chaleco; la cadena de su reloj era enorme y su baston riquísimo; mas todo este brillo hacia más patente la vulgaridad de su persona; su fausto no conseguia sacarlo de la condicion de dependiente de una tienda de géneros ultramarinos.

Poseia la audacia de la fortuna y echaba en la balanza de los negocios el peso de su suerte, como echó Breno en la balanza de los tributos el peso de su espada.

Tan descarada prosperidad tenía irritado á su adversario, empeñado en vencer la fortuna con la astucia.

Su adversario nos es ya conocido: es el insigne A. Gil y Agudo, á quien conocimos en el segundo libro de nuestra historia, acer-

ca de cuya persona hicimos un ligero bosquejo.

A. Gil y Agudo representa un papel importante, y la gente de negocios lo mira con respeto; posee muchos secretos, y aunque no es hombre político, goza en las regiones oficiales de una consideracion que realza su crédito. Se ha observado que suele cruzar con los ministros palabras misteriosas, y se sabe, ó por lo ménos se dice, que suele celebrar con altos personajes secretas conferencias.

El talento se irrita contra las injusticias de la fortuna, y la fortuna á la vez se rie de las ambiciones del talento. Tal venía á ser la rivalidad que se habia despertado entre el astuto Agudo y el afortunado Redondo.

Cuando este último oyó decir á su rival que renunciaba á su paseo ordinario, sospechó que algun asunto misterioso lo detenia aquella tarde en su casa, y decidió quedarse tambien, porque habia resuelto, como táctica contra su enemigo, no dejarlo ni á sol ni á sombra, constituyéndose en su incansable espía. Agudo habia comprendido el sistema

de defensa adoptado por su enemigo, y sufria la persecucion con heroica impaciencia.

Redondo, por consiguiente, se arrellanó más en la butaca en que se hallaba sentado, y jugando con sus lentes de oro, dijo:

—En efecto, ya no queda tiempo para pasear, y despues de todo, nada se nos pierde en paseo.

Al oir esta decision, Matusalem, que deseaba quedarse solo con Agudo, hizo un gesto algo expresivo, que no cayó en saco roto, pues Redondo le recogió íntegro, confirmando sus sospechas, y se sonrió complacido ante la idea de que iba á servir de estorbo, á impedir alguna conferencia importante, á estropear con su presencia algun negocio..... tal vez á sorprender algun secreto, acaso á ponerse en la pista de alguna operacion subterránea, y de todos modos á desesperar á su adversario. Para él era evidente que Matusalem no habia ido allí á humo de pajas.

Redondo no tenía talento, pero tenía instinto, y el instinto en los hombres que carecen de inteligencia es la suspicacia, el recelo,

la sospecha. Como verdaderos ciegos, andan á tientas.

—Sepamos, dijo Agudo, las últimas noticias. ¿Qué hace ese centro parlamentario? ¿se queda ó se va?

—Ni se va ni se queda, contestó Matusalem; hoy ni siquiera de eso se habla; es un dia exhausto.

—El centro parlamentario, añadió Redondo tomando parte en la conversacion, ya sabe lo que se hace. ¡Cáspita!..... es un buen negocio; con una mano amenaza al Gobierno y con la otra recoge credenciales..... y, caballeros, oros son triunfos.

Dígame V., Alejandro, preguntó Agudo, parece que el casamiento del Duque con la criolla ofrece sérias dificultades.

—Muy sérias, contestó Matusalem.

—¡Oh! exclamó Redondo, esa señorita posee una renta muy saneada, y naturalmente querrá doblar su capital. Nunca he creido que se llevára á cabo el matrimonio, porque la fortuna del Duque nunca fué gran cosa, y hoy se encuentra algo comprometida.

—Tenga V. en cuenta, replicó Agudo, que media en el asunto un compromiso de familia.

—Soberbio argumento. Los compromisos no pueden traspasar los límites regulares; trescientos mil duros de renta no se entregan así á *bobilis bobilis*, porque áun cuando el Duque es duque, es un título que está á punto de ser título de la deuda; y, en fin, apuesto á que no se casan.

La apuesta era la suprema razon de Redondo. En todo apuro echaba sus millones por delante, y nadie se atrevia á replicarle.

—Cualquiera diria, advirtió Agudo, que habia V. puesto sus ojos en la vírgen América.

—No, se apresuró á decir el millonario. Soy muy largo y no se me pesca fácilmente; por lo demas, reconozco que es buen negocio.

Matusalem, que permanecia de pié, dió media vuelta y fué á tomar asiento en el magnífico sillon que, por decirlo así, presidia el mueblaje, colocado junto á la pared, delante de la mesa de escritorio.

Entre tanto decia Agudo:

—La señorita de Vegahonda se daria con un canto en los pechos si consiguiera fijar la atencion y conquistar la mano de nuestro Rostchild; eso es claro; pero es preciso que tenga paciencia y apechugue con lo primero que salga, si es que no ha decidido meterse monja.

Redondo se echó á reir, diciendo:

—Hé ahí una operacion en la cual se veria V. algo apurado para hacerme la competencia.

Tomaba la conversacion un vuelo que tenía trazas de hacerla interminable, y Matusalem, á quien la urgencia del tiempo estrechaba, pensó lo que pensó, y cogiendo una pluma, recorrió con ella la blanca superficie de una cuartilla de papel que casualmente habia sobre la cartera del escritorio, deteniéndose de vez en cuando, á la manera del que medita lo que escribe.

—Ea, exclamó Gil y Agudo con cómica arrogancia, acepto el reto; desde ahora le disputo á V. la preferencia de la señorita de Vegahonda. Vamos á ver quién se la lleva.

Quedóse pensativo Redondo ante una salida tan inesperada, é inmediatamente surgió en él la sospecha de que en aquel asunto habia algo, algo en que se le tendia un lazo. No acertaba á descifrarse el enigma. Pero la conversacion de la criolla traida por los cabellos, la intempestiva visita de Alejandro, la provocativa arrogancia de Agudo, eran para la despierta suspicacia de este hombre motivos bastantes de recelo. No veia nada claro, y por la misma razon se entregaba ciegamente á todo género de conjeturas. Así es que aplicando á sus ojos con aire distraido los lentes que tenía en la mano, como quien ve más allá de sus narices, dijo:

—¡Caramba! confieso que esa arrogancia me acobarda. ¿Sería V. capaz de aspirar á la mano de la señorita de Vegahonda? Hé ahí una empresa más difícil que obligar á Francia y á Prusia á andar á cañonazos.

El Sr. de Redondo tenía tambien su mordacidad, y quedó muy satisfecho de haber coordinado en tan breves palabras esa triple pulla, lanzada á la vez contra su arrogante enemigo, contra Francia y contra Prusia.

En esto soltó Matusalem la pluma, cogió el papel en que habia escrito, y levantándose, fué á ponerlo en manos del señor Agudo, y dirigiéndose despues al fastuoso banquero, le dijo:

—Sí, señor; puede V. asegurar que el matrimonio de la criolla con el Duque es cosa que está sumamente en baja; tan en baja, que no se cotiza; como estará el termómetro ántes de ocho dias: bajo cero.

—Sin duda ninguna, añadió Redondo lanzando á hurtadillas ávidas miradas al papel que Agudo tenía en la mano, en el que leia atentamente.

—Es verdad, prosiguió Matusalem, que media un compromiso de familia, muy respetable sin duda, miéntras no comprometa la felicidad de los que han de cumplirlo.

—Por supuesto, por supuesto, exclamó Redondo dejándose caer sobre el brazo izquierdo de la butaca en que estaba sentado, maniobra por medio de la que se acercó más á Agudo, que proseguia leyendo el papel que tenía en la mano.

—El caso es, añadió Matusalem, que la señorita de Vegahonda se casa, y se casa pronto.

—He oido esa especie, contestó el banquero con inquietud visible y sin apartar los ojos del papel, en el cual habia podido distinguir una palabra, que habia centuplicado su curiosidad.

Esta palabra campeaba sobre el escrito en letras grandes, muy grandes, como si quisieran dar magnitud al sentido; venía á ser como el título que pone á los lectores en camino del capítulo que van á leer, dándoles la idea dominante del asunto.

Aguijoneado por el sentido de la palabra que sus ávidos ojos habian podido recoger, y en la imposibilidad de leer más en el resto de la letra, que corria encadenada en largos renglones, el suspicaz banquero se consagró á espiar el semblante de Agudo, que, al parecer, no veia otra cosa que el escrito que tenía delante.

No fué inútil la observacion, pues pudo recoger dos preciosos datos.

Primero: Que Agudo habia arqueado ex-

presivamente las cejas, en señal de admiracion y de asombro.

Segundo: Que un momento ántes de concluir tan atenta lectura habia asomado á su boca una sonrisa plácida, casi inefable, como si viera el cielo abierto.

Terminada la lectura del papel misterioso, Agudo se levantó, y con aire majestuoso, más bien satisfecho, fué á colocarlo sobre la mesa del escritorio, y volviéndose á Matusalem, le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—Hablarémos despacio.

—Ya conoce V..... comenzó á replicar Matusalem; mas no pudo concluir, porque su interlocutor le puso la mano en la boca, añadiendo:

—Lo conozco todo, lo conozco todo.

Claro es que Redondo no perdia detalle, tomando, en su curiosidad excitada, gigantescas proporciones los más insignificantes accidentes.

—Señores, dijo levantándose á su vez, estorbo, y eso no es justo.

—No, señor, replicó friamente Agudo;

respuesta con la que lo mismo podia negar lo primero que afirmar lo segundo.

—Sí, sí, insistió Redondo. Ademas, son ya..... ¡Caracoles!..... las seis y diez. ¡Ah! cómo se pasa el tiempo. Ya lo creo, si hace una hora que entraron luz.

Y tomando el sombrero, estrechó la mano de su rival primero, despues la de Alejandro, y se dirigió á la puerta.

Matusalem miró á Agudo, y Agudo le hizo un gesto, cuya significacion no pudo comprender.

En aquel momento el banquero afortunado se dió una vigorosa palmada en la frente, se volvió y dijo:

—Vamos, he perdido la cabeza..... A las seis y diez me encuentro con que me esperan á comer en dos casas..... ¡Caramba!..... y en las dos se come á las seis y media..... y es claro, á una de las dos hay que avisar para que no me esperen, y hay que dar alguna excusa para que no se ofendan.

Diciendo y haciendo, dejó el sombrero sobre una silla, sacó una cartera con presi-

llas de oro, sacó una tarjeta, y se acercó á la mesa, diciendo :

—La Generala tendrá que dispensarme hoy, porque me tiene cogida la palabra el Embajador de Inglaterra.

—¡Oh! exclamó Matusalem, y los ingleses, cuando cogen una palabra, no la sueltan fácilmente.

—Es gente formal, añadió Agudo reclinándose contra la chimenea. Se puede tratar con ellos, en la seguridad de que lo sacrificarán todo á su conveniencia; para un inglés lo primero es Inglaterra.

Desde el momento mismo en que Redondo se acercó al escritorio á poner al pié de su nombre, contenido en la tarjeta, las excusas que debia enviar á la Generala, sus ojos se clavaron en el papel que poco ántes vió en las manos de Agudo.

Con decir que clavó los ojos en el papel, digo que devoró su contenido, leyéndolo con disimulada atencion palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra, miéntras que inclinado sobre la mesa escribia, ó fingia escribir, en la tarjeta, alguna frase á

propósito para evitar el enojo de la Generala.

Lo que vió en el papel que tan vivamente habia excitado su curiosidad fué lo que sigue :

En primer lugar, reconoció la palabra que como un epígrafe campeaba en letras grandes sobre el escrito; la palabra decia : «NEGOCIO.»

Despues leyó :

«Lanuza necesita en un breve término cien mil duros, que reintegrará en seis meses.

»La garantía de este préstamo consiste en una fortuna de seis millones de renta, que adquirirá ántes que espire el plazo arriba señalado, por medio de un matrimonio previamente convenido.

»La seguridad del cumplimiento está en el empréstito mismo, que hace irrevocable el matrimonio, fundamento de la garantía.

»Se presenta la firma de Lanuza, apoyada en la firma de la criolla.

»Se recibirán cien mil, y se pagarán ciento cincuenta mil.»

Hé ahí lo que Matusalem habia escrito.

—¡Bravo! exclamó Redondo soltando la pluma y agitando en el aire la tarjeta para que se secára la tinta. Creo que la Generala quedará satisfecha.

—Mi ayuda de cámara en persona, dijo Agudo, la llevará inmediatamente á su destino.

—No, no, replicó el banquero retirando la mano. Tengo ahí el coche, la casa de la Generala la encuentro al paso, y mi lacayo dejará la tarjeta en la portería; así se gana tiempo.

Cogió el sombrero y se lanzó á la puerta, seguido del dueño de la casa, que salia cortésmente á despedirle.

Una vez fuera de la habitacion, Agudo le detuvo, diciéndole:

—Somos rivales, lo cual quiere decir que somos enemigos; pero en toda guerra hay armisticios: propongo uno.

—¡Un armisticio! exclamó Redondo.

—Sí; soy un enemigo leal, un enemigo franco, y me dirijo á un adversario noble.

—¿Adónde va V. á parar?

—A esto: No tengo fondos disponibles,

y necesito con urgencia dos millones de reales, que tomaré al diez por ciento.

—¡Canastos! ¡Dos millones de reales! gritó el banquero..... friolera..... No quiero decir que sea una suma escandalosa..... no..... dos millones es una bicoca; algo más he invertido yo este año en renovar mis trenes y el mueblaje y los tapices de mi casa..... pero, vamos á cuentas: ¿cómo quiere V. que ponga mis armas en manos de mi enemigo?..... ¡Y al diez por ciento!..... No puedo..... mi caja..... tiene muchas obligaciones..... y.....

—Basta, replicó Agudo; queda retirado el armisticio y sigue la guerra.

Un momento despues entraba Agudo en su despacho y Redondo en su coche; el primero riyendo á carcajadas, el segundo reventando de risa.

—Éste último, balanceándose sobre los almohadones de su berlina, dijo:

—¡Dos millones! ¡Se habrá visto audacia semejante!..... No le faltan fondos; basta que él lo diga para que yo no lo crea; y su intencion es clara, quiere hacer el negocio de Lanuza con mi dinero..... ¡Cómo se hu-

biera reido de mí el pillastre!..... ¡Ah! es un bribon..... un bribon muy largo, y hay que jugarle una buena..... La idea que me ha ocurrido es magnífica..... Vamos, le va á costar la fiesta cincuenta mil duros.

Y como Andres Chenier cuando iba á la guillotina, se golpeaba la frente, exclamando:

—Aquí hay algo..... aquí hay algo.

Matusalem esperó á que Agudo pusiera término á su carcajada, y se entabló entre ellos el diálogo siguiente:

—Me parece que le he traido á V. un buen negocio.

—No, amigo mio; el negocio es malísimo.

—¡Cómo!..... ganar un millon en seis meses, ¿no es un buen negocio?

—Sin duda; pero perder dos millones será siempre un negocio detestable.

—¿Y cómo pueden perderse dos millones, garantidos por una fortuna de trescientos mil duros de renta?

—Muy fácilmente.

—Explíqueme V. la dificultad que se le ocurre.

—Es muy sencilla, y á V. le habrá ocurrido como á mí.

—Aseguro que no.

—Es lo mismo.

—No la veo por ninguna parte.

—Oígame V.: el tonto de Medina ha metido á Lanuza en una jugada en que debió caer el estúpido de Redondo, de cuyas resultas su amigo de V. está arruinado.

—¡Arruinado, dice V., y va á casarse con la criolla!

—Miéntras no se case, querido Alejandro, su firma no ofrece garantía segura.

—¿Y la firma de ella?

—¡La firma de ella! Ella es menor, está bajo la patria potestad, y su firma no tiene en juicio el valor necesario.

—¿Y cree V. que la madre, en todo caso, no se apresuraria á recoger la firma de su hija á cualquier precio?

—Convengo en ello; pero, ¿dónde está esa firma?

—En un documento auténtico, escrito de su puño y letra, en que no hay más que pedir.

—Perfectamente..... en una carta amorosa, escrita en un momento de irreflexion, en la cual dirá: Te adoro; tuya ó la muerte. No puede decir más, y no es poco. Mas, ¿quién se determina á fiar dos millones de reales á la constancia de una mujer?

—Éste caso es distinto, porque la criolla está apasionada formalmente, está comprometida, tiene empeñadas su vanidad y su palabra; más aún, tiene empeñados su amor y su ódio, porque ama á Lanuza y detesta al Duque.

—Muy bien; pero la madre intentará convencerla, persuadirla, y en último resultado, irá ganando tiempo..... y eche V. la cuenta.

—En tal caso, la señorita de Vegahonda hará una locura.

—Ésa es una razon más admisible. Tratándose de una mujer, la observacion tiene fuerza. Y bien, ¿qué locura hará la señorita de Vegahonda? Porque en punto á locuras, tiene muchas donde escoger.

—Hará la locura de cajon, la locura que se cae de su peso: anochecerá y no amanece-

rá. Quiero decir, que cuando ménos lo piensen, tomará el portante con Lanuza, y habrá que ir á suplicarles que hagan el favor de casarse; la madre será la primera que se lo pida de rodillas.

—Dadas todas esas circunstancias, todavía queda otra dificultad.

—¿Cuál?

—Voy á exponerla. ¿Cree V. que el Duque se esté mano sobre mano, viendo cómo le arrebatan la miseria de tan pingüe fortuna?

—¿Y qué ha de hacer el Duque?

—Puede hacer mucho.

—Todo inútil.

—Tal vez no.

—Desengáñese V., Sr. D. Antonio: cuando ellas quieren.....

—Paso por eso; pero convenga V. en que el Duque echará el resto, jugando el todo por el todo.

—¿Cómo?

—De un modo bastante corriente.

—Veamos.

—Pues imagine V. que busca camorra,

¡eso es tan fácil! y la encuentra, cosa que no es tampoco difícil. Provoca á su rival, éste acepta sin remedio, se arregla el lance, van al campo..... y..... calcule V. la suerte que corren los dos millones.

—En tal caso..... el Duque es hombre muerto.

—Hé ahí una seguridad inadmisible.

—Lanuza es muy diestro y muy valiente.

—Es posible; pero el Duque tiene fama de espadachin, y ¡qué demonio! una vez en guardia, cruzados los floretes, no hay nadie que se atreva á dar un cuarto por la vida de ninguno de los dos.

—Veo que rechaza V. el negocio.

—No me conviene.

—Entónces he perdido el tiempo.

—No.

—¿Pues?

—Me interesa Lanuza, es muchacho que promete, y tal vez encuentre lo que desea.

—¡Bah! ya decia yo que el negocio era bueno.

—Es detestable..... pero acaso manejándose con maña, Redondo lo acepte.

—¡Redondo!.....

—Sí. Desde que V. me dió el papel, noté la curiosidad que lo dominaba, y yo, que soy un enemigo franco y leal, se lo puse encima de la mesa, para que, valiéndose él de sus mañas, lo leyera, y lo ha leido..... Acábelo V. de persuadir que yo acojo el negocio, y ya verá V. cómo suelta los dos millones..... por quitarme un duro de las manos es capaz de perder ciento.

Matusalem no vió en esto más que una esperanza que se daba á sus pretensiones, como para dulcificar la aspereza de tan rotunda negativa. Así es que, considerando inútil toda insistencia, resolvió retirarse desanimado, pero aparentando completa indiferencia.

Sin embargo, se marchó afligido, porque, como ya sabemos, profesaba á Lanuza un afecto entrañable, y deseaba con toda su voluntad sacarlo del apuro en que Medina lo habia puesto.

La carta de la criolla era oro, oro puro; pero, ¿dónde estaba ese oro? Hé ahí la averiguacion que embargaba su pensamiento.

Sintió desfallecer su ánimo, y empezó á creer que era preciso renunciar á la mano de la Marquesa, tierno objeto de todos sus afanes.

# CAPÍTULO IX.

## Dos millones de reales que caen por la chimenea.

Suelen observarse en los climas meridionales vigorosos contrastes de luz y de sombra, de resplandeciente alegría y de triste oscuridad, de tormenta y de calma.

Alguna vez se ve el cielo al mismo tiempo enojado y risueño, como indeciso entre la tormenta que se adelanta ó se disipa, y la claridad deslumbradora del dia que rebasa las nubes ó las rasga, brillando al traves de las tempestades, como el semblante de un niño que sonrie al mismo tiempo que llora.

Tal fué el aspecto de luz y de sombra, de tristeza y de alegría, de tempestad y de calma que el insigne Alejandro, conocido con el mote de Matusalem en los verídicos fastos de la presente historia, encontró en el

semblante de Miguel al volver descorazonado de la casa de nuestro antiguo conocido A. Gil y Agudo.

Se encontraba Miguel como lo hemos visto en otra ocasion reciente, esto es, tendido majestuosamente sobre el divan de su gabinete, lanzando al espacio bocanadas de humo, que se disipaban en el aire ántes de llegar á los artesones del techo, del mismo modo que se desvanecen las esperanzas de los desgraciados.

Recibió á su amigo con boca risueña y arrugado entrecejo, y lo dejó sentarse sin decirle una palabra, so pretexto de dar salida á una copiosa bocanada de humo, la cual no le impidió, sin embargo, sonreirse.

Su actitud podia ser la del hombre que se cruza de brazos y se entrega á las eventualidades de la suerte, ó la del que descansa gloriosamente despues de haber recogido los laureles de la victoria en una tremenda lucha.

En la mano con que sostenia la boquilla de espuma de mar en que fumaba, se advertia un pormenor insignificante, á saber: ajus-

tada al dedo meñique como una sortija de hierro, daba vueltas una pequeña llave, que sería probablemente la llave de su gabeta.

Conociendo su situacion, no era absurdo suponer que hubiera hecho un arqueo para saber á punto cierto los fondos con que podia contar.

Sea lo que quiera, Matusalem no reparó en ello, y tan silencioso como su amigo, fué á sentarse en un rincon del gabinete.

—¿Huyes de mí? le dijo Miguel, lo cual me parece de malísimo agüero. ¡Pobre Matusalem!..... has experimentado algun terrible desengaño, y afligido, macilento, te retiras al último rincon de la tierra. Vamos, cuéntame tus penas, y acaso pueda yo consolarte, y si no lo consigo, quiere decir que lloraremos juntos nuestra desgracia.

—En el mundo, exclamó Matusalem, todo es mentira; hasta el dinero, que es lo único positivo que se encuentra en la vida, nos engaña con falaces apariencias.

—Malo, malo, gritó Miguel. Esas palabras, llenas de cruel sabiduría, me anuncian una catástrofe. Te he visto taciturno y he

temblado; te veo filósofo y estoy á punto de desmayarme.

—Puesto que te encuentras tan bien preparado para sufrir con ánimo sereno las impertinencias de la suerte, no vacilaré en decirte que acabo de llevarme un solemne chasco; creí que habia en el mundo más dinero que el que parece; pero aquí me tienes, que vuelvo á tu casa sin haber podido encontrar dos miserables millones.

—¡Horror!..... exclamó Miguel con expresion melodramática..... estamos perdidos; y digo estamos, porque observo que el sentimiento de mi ruina te va á costar caro.

Matusalem lanzó un suspiro.

—No avances tanto en tu pena, añadió Miguel. Tú eres un hombre de órden y no debes alterar el método; áun no es tiempo de que suspires; sino, me vas á hacer el efecto de esas actrices que empiezan á llorar en la primera escena la desgracia que les ha de suceder en el último acto.

—No sé qué mayor desgracia pueda ocurrir que no tener el dinero que se necesita, y si es así, estamos en el último; acto, esto es,

en la catástrofe; déjame, pues, que suspire.

—Bien, suspira cuanto quieras; te lo consiento; algun respeto merece la parte que te tomas en mi desgracia. ¡Ay, Matusalem, lo que vas á perder con mi ruina!

—¡Yo!..... exclamó éste sorprendido; ¿qué puedo yo perder con que tú te arruines?

—Mucho.

—Nada.

—Piénsalo bien y verás.

—Te juro que me es indiferente tu ruina.

—Imposible.

—¿Por qué? preguntó Matusalem con curiosidad algo alarmada.

—Óyeme, porque voy á pintarte el cuadro pavoroso que se nos presenta; yo estoy en primer término y tú estás en el fondo.

—Habla, que ya te escucho.

—Pues mira: mañana convoco á mis afortunados acreedores, les abro de par en par mi gabeta, les presento el inventario de todo cuanto poseo, y les digo: «Señores, no me negarán ustedes el deseo, el vivo deseo de poseer en este instante los tesoros de Creso,

y reconocerán la pena que experimento al ver que no los tengo á la mano. Pues bien, calculen ustedes cuál será mi sentimiento al encontrarme en la necesidad de decirles que toda mi fortuna no alcanza á llenar la medida de mi desgracia. Creo, por lo tanto, que se repartirán ustedes amigablemente lo que hay, conviniendo en que si ustedes no han ganado mucho, yo lo he perdido todo, y todo es más que mucho.» Claro es que se quedarán convencidos, no tanto por la fuerza de mis palabras como por la fuerza de los números. Hecho esto, doy media vuelta y los dejo en mi casa, es decir, en su casa, y me voy al campo del Moro á tomar el sol, que no cuesta dinero, y á respirar el aire, que corre *gratis*, con las manos metidas en los bolsillos para llevar algo en ellos. Despues, no teniendo sobre qué caerme muerto, ajusto mis cuentas y me cuelgo de un pino.

—Eso es atroz, dijo Matusalem con ojos espantados.

—¿Te parece atroz? pues bien, no te horrorices; renuncio á colgarme de un pino; sepulto en el último rincon de la memoria mi

pasada prosperidad, y vuelvo á ser el que era ántes; aquel personaje terrible, cuya presencia te hacia temblar; aquel tierno amigo que te abrazaba inesperadamente al volver una esquina..... aquella sombra que colgaba á tu espalda el cartel de tu nombre, anunciando al mundo tu inmortalidad. Volveré á ser el mismo..... dentro de aquel gaban que era tu espanto..... debajo de aquel sombrero que encendia tu enojo y helaba tu sangre; ¿te acuerdas?

—¡Oh! exclamó Matusalem inquieto; eso no es posible, eso no es posible.

—Pues mira, replicó Miguel, entónces era más dichoso.

Semejante desatino hirió fuertemente el espíritu positivo de Matusalem, y levantándose por un sacudimiento repentino de sus nervios, puso el dedo en la frente de Miguel y le dijo:

—Estás loco, estás loco.

Éste se desprendió de una bocanada de humo para reirse con todo desembarazo, y el otro prosiguió:

—Loco, loco rematado..... Tenías el jui-

cio pegado á tus millones, y tambien lo has jugado á la baja..... puedes decir que la paz de Europa te cuesta la cabeza. Así se nublan los más brillantes destinos. Guillen tiene mucha razon cuando asegura que posees un gran talento, completamente imbécil..... No me cabe duda, pararás en un manicomio.

Estas palabras fueron gradualmente apagando la risa en los labios de Miguel, y las últimas la extinguieron del todo, oscureciéndose su semblante de improviso. Entónces se enderezó sobre el divan en que estaba tendido, y replicó diciendo:

—Tienes razon, viejo maldito; hace mucho tiempo que perdí el juicio. Yo vivia dichoso en las alturas de un cuarto piso, indiferente al mundo, del cual me reia persiguiendo tu vanidad y avergonzando tu desvergüenza. La señora Gertrúdis adivinaba mis pensamientos, me sonreia y me regañaba; siempre estábamos riñendo, pero siempre estábamos contentos. Era mi ayuda de cámara, mi cocinera, mi planchadora, mi costurera. Algunas veces pensando en esto he

llegado á pensar si el alma de mi madre estaria dentro de aquella mujer. Vamos, me parece un sueño. Desde aquel cuarto tan alto, que casi tocaba al cielo, vi un ángel..... No te rias, Matusalem; vi á Magdalena; ¡qué mirada tan inocente!..... ¡qué sonrisa tan dulce! llenó mi alma y te olvidé; ya no sentia placer en perseguirte; el amor se sobrepuso al ódio; ¿qué más? olvidé hasta mi sueño favorito, mi sueño de cazar leones. Vamos, te digo que era dichoso, muy dichoso.

Matusalem se dejó caer sobre el asiento que un momento ántes habia abandonado, como si lo que su amigo acababa de decir lo hubiera tirado de espaldas. Éste prosiguió diciendo:

—Era dichoso, muy dichoso; pero mordí el fruto maldito..... tu execrable manzana de oro, y perdí el juicio..... ¡Ah Duque, Duque! añadió apretando los puños; mas, serenándose de pronto, siguió hablando con voz tranquila. Lo perdí todo, todo..... puesto que perdí el amor y la conciencia. Magdalena seducida y yo engañado. Llegué has-

ta las mismas puertas del suicidio, y mira tú qué cosa: por no poner en duda mi honra sacrifiqué mi honradez. Así empezó mi carrera triunfal en el mundo.

Encogióse de hombros Matusalem, creyendo que real y verdaderamente Miguel se habia vuelto loco.

—Hay criminales, prosiguió diciendo, que no van nunca á presidio, porque nunca traspasan los límites del Código penal. Disponen de espacióso terreno para consumar sus fechorías, porque en salvando la accion precisa de las leyes que procesan, encarcelan y confinan, todo lo creen lícito y todo lo hacen. Tú, miserable, tú mismo has salido de aquí hace dos horas á robar dos millones que yo necesito. Saltas en la butaca como si te hubiera mordido una víbora. No temas, tranquilízate, no irás á presidio; el Código no tiene nada que ver contigo. Has ido á proponer un negocio, á levantar un empréstito sobre la garantía de una firma puesta al pié de una carta confidencial, la firma de una mujer, de una rica heredera, que al estamparla sobre el papel en el abandono de una

loca confianza, no podia presumir que habia de negociarse por dos millones de reales..... Aquí tienes una doble infamia, de que tú y yo somos autores.

Alzó Matusalem la mano pidiendo espacio para replicar, y dijo:

—Oye un instante y reprimirás el ímpetu de tus ridículos remordimientos..... el negocio no se ha hecho. El Sr. Agudo se ha negado redondamente á ser nuestro cómplice.

—¡El Sr. Agudo!..... exclamó Miguel soltando la carcajada..... Lo comprendo; ha tenido bastante conciencia para no exponer dos millones de reales á las contingencias de un mal éxito..... Y sin embargo, ¡qué ingratitud! el Sr. Agudo me debe su fortuna.

Al oir la última exclamacion, sintió Matusalem que se llenaba la medida de su sospecha. No habia duda, Miguel estaba rematadamente loco; cosa bien triste, porque el trastorno de aquella cabeza trastornaba todos sus planes. La mano de la Marquesa se le escapaba por segunda vez. Aquel loco ya no le servia de nada; el instrumento se rompia

en sus manos precisamente cuando iba á dar el golpe decisivo.

—Sí, sí, murmuró con profundo desaliento; es una ingratitud abominable, y me parece que no te queda más recurso que colgarte de un pino ó encaramarte de nuevo en el cuchitril de tu bohardilla. Y si quieres saber mi opinion, te diré que lo primero me parece más breve para salir pronto del paso.

—No, replicó Miguel; no quiero causar ese sentimiento á mis amigos; á tí sobre todo; á tí, cuyo tierno corazon no podria soportar el dolor que le ocasionaria mi muerte. Pero no te asustes, sosiégate, porque tampoco pienso volver á encaramarme en el cuchitril de mi bohardilla. Es tarde para eso; ya no encontraria allí la felicidad que me dejé olvidada. Mi corazon está envenenado, y acibarada mi alma. No, no; aquellas paredes desnudas, aquella cama estrecha, aquella mesa desvencijada, aquel armario que se abre solo, aquel ciélo siempre encima, aquella portera siempre abajo, ¡oh! me sería insoportable. No quiero morir, y por consiguiente no quiero enterrarme.

—Entónces, dime, ¿qué piensas hacer de tu vida? porque sospecho que ha de ser cosa curiosa.

—Te lo diré: pienso sencillamente cruzarme de brazos, erguir la cabeza, sonreir de la manera más graciosa que me sea posible, y dejarme llevar por la corriente del mundo, que me arrastra. Pienso en las satisfacciones de la opulencia, en los placeres del fausto; pienso en cubrir con todos los esplendores del lujo el sepulcro de mi corazon; quiero, en fin, ser un cadáver suntuoso, que atraiga sobre sí las miradas de las gentes, que despierte la envidia de los que me adulen, y que haga exclamar á la multitud, que no ve más que la superficie brillante de las cosas: «¡Qué dichoso! ése goza, ése vive, para ése se ha hecho el mundo.» Quiero ser Perícles, Sardanápalo, Lúculo. Todo eso junto. ¿Te parece poco?

—Me parece bastante. Tal vez demasiado, no porque tú no merezcas todo eso, sino porque, ya se ve, es una diablura que te se ocurra todo eso..... hoy..... hoy, que por una fatal combinacion de las circunstancias

te encuentras, preciso es decirlo, en la víspera de tu ruina.

Miguel soltó una ruidosa carcajada, que dió á su rostro una expresion verdaderamente insensata. Te equivocas, dijo; yo no me arruino; la fortuna no me vuelve la espalda. ¿Ves esta llave? pues bien, debajo de ella tengo una mina de oro.

—¡Bah! exclamó Matusalem levantándose, y murmuró en voz baja: «Esto es cosa perdida.»

En aquel momento apareció un criado en la puerta, y ántes que diera razon del motivo de su presencia, pues nadie lo habia llamado, Miguel se dirigió á él, diciéndole:

—Que éntre, que éntre.

A los dos minutos se presentó un hombre en el que no se advertia circunstancia ninguna notable; su gaban abrochado, sus gafas sostenidas por finos alambres de oro, y su pelo entrecano aplastado sobre las sienes, le daban cierto aire de notario, y áun más bien de alto empleado de alguna gran casa de comercio.

Haciendo una profunda cortesía y dudan-

do entre las dos personas que tenía delante, preguntó:

—¿El Sr. D. Miguel Lanuza?.....

—Aquí lo tiene V. en una pieza, contestó Miguel sin levantarse.

—En ese caso, añadió el hombre, tendrá usted la bondad de enterarse de este documento.

Decia esto presentando á Lanuza un papel doblado.

Entónces se levantó Miguel con aire majestuoso, casi triunfante, y cogió el pliego que el hombre le presentaba, y lanzando sobre Matusalem una mirada de desprecio, se dirigió á la mesa.

Allí desdobló el papel sin mirarlo, lo extendió sobre la cartera, y sin sentarse alargó la mano para tomar una pluma.

—Léalo V., léalo V., caballero, le advirtió el hombre respetuosamente.

—No es necesario, contestó Miguel.

—¡Oh! la formalidad..... insistió el hombre.

—Esa formalidad no es aquí necesaria.

Y diciendo y haciendo, trazó su firma y

devolvió al hombre el papel. Éste lo tomó, lo dobló cuidadosamente, sepultándolo en seguida en el bolsillo de su gaban. Con la misma mano que ocultó el pliego, sacó una cartera de bolsillo, la abrió con mucho cuidado, y humedeciéndose en los labios la punta del dedo índice, contó cuatro hojas de papel muy fino con viso azul, que parecian pegadas á la cartera.

—Esto es, dijo despues de haberlas contado.

En seguida sacó una, y desdoblándola la puso sobre la mesa. Despues sacó otra é hizo lo mismo; sobre la segunda colocó la tercera, y sobre la tercera colocó la cuarta, diciendo:

—Una..... dos..... tres..... cuatro..... Son cuatro; entérese V., caballero.

—No es necesario, contestó Miguel; están perfectamente.

El hombre saludó con la mayor compostura, y se retiró sin volver la espalda, despues de hacer caer sobre sus ojos las gafas, que habia levantado sobre la frente para examinar los documentos que acababa de poner sobre la mesa.

Luégo que se hubo alejado, abrió Miguel con la llave, que áun tenía en el dedo, uno de los cajones del escritorio, y colocó en él aquellas cuatro tiras de papel azul y sedoso.

Matusalem, absorto, le preguntó:

—¿Qué has firmado?

—He firmado un *pagaré*.

—¿A qué plazo?

—Al plazo de un año.

—¿Por qué suma?

—Por la suma de cien mil duros.

—¿A qué interes?

—Al interes del diez por ciento.

—Son diez mil duros.

—Justos.

—¿Pagaderos al vencimiento del plazo?

—No; descontados ántes.

—¿Es cosa de Medina?

—Quiá.

—Entónces, ¿quién.....?

—¿Quién?..... el demonio.

Matusalem quiso sonreirse y no pudo, porque realmente estaba asombrado, y encogió los labios, repitiendo:

—¡El demonio!.....

—En persona.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace veinte minutos.

—¿Cómo?

—¡Vamos! exclamó Miguel, eres un pobre diablo.

—No comprendo.

Lanuza, que estaba de pié, se acercó á su amigo, y poniéndole el dedo en la frente, le dijo:

—¡Infeliz! te has vuelto tonto.

—¿Qué documentos son esos que acabas de guardar?

—Son cuatro pedazos de papel, llenos de contraseñas, de números y de letras, autorizados por firmas respetables, que reunidos forman la suma de noventa mil duros.

—Y bien, ¿de dónde te ha venido esa suma?

—Ya te lo he dicho: del infierno.

—Hablemos formalmente. Hace un momento creí que habias perdido el juicio, y ahora soy yo el que empiezo á creer que estoy loco. Noventa mil duros no caen por la chimenea.

—Ya has visto que, en efecto, no es por la chimenea por donde han caido.

—¿Quién es ese hombre que acaba de salir de aquí?

—No lo conozco, ignoro su nombre, y ésta es la primera vez que lo he visto.

—Pues señor, dijo Matusalem arqueando la boca, no entiendo una palabra.

—A mí, añadió Miguel, me sucede enteramente lo mismo.

—¿De manera que es un suceso incomprensible, extraordinario?

—Cabalmente, extraordinario é incomprensible.

—Pero, en fin, tú te lo explicarás de algun modo.

—Sí; me lo explico de un modo, de una sola manera.

—Veamos.

—Creo que no vas á entenderme.

—Habla, habla, y ya verémos si te entiendo.

—Pues mira: si esto no la ha hecho el demonio, te juro que no ha podido hacerlo nadie.

—Miguel, deja el demonio en paz, y habla sériamente.

—Estoy hablando con toda formalidad, y ya te he dicho que no vas á entenderme.

—Pero, Miguel, si no hay noticia de que el demonio haya tenido nunca una peseta, ¿de dónde ha de haber sacado el pobrete nada ménos que noventa mil duros?..... Y áun suponiendo que le haya caido la lotería, ¿crees tú que es tan tonto, que habria venido á regalarte esos maravedises por tu bella cara? ¡Bah! dale al demonio noventa mil duros y es feliz, porque con esa suma pensaria en sobornar al cielo.

Contempló Miguel algunos instantes á su amigo con triste sonrisa, presentando en su rostro más vivamente el contraste de luz y de sombra que en él notamos al empezar el presente capítulo, y luégo le dirigió estas palabras:

—No crees en Dios, y por lo tanto, no crees en el demonio; eres un *espíritu fuerte*; esto es, una inteligencia de cal y canto, en la que no ha podido penetrar la idea suprema de la justicia. Te ves libre, y te declaras

irresponsable; te ves hombre, y te haces bruto. Estas vulgaridades despiertan en tus labios la sonrisa del desden; no la contengas, porque voy á proporcionarte un motivo más justo de hilaridad; ríete, pero escucha: has de saber que mi madre, desde que me dormia en su regazo, infundió en mi corazon y en mi entendimiento la idea de un *Sér infinitamente bueno*, *sabio*, *poderoso*, *principio y fin de todas las cosas*. Siempre que me hacia repetir esas mismas palabras, sellaba mi boca con un beso arrancado de su alma, como si de ese modo quisiera perpetuarlas en mis labios, haciéndolas eternas en mi memoria..... Algunos momentos ántes de espirar, hizo que me arrodillára junto á su cama, y el sacerdote que le prodigaba los últimos consuelos hincó tambien la rodilla en tierra. Entónces mi madre me cogió la mano, y llevando la voz, me hizo repetir el *Credo* palabra por palabra..... Sonrióse tranquila, y la luz se apagó en sus ojos, que no dejaron de mirarme ni un instante..... Pues bien; aquí me tienes hecho un hombre sediento de placeres, en la plenitud de la vida, llena la

cabeza de confusas ideas..... aquí me tienes, en fin, en pleno siglo diez y nueve, creyendo que hay un Dios que nos salva y un demonio que nos pierde. Ríete, Matusalem, ríete, porque yo tambien me rio.

—No se advierte qué relacion pueda tener toda esa historia con el asunto de los noventa mil duros que te se han entrado por las puertas.

—Ahora verás la relacion que tienen ambas cosas.

—Vamos á ver si acabas de explicarte.

—Óyeme: la paz de Europa ha sido para mí un malísimo negocio, que ha encendido en mi corazon una guerra terrible. Me veia arruinado, y francamente, no me resignaba á perder tan pronto mi fortuna, ni me sentia con fuerza para empezar de nuevo. Me espantaba la miseria, me irritaba el desaire de la suerte, veia el desprecio de los mismos que hoy me halagan; hasta la honra acudia á dar pábulo á mi desesperacion..... porque, en resumidas cuentas, yo no podia pagar todo lo que habia perdido, y qué se diria de mí! ¡qué sería de mi nom-

bre!..... ¿lo habia de dejar vilipendiado y escarnecido, á merced de esa mordacidad implacable con que el mundo suele clavar el diente envenenado de la envidia hasta en las entrañas de la desgracia? Tal vez me hubiera sometido al rigor de la pobreza, pero no tenía valor para someterme á la ignominia. Vamos, necesitaba dos millones á toda costa, y me encontraba resuelto á jugar el todo por el todo. Tal era la situacion de mi espíritu cuando tú me hiciste vislumbrar un rayo de esperanza. Cerré los ojos, y saliste en busca de los dos millones.

—¡Y bien! preguntó Matusalem.

—La esperanza, súbitamente concebida por tus palabras, se fué disipando poco á poco, y pronto adquirí el convencimiento de que nadie se arriesgaria á soltar cien mil duros en la espectativa de un matrimonio cuya realizacion no deja de ofrecer dificultades. Los dos millones daban vueltas en mi cabeza como un torbellino, y no podia cogerlos. ¿A quién apelar? ¿A quién acudir? ¿A quién pedírselos? Dios podia hacer un milagro, pero probablemente no querria ha-

cerlo. ¿Cómo me habia de conceder una fortuna que es mi desgracia?..... ¿Con qué cara podia yo pedirle una merced, que me ha conducido ya..... no sé dónde? Pero, en fin, me persuadí de que era inútil pensar en semejante recurso, volví la espalda y me dirigí al demonio: «Amigo mio, le dije, si tú no pones mano en este asunto, es negocio perdido; haz una de las tuyas, y puede ser que lleguemos á entendernos. Te debo algo, bastante; quiere decir que te lo deberé todo.» Apénas acabé de formular estas palabras, que pronuncié en voz alta, pues estaba solo, sentí que un coche se detenia en la puerta de mi casa, y dije: ¡Hola! he llamado al demonio y viene Matusalem; lo mismo da. Mi corazon comenzó á latir con una violencia desusada. Te esperaba con una ansiedad desconocida, como no te he esperado nunca, y eso que me has hecho pasar horas mortales detras de una esquina, espiando el momento feliz de darte un abrazo.....

—Sigue, sigue, murmuró Matusalem, interrumpiendo una digresion que debia parecerle intempestiva.

—A pesar de la distancia, siguió diciendo Miguel, oí distintamente los pasos, que hacian crujir la escalera; sentí el golpe de la campanilla con que llamaban á la puerta, y me llevé la mano al pecho, porque el corazon se salia de su sitio. En seguida resonó en mis oidos el rumor que producen cuatro piés que andan al mismo tiempo; parecia que un caballo piafaba sobre la alfombra de la sala inmediata, y suspiré, porque el recuerdo de Bel-Krer invadió mi pensamiento. Sin embargo, me acerqué á la puerta y alcé la cortina. Venía Jaime, y detras otra persona que me era desconocida. Al verme el criado, se detuvo inclinándose, y el hombre que lo seguia se adelantó, entrando en este cuarto con la mayor franqueza.

—¿Quién era? preguntó Matusalem.

—El demonio, contestó Miguel.

—Veamos lo que queria ese caballero.

—Vas á saberlo. Nos encontramos frente á frente, yo sorprendido y él risueño, porque era un demonio bastante afable; colorado, mofletudo, alegre. Yo rompí el silencio, diciéndole: «Quisiera saber á quién ten-

go el honor de recibir en mi casa.—¡Oh! me contestó; todo el mundo me conoce, y es extraño que V..... pero, en fin, eso no importa. Vamos al grano: V. necesita cien mil duros, poco más ó ménos, y acaso yo pueda disponer de esa suma; por consiguiente, en este momento me llamo dos millones de reales.» Al pronto sospeché que se burlaba de mí, pues me hablaba retozándole la risa en la boca. «Caballero, le contesté; en efecto, esa cantidad necesito.—Pues bien, me dijo, yo la presto.—¿A qué interes?—Al diez por ciento, descontado al recibir el dinero. Dígame V. ahora sus condiciones.—Mis condiciones, le contesté, son éstas: el dinero mañana ántes de las doce, y el plazo de un año.—Muy bien, exclamó. ¿Y qué garantías se ofrecen?—Mi firma, le contesté.—Muy respetable, añadió, pero la formalidad es el alma de estas cosas, y V. puede añadir á su firma otra firma.—¿Cuál? le pregunté.—La de la señorita de Vegahonda, me contestó.—¡La firma de la señorita de Vegahonda, repliqué, al pié del documento con que se ha de formalizar el contrato!

¿Está usted loco?—No digo eso, se apresuró á contestarme; mas, hablemos claros : la garantía que en rigor V. presenta es la de su próximo matrimonio con la rica criolla. Creo á puño cerrado que V. desea casarse cuanto ántes con ella, y sin duda necesita ese par de millones para adelantar la boda, y darle, por su parte, todo el esplendor posible. Hasta aquí estamos conformes; ha debido V. perder bastante á la baja, y no es cosa de ir á casarse tan ventajosamente con las manos metidas en los bolsillos. Por V. tengo completa seguridad; pero, ¿y ella? ¿piensa lo mismo? Hé ahí mi duda.» Se me olvidó que hablaba con una persona desconocida, desechéla idea de que pudiera ser objeto de una burla, y sin reflexionar lo que hacia, me lancé á la mesa, abrí el cajon, saqué la carta en que Mercedes me incita á pedir su mano, con la seguridad de obtenerla, y se la entregué con aire triunfante, con todo el aire de la vanidad victoriosa. Leyóla, al mismo tiempo que decia : «Es su letra, la conozco, y veo que tambien tiene prisa de casarse.» Y devolviéndomela, añadió : «Conserve V. esta

carta hasta despues de la boda; es oro puro, y con ese resguardo su firma de V. basta para el negocio. Me he excedido en el plazo, quise decir á seis meses, pero mi palabra es palabra; cuando se hace un favor, hay que hacerlo por completo.» En esto sacó su relój, miró la esfera, y exclamó yéndose: «Las seis y veinticinco. Amigo mio, ántes de una hora tendrá V. aquí sus noventa mil duros.» Y sin despedirse, sin decirme su nombre, salió como una flecha disparada, dejándome estupefacto.

—Es curioso esto, dijo Matusalem rascándose la frente.

—Es más que curioso; es extraordinario, es increible. Yo me creí por un momento presa de un sueño, y me palpé, para asegurarme de que yo era yo mismo. La carta de la criolla, que tenía en la mano, me acabó de convencer de que estaba despierto, y se apoderó de mí tal seguridad de que ántes de media hora vendrian á mi poder los noventa mil duros, que me dejé embriagar por la alegría del triunfo. En ese instante llegastes tú, afligido, desconsolado, sin haber podido

encontrar dos miserables millones, que á mí se me han venido á las manos de la manera que has oido y del modo que has visto.

—Pero, ¿quién es ese hombre? preguntó Matusalem.

—¿Aun lo ignoras? ¿Aun lo dudas? Ese hombre es el demonio, que me ha cogido en un terrible lazo, porque, ¡miserable de mí! estos dos millones chorrean sangre, porque esos dos millones me cortan resueltamente la retirada, y ya no hay más remedio que seguir adelante. Aquí tienes, pues, un criminal de los que no van á presidio, y tú eres otro.

—¡Qué estás diciendo! exclamó Matusalem levantándose.

—No me hagas caso; es una debilidad, que sólo delante de tí me permito. La alegría me hace decir desatinos; estoy loco de contento.

—Bien; pero contéstame formalmente: ¿á favor de quién está extendido el *pagaré* que has firmado?

—Asómbrate..... á favor de Redondo, el famoso banquero.

Matusalem hirió el suelo violentamente con la planta del pié, al mismo tiempo que aplicaba á su frente una furiosa palmada.

—¡Torpe de mí! exclamó; he debido adivinarlo desde el primer momento.

—¿Por qué? preguntó Miguel.

—¿Por qué?..... porque yo soy un imbécil y Agudo es un genio..... á él le debes los dos millones.

Miguel se sonrió, repitiendo:

—¡Agudo!..... ¡Agudo!.....

—Sin embargo, la idea se puede decir que es mia; el plan todo es de Agudo, la ejecucion es de Redondo..... La obra ha salido completa. Ahí tienes el demonio.

—En ese caso, rectificaré; no es uno, son tres; es decir, añadió soltando la carcajada, es una obra de todos los demonios.

Matusalem riyó tambien ruidosamente, pensando en la Marquesa, y restregándose las manos, decia:

—Vamos, nos han caido dos millones por la chimenea.

# CAPÍTULO X.

## De la lengua á las manos.

Sin perjuicio de que tambien lo sean los que hablan poco y áun los que no hablan nada, es cosa definitivamente convenida que todo hablador es tonto; y entre todos los tontos es preciso convenir en que el hablador es el más insoportable. Ya se ve: por íntima y estrecha que sea la relacion que existe entre el pensamiento y la palabra, no son una misma cosa, y el hablador, prevaliéndose de esta diferencia, hace caso omiso de todo linaje de entendimiento, y se entrega al abuso contínuo de todos los lugares comunes de la lengua.

No es lo mismo tener entre ceja y ceja una imaginacion viva ó profunda, un talento vasto ó brillante, que llevar dentro de la boca

el movible aparato de un molino de viento.

El hablador propiamente dicho habla, habla y habla sin conciencia de lo que dice, de la misma manera que los mazos del piano golpean las cuerdas, haciendo sonar el instrumento sin tener ni la más remota idea de la armonía.

El fondo de este sér, ó como diria Guillen, su idiosincrasia, es la insustancialidad. Despues de oirle por espacio de una hora, si hay resistencia para tanto, sólo se saca en limpio el abombamiento que experimentamos al meter la cabeza en las huecas soledades de un tonel vacío.

Infeliz del que pretenda seguir el hilode su discurso; la atencion se fatigará en vano, registrará todos los rincones de sus inagotables palabras, y perderá el tiempo y el trabajo, por la razon sencillísima de que semejante hilo no existe.

Si á esto se añade una voz gutural, desabrida, cascarrada, sin inflexiones, una fisonomía sin movilidad, sin expresion ninguna, un tono igual, una verbosidad sin accidentes, una afluencia sin contrastes, una pro-

nunciacion sin ortografía, se tendrá idea de lo que es esta especie de carraca humana.

Este sér ni piensa ni siente; solamente habla y habla y habla; no tiene corazon ni tiene entendimiento, no tiene más que lengua. Su palabra cae sobre el asunto más interesante como un jarro de agua fria; no hace llorar ni hace reir, ni conmueve ni entretiene; es un poste que habla de corrido; despoja de interes cuanto refiere, es un almacen de vulgaridades. En su boca son insignificantes los sucesos más graves, comunes los más originales, viejos los más nuevos.

Hay habladores con gracia que divierten un cuarto de hora, hay habladores que se apasionan y conmueven diez minutos, hay habladores amenos que distraen media hora; éste ni entretiene ni conmueve ni distrae; se le oye, pero no se le escucha; es de esos seres que quitan la soledad y no dan compañía.

Hay habladores de palabra viva, los hay tambien de palabra enfática; aquí no hay ni énfasis ni viveza; no hay más que pesadez pura sin mezcla de otra cosa.

Hay habladores del género cómico, del género trágico, del género melodramático. Éste pertenece al género aflictivo.

Tal es, á mi juicio, el verdadero tipo del hablador desesperante. Sér inofensivo, pero insufrible.

Mas si los habladores son el tormento de la sociedad, que sé cree obligada á soportarlos, en cambio la conversacion forma la delicia del género humano.

¡Charlar! Hé ahí un placer que nos atrae, que nos acerca unos á otros, que nos reune al rededor de la mesa de un café, en la esquina de una calle, en un salon, en cualquier parte. La palabra corre de boca en boca como una mariposa de flor en flor, va y viene, entra y sale, sube y baja, siempre fugitiva, tejiendo la tela caprichosa de la conversacion en movilidad contínua, cambiando á cada instante de direccion, de color, de forma, cogiendo al paso los dichos agudos, las sentencias graves, las observaciones oportunas, las noticias curiosas, los datos ignorados y las frases felices.

¡Charlar! ¡qué delicia!..... La primera pa-

labra cae como la semilla en la tierra; inmediatamente se fecunda y surge como una enredadera el vástago movible, ligero y frágil de la conversacion. Se comentan las noticias, se hacen diversas relaciones del mismo suceso, se contradicen los datos, se citan textos, se duda, se afirma y se replica. Una averiguacion produce otra, se dice lo que se sabe de buena tinta, lo que se bebe en buenas fuentes; se cruzan las suposiciones, se enredan los pareceres, se retuercen los argumentos; unos discurren sériamente, otros hablan de broma; aquí se acálora éste, se rie el otro, y todos charlan.

La conversacion forma una especie de red, que sujeta á los interlocutores y detiene á los que escuchan; no es posible pasar junto á una conversacion y no pararse sin caer en ella; el círculo crece y mengua á la vez, renovándose los que se van con los que entran. Se sabe dónde principia una conversacion, pero se ignora dónde acaba. Se pasa de un asunto á otro con facilidad pasmosa.

Así trascurren una hora, dos horas, tres

horas deliciosas. Despues nada; pero entre tanto..... todo.

Hay una hora avanzada de la noche en que la concurrencia al casino es más numerosa, y digámoslo así, más escogida. Es la hora en que refluye á ese corazon de Madrid la gente más amena, más movible, que al salir, ya de este ó de aquel teatro, ya de una tertulia, ya de otra, se ve en la dura alternativa de irse á sepultar en el sepulcro de su casa ó de alargar la vida de aquel dia un par de horas más, dando, como vulgarmente se dice, una vuelta por el casino.

La eleccion no es dudosa, y la concurrencia se aumenta. Es la hora de las cenas, la hora del juego, la hora de las últimas noticias, la hora de los animados diálogos, la hora de las conversaciones deliciosas, la hora, en fin, de la suprema charla.

El Duque se pasea de un extremo á otro del salon, y aunque parece algo inquieto y la luz del gas hace más pálido su semblante, el aspecto es risueño y alegre; bromea con cuantos se acercan á saludarle, y está decidor y chistoso.

Uno de los circunstantes dijo:

—Señores, tenemos otro cadáver.

—¡Cómo es eso! preguntaron algunos.

—Acaba de suicidarse un jóven de buena posicion y de muchas esperanzas.

—Consecuencias del juego, exclamó uno yéndose á la sala del *treinta y cuarenta*.

—Ca, no ha sido el juego la causa del suicidio.

—¿Padecia alguna enfermedad?

—Tampoco.

—Entónces, habrá quebrado.

—Ménos.

—¿Quién es ella?

—Eso es: unos amores desgraciados.

—Vean ustedes, dijo el Duque, acercándose al corro donde habia surgido esta conversacion. La mayor locura que puede hacer un hombre es matarse; la mayor tontería, matarse por una mujer. Es verdad que ellas se mueren por nosotros, pero eso es bastante más cómodo que matarse por ellas.

—Perfectamente dicho, exclamó una voz detras del Duque, el cual volvió la cabeza vi-

vamente, encontrándose con Lanuza, que le tendia la mano.

Estrechóla afectuosamente, diciendo:

—Viene en mi apoyo una autoridad irrecusable, y me complace en extremo que sea de mi misma opinion.

—¿Y cómo no serlo? añadió Miguel con franca sonrisa. ¡Matarse por una mujer!..... Señor Duque, eso es una solemne tontería.

—Vamos, replicó el que habia llevado la noticia del suicidio, yo quisiera verlos á ustedes.....

—¿Suicidados? preguntó el Duque.

—No; quiero decir que en igualdad de circunstancias habrian ustedes recurrido al mismo medio.

—En ese caso, dijo Miguel, seriamos tontos, rematadamente tontos. ¿No es verdad, señor Duque?

—¡Oh! es una verdad como un templo.

A várias personas de las que se hallaban presentes les llamó la atencion la cordial armonía que reinaba entre el Duque y Lanuza, porque creian que ambos se miraban con recelo á causa de la criolla, pues era pública

la situacion de uno y otro respecto á la rica heredera; mas por lo que acababan de oirles y por lo que estaban viendo, llegaron á persuadirse de que no existia entre ellos ni la más ligera sombra de disgusto.

No hubo quien contradijera el comun parecer de los dos íntimos amigos, y el suicida quedó enterrado bajo el peso de esta oracion fúnebre, cantada á coro:

«Era tonto.»

El asunto estaba agotado, cuando introduciéndose en el corro el Vizconde, que acababa de entrar en el salon, dijo:

—Hay crísis.

—¡Crísis! exclamaron algunas voces en tono dudoso.

—Crísis, repitió el Vizconde.

—Es imposible, replicó un parlamentario de los de cal y canto. El ministerio tiene mayoría en ambas cámaras; mayoría compacta, unida, capaz de votarle la sumision de España al Emperador de Marruecos. Con esta base la crísis es absurda.

—Poco á poco, salió diciendo otro; en los gobiernos constitucionales los cambios

frecuentes de ministerio son necesarios, porque son el alma del juego de los partidos, que sucesivamente han de alternar en el poder, de manera que el estado propio de los gobiernos parlamentarios es la movilidad contínua, esto es, la crísis perpétua. Hace dos años que pesa sobre nosotros el actual ministerio, y eso es insoportable, anticonstitucional, antiparlamentario, en una palabra, absurdo. La crísis, pues, es lógica.

—Muy bien, muy bien, gritaron los circunstantes, unos muy sériamente y otros riyéndose á carcajadas.

El parlamentario dejó pasar esta manifestacion de la opinion pública, y con el aplomo del hombre que está seguro de lo que piensa, dijo:

—Reconozco el principio y niego el hecho. Convengo en que debe rodar constantemente la bola parlamentaria para que ordenadamente se verifique el turno de los partidos; pero, señores, la Constitucion no marca plazos á la duracion de los ministerios, y si hemos de admitir alguno, ése es indefinido, á saber: miéntras tengan mayoría en las Córtes.

—O miéntras no tengan minoría en los cuarteles, añadió uno al paño.

—O miéntras no pierdan la confianza de la corona, dijo otro.

—O miéntras no se tiren las carteras á la cabeza en algun consejo de ministros, murmuró un tercero.

Reinó un momento de confusion, que calmó la voz del Vizconde, gritando:

—Pido la palabra, pido la palabra.

Era el autor de la proposicion, y el concurso se dispuso á oirle.

Entónces tomó la actitud solemne del orador que va á confundir á su adversario, y exclamó:

—Señores..... hay crísis..... he dicho.

Estas palabras fueron coronadas por un aplauso.

—Pero bien, preguntó el Duque, ¿cuál es el motivo de esa crísis repentina?

—Pásmense ustedes, contestó el Vizconde. El motivo de esta crísis repentina es la paz de Europa.

El Duque y Miguel se dirigieron una mirada de inteligencia, y el último exclamó:

—¡Oh! en ese caso, siento en el alma la crísis en que el Gobierno se encuentra.

—¿Por qué? preguntó el Duque sonriendo afectuosamente. ¿Es V. ministerial?

—No, pero París me es antipático, y llevo mi antipatía á tal punto, que deseo verlo arrasado.

—París, replicó el Duque, es actualmente el cerebro del género humano; lo que París piensa, piensa el mundo.

Miguel hizo un movimiento de impaciencia, que reprimió inmediatamente, diciendo:

—No puedo oir con indiferencia la admiracion que se tributa á una ciudad que, ménos rica que Babilonia y ménos poderosa que Roma, reune á la vez la córte licenciosa de Baltasar y la abyecta plebe del bajo imperio.

A nadie le extrañaba que el fracaso de la próxima guerra entre Francia y Prusia tuviera irritado el ánimo de Miguel, porque todos sabian que la paz de Europa, nuevamente asegurada por el Emperador de los franceses al abrir las sesiones del Cuerpo legislativo, le habia costado una enorme pérdida, que aquel mismo dia hubo de pagar

duro sobre duro. Estaba, pues, en su terreno maldiciendo á París, capital del imperio que huia de la guerra, ó á lo ménos la aplazaba.

Pero el Duque no tenía los mismos motivos para participar de opinion tan interesada; ántes, por el contrario, sentia hácia París la atraccion de todos los placeres. París era á sus ojos el oráculo del mundo. Un pueblo que como ninguno sabía hacer el amor, la comedia y la guerra, debia ser para el Duque, galanteador, hombre de mundo y espadachin, tres veces inviolable. Poner, pues, la mano sobre París era ponerla sobre su ídolo.

Por estas razones nadie extrañó que se empeñára el Duque en sostener el honor ofendido de la primera nacion de Europa.

Ademas, la gran mayoría de las personas allí reunidas participaba de la misma admiracion que el Duque. Casi todas ellas habian hecho sus excursiones á París, y siempre habian vuelto exclamando: «¡Qué París!..... ¡qué París!.....»

Así es que las palabras de Miguel se con-

sideraron como inauditas y fueron recibidas con rumores de desaprobacion manifiesta.

Todos le concedieron al Duque el honor de contestar, y contestó de esta manera:

—No sé qué género de razones particulares tendrá V., Sr. Lanuza, para decretar ese *delenda est Cartago* contra París; mas sean las razones que quieran, yo las respeto.

Ciertas sonrisas un tanto equívocas y algunas miradas de inteligencia se cruzaron entre varios concurrentes, y el Duque prosiguió:

—Respeto esas razones y sólo pregunto: Con su córte licenciosa como la de Babilonia y plebe abyecta como la del bajo imperio, ¿qué nacion se atreve á competir con Francia, que da su lengua á la diplomacia, sus modas, sus costumbres, sus artes y su literatura á Europa; vencedora de Rusia en Crimea, de Austria en Solferino; que asusta á Inglaterra sólo con la amenaza de invadirla?

—Prusia, contestó Miguel tranquilamente.

—Lo que vemos, replicó el Duque en medio de un gran silencio, es que Prusia re-

prime su ambicion desatentada, que se arma presurosa ante las contingencias de una guerra, que teme despues de haber provocado. Esto es lo que vemos.

—Ciertamente, añadió Miguel; preciso es estar ciegos para no ver que Prusia se arma silenciosamente dando tiempo á que Francia acabe de corromperse; la primera se dispone á la victoria, la segunda á la ignominia.

Sonrióse el Duque y dijo:

—Resolviendo las cosas de ese modo, es sumamente fácil coger el mapa y borrar á Francia del número de las naciones, y ahí tiene V. un favor que Prusia pagaria á peso de oro.

—¡Oh! exclamó Miguel con vehemencia. Si ese favor se pagára á peso de oro, no existiria ya Francia..... porque..... lo digo en voz alta, ¿qué no harán los franceses del segundo imperio por un puñado de francos?

Aunque eran muchos más los partidarios del Duque que los partidarios de Lanuza, hubo señales de asentimiento; la hipérbole habia causado efecto.

Esto pareció picar el amor propio del Duque, y como quien no puede contenerse, dijo:

—Insulta V. inconsideradamente á una nacion que no lo oye.

—Es verdad, añadió Miguel con suma viveza; reconozco toda la fuerza de la observacion que acaba V. de hacerme, y voy á corregir mi ligereza. Señores, declaro que estoy dispuesto á dar cuenta de mis palabras á todo frances que me la pida.

El que haya asistido á estas acaloradas discusiones, medio privadas, medio públicas, que tan fácil é inopinadamente surgen en las conversaciones de los cafés y de los casinos, y hasta con no escasa frecuencia en los debates más solemnes de los altos cuerpos co-legisladores, habrá observado el silencio que se establece entre los espectadores, como si temieran con importunas interrupciones apagar en los contrincantes el calor de la disputa.

Este silencio rodeaba á Miguel y al Duque, que de pié y en medio del corro, que se iba aumentando, parecian dos gladiadores frente á frente en la arena del circo.

En cuanto Miguel acabó de pronunciar sus últimas palabras, todos los semblantes se dirigieron al Duque, como diciéndole: «Vamos á ver qué se contesta á eso.»

Semejante demostracion no era ciertamente á propósito para apaciguar en el uno el mal efecto que naturalmente debió producirle la arrogancia del otro; pero vaya usted á contener el interes ó la curiosidad del público, más ó ménos numeroso, espectador de una escena que, sin saber cómo, empieza á ser dramática.

El Duque comprendió que la concurrencia estaba pendiente de la respuesta que iba á salir de sus labios, y afiló, digámoslo así, la lengua para decir lo siguiente:

—Es realmente una salida, más aún, una salida impetuosa; pero, de todos modos, señor de Lanuza, eso es herir por la espalda.

Adelantóse Miguel, acercándose al Duque, le tendió la mano, que éste se apresuró á recibir, estrechándola en la suya, miráronse ambos fijamente, y el primero dijo:

—Sentiria en el alma que permaneciera usted en error tan lamentable; por lo tanto,

le agradeceré que me proporcione una ocasion en la cual pueda convencerle de que sé herir de frente.

Inclinóse el Duque cortésmente por toda respuesta, retiraron ambos á la vez las manos, que tenian asidas, y á un mismo tiempo se volvieron la espalda.

Un rumor sordo corrió por los circunstantes, é inmediatamente se formaron dos corros, uno al rededor de Miguel, y otro al rededor del Duque.

Al primero le decian los que le cercaban:

—¡Qué incidente tan raro!

—Nunca los hemos visto á ustedes tan amigos como esta noche.

—Por supuesto, el asunto se arregla fácilmente.

—Señores, va á ser preciso cortarse la lengua, para no tener que andar á estocadas á cada momento.

—Las palabras se enredan de un modo..... y vaya V. á ver, luégo no hay más remedio que sostenerlas.

A todo esto Miguel se encogia de hombros, se sonreia y callaba.

Los que cercaban al Duque hacian poco más ó ménos los mismos comentarios.

—¡Quién habia de creer que tomáran en serio la cuestion de Francia y Prusia!

—Esto es lo que se llama un lance inesperado.

—Es cuestion de un acta honrosa, y asunto concluido.

—O de un rasguño, porque la cosa no puede pasar de primera sangre.

—Pero, Duque, ¿cómo ha sido esto?

Y el Duque decia:

—Esto ocurre con mucha frecuencia..... Las disputas son así; se siente, pero no hay más remedio..... las ofensas de los amigos son dobles ofensas.....

Entre tanto el Vizconde, semejante á una lanzadera, iba y venía de un corro á otro, llevando y trayendo lo que se hablaba en una y otra parte.

Los dos corros iban alejándose gradualmente uno de otro, moviéndose en direccion opuesta hácia los dos extremos del salon.

El corro del Duque llegó hasta la puer-

ta; allí osciló un momento y se deshizo; el Duque habia desaparecido.

No era la escena que acabo de relatar un incidente nuevo en aquel sitio; solian darse casos semejantes, y más de una vez los que habian entrado amigos cariñosos salian de allí enemigos mortales; las disputas entre los hombres empiezan por una palabra, y suelen acabar en una estocada. De la lengua á la mano hay ménos distancia de la que parece; y esta última está obligada, entre caballeros, á sostener á todo trance las locuras de la primera. La lengua es una mujer habladora, que todos llevamos en la boca, y el brazo es, digámoslo así, el hombre que responde de ella.

Una palabra imprudente puede costarnos un crímen; porque ya se sabe que del terreno de la procacidad se pasa muy fácilmente al campo del honor. El desafío es un noble recurso; entran en él dos hombres que mutuamente se han deshonrado, mutuamente insultado con hechos ó con palabras, con razon ó sin ella, y del que salen dos caballeros. Se entiende, si el lance se verifica

con espada ó con pistola, porque si es la navaja la que se desenvaina en defensa del honor ultrajado, entónces no salen del desafío más que dos barateros.

Hay la contingencia de que un hombre de bien se vea en el caso de matar á un pillo, ó de ser muerto por un tunante; pero, ¿quién se queda sin honor por una estocada ó por un balazo más ó ménos? Siempre ha sucedido lo mismo, con ligeras diferencias.

Era, pues, la cosa más natural del mundo que el Duque y Miguel, animados por el calor de la disputa, llegáran á dirigirse palabras acerbas, que una vez dichas, eran ambos demasiado valientes para que tuvieran el valor de recogerlas.

En resúmen, y despues de los comentarios propios del suceso, la opinion pública allí reunida convino en que el lance era inevitable.

Luégo que Miguel se vió desembarazado de los amigos que le rodeaban, se le acercó el General á quien hemos conocido ligeramente en la platea de la Marquesa, en ocasion en que Lanuza hablaba con el Coman-

dante de navío, el marino consignatario de la triple alianza; y el General, aprovechando un momento oportuno, se inclinó al oido de Miguel y le dijo en voz baja algunas palabras, á las que contestó poniendo la mano sobre el hombro del Comandante de navío, el cual hizo un movimiento de cabeza en señal de asentimiento.

Pocos minutos despues se hallaban reunidos en un gabinete de la misma casa cuatro personas, que, nombradas por su órden, eran : el General, el Director de *El Oriente*, que habia sido testigo de la escena, el marino y un tal Ponce, jugador muy hábil y espadachin consumado.

Los dos primeros eran los testigos del Duque; los dos segundos eran los dos testigos de Lanuza.

El General abrió la discusion, diciendo :

—Señores : Lanuza ha provocado duramente al Duque, y mi compañero y yo nos vemos en la sensible é imperiosa necesidad de pedir una retractacion completa y terminante.

El Director de *El Oriente* anotó lo dicho por el General, añadiendo :

—Ése es nuestro encargo.

Ponce movió la cabeza en señal negativa, y el marino, soplando fuertemente como para hinchar las velas de su elocuencia, dijo con voz bronca:

—Veo que plantean ustedes la cuestion en un terreno inadmisible; se nos pide una retractacion, cuando precisamente nosotros venimos á exigirla. Esto es dar fondo en el arrecife, encallar á la primera embestida. Colocados en esta situacion, no hay más que hablar; el asunto está resuelto.

—Discutamos, no obstante, advirtió el Director del periódico con toda la gravedad de un hombre de razon. La discusion es la luz. He presenciado la escena y he sido testigo de la disputa; he asistido al debate, y declaro, afirmo, confieso y reconozco que la razon está de parte del Duque. Señores: Francia es una nacion de primer órden, nos unen á ella relaciones amistosas, relaciones de vecindad y hasta de doble parentesco. No hay que darle vueltas; desde que Luis XIV pronunció la famosa frase: «Ya no hay Pirineos», los Pirineos desaparecie-

ron. Nos une á Francia la geografía, la historia y la familia. La geografía, porque vivimos pared por medio; la historia, porque pertenecemos á la misma raza, á la raza latina; la familia, porque, sean las que quieran las irreflexivas prevenciones contra el Emperador, la Emperatriz es, al fin, española; pero nos une más todavía á Francia: nos une la civilizacion; de ella recibimos la ciencia, en Renan, por ejemplo; la literatura en Sué, en Soulié; las artes..... en todo. Pensamos á la francesa, hablamos á la francesa, comemos á la francesa, vivimos á la francesa. Ahora bien; insultar á Francia es insultarnos á nosotros mismos. Aquí, señores, empieza la agresion; aquí está la raíz del ultraje.

Ponce miró á su compañero, preguntándole si debia apretar ó aflojar, y una seña expresiva del marino lo sacó de la duda. Entónces dijo:

—Señores: éste es un albur como otro cualquiera. Las dos cartas no pueden venir á un tiempo, y unos y otros queremos que sea la nuestra la que se lleve el dinero; por

consiguiente, no veo más remedio que andar á cintarazos.

—Pero bien, replicó el General, ántes de llegar á ese término debemos fijar bien el punto. Sepamos, pues: ¿la provocacion de dónde arranca?

—Arranca, contestó el marino, de estas palabras del Duque: «Insulta V. inconsideradamente á una nacion que no le oye.» Esto fué claramente llamarle cobarde.

—No tanto, no tanto, advirtió el Director de *El Oriente*.

—Así, prosiguió el marino, lo entendimos todos, y así lo entendió Lanuza, que con la mayor compostura contestó, declarando que estaba dispuesto á dar cuenta de sus palabras á todo frances que se la pidiera.

—Ahí está el reto, exclamó el General.

—Sin duda ninguna, añadió el periodista; el reto indirecto, el reto embozado, el reto capcioso, pero el reto.

—Aun admitiendo esa apreciacion, replicó el marino, nuestro barco queda á flote; el reto va siempre detras de la provoca-

cion; luego las palabras del Duque fueron las provocadoras.

—Ademas, añadió Ponce, se recalcó diciendo: «Eso es herir por la espalda»; lo cual en toda tierra de naipes es *amarrar* á ojos vistas; en esgrima se llama eso una doble contra. Si el Duque no cede, cosa que yo le aconsejaria, el lance es inevitable.

—El Duque no puede ceder, replicó el General; ninguno de ustedes cederia en su caso.

Todos inclinaron la cabeza, confirmando las palabras del General, y el marino añadió:

—El Duque no cede, y está en su derecho; Lanuza insiste, y está en su terreno.

El Director de *El Oriente* cerró la discusion de este punto preliminar, diciendo:

—Queda resuelto que deben apelar á la suerte de las armas. Vamos á entrar en la segunda cuestion, que formularé en una pregunta: ¿Cómo consideran ustedes la mutua ofensa que entre los dos existe?

—Grave, contestó el espadachin.

—En ese caso, añadió el periodista, el lance debe ser serio.

El General y el marino parecian preocupados; ambos, por sus respectivas profesiones, tenian el valor probado en repetidos y verdaderos peligros, y tal vez por lo mismo apreciaban más que sus compañeros la vida de un hombre. Pero ninguno de los dos queria ser el primero en atenuar la gravedad de la ofensa, para proponer un encuentro á primera sangre; y hé aquí á dos hombres de cierta rectitud, arrastrados por la idea de un falso honor, dispuestos á ser testigos de un lance sangriento, que por la futilidad del motivo repugnaba á sus conciencias.

Sin duda alguna esto pensaba el General, sin atreverse á romper el silencio.

En cuanto al marino, tal vez otra idea lo impulsára á pensar de la misma manera; el Duque por una parte y Miguel por otra eran los dos temibles rivales que cerraban el paso á sus pretensiones acerca de la criolla, porque, á pesar de todo, él continuaba pensando en Mercedes, como Colon pensaba en la India. Estos dos rivales le hacian un gran papel, pues, segun su cálculo, se destruian el uno al otro. Si uno de los dos faltase, el

que quedára dueño del campo cargaria con el santo y la limosna, y adios toda esperanza. Le convenia, pues, un lance sin sérias consecuencias, para que aquella situacion continuára, único camino que veia abierto á sus deseos. En una palabra, le tenía más miedo á un rival solo que á dos rivales.

Sin embargo, fué el General el que se decidió á poner las cosas en mejor terreno, diciendo bruscamente:

—Señores: ni la ofensa es grave, ni el lance debe pasar de los límites regulares; el que se juega su vida sin razon bastante para sacrificarla es un loco; el que se juega la vida de otro es un malvado; no son ellos los jueces de este pleito, somos nosotros.

—Muy bien, se apresuró á decir el marino; eso es muy razonable, y creo que todos estarémos conformes.

—Conformes, dijeron á la vez el espadachin y el periodista.

—¿Armas?..... preguntó el General.

—La espada, contestó el marino.

—Bien..... añadió el primero; los dos son

buenos tiradores, probarán su destreza, y asunto concluido.

—¿Hora?..... preguntó á su vez el Director de *El Oriente*.

—Ya son las cuatro de la madrugada, advirtió Ponce, y no debemos perder tiempo.

—El Duque, replicó el General, necesita algunas horas ántes de ir al terreno.

—Pues á mí, añadió el marino, me consta que Lanuza no tiene prisa.

—Entónces, mañana á las siete.

—Sitio.

El jugador lo designó, diciendo:

—Acabo de comprar una pequeña quinta más acá de Carabanchel de Abajo, y podrán batirse muy bien en el parque; hay un sitio excelente.

Los cuatro testigos se separaron con los semblantes risueños y las conciencias tranquilas.

# CAPÍTULO XI.

Datos indispensables para llegar al capítulo siguiente.

Habia sido demasiado público el suceso para que las cien trompas de la fama no extendieran la noticia por todas partes. Cada uno referia el hecho á su modo, y la opinion pública, dividida y subdividida, se inclinaba á la vez á cuatro pareceres distintos.

*Primero.* El Duque ha estado en su derecho defendiendo á una nacion vecina y amiga. Lanuza estuvo muy inconveniente.

*Segundo.* Lanuza no provocaba á nadie hablando de Francia..... con franqueza..... El Duque no es frances, y por lo tanto, lo que ha hecho es una insigne quijotada.

*Tercero.* ¡Qué par de badulaques! Mire usted que ir á romperse el bautismo por si Francia es así ó de otra manera, es cuanto

se me ocurre; los dos merecen tirar de una noria.

*Cuarto.* Son dos caballeros, que tienen el sentimiento de su dignidad. Dos hombres de corazon, que saben sostener lo que dicen y que no excusan un lance de honor cuando se les viene á las manos.

De estos cuatro pareceres nacian otros cuatro, á saber:

«Deben darse explicaciones, y tan amigos como ántes.»

«¡Ca! Deben batirse, porque no hay explicaciones posibles.»

«Un duelo á primera sangre; éste es el caso en que se encuentran.»

«No, no; la cosa es grave y deben batirse formalmente.»

Vaya V., pues, á echarle guindas á la tarasca de la opinion pública.

Estaba en su despacho Redondo, muy satisfecho; tal vez riyéndose interiormente del chasco que le habia jugado al bribon de Agudo, quitándole cincuenta mil duros de una mano á otra, cuando llegó á sus oidos la noticia del lance, y dando una vigorosa pal-

mada sobre la mesa, se puso de pié, exclamando:

—¡Demonio!.....

Matusalem entre tanto se atusaba tranquilamente sus perfumadas patillas, asomando á la luna del espejo su carilla de víbora, y echaba sus cuentas de este modo:

—La Marquesa está decididamente entre mis manos. Su instinto de mujer ha presentido un choque entre Miguel y el Duque, y se estremece ante la idea de una estocada un poco profunda, sea el que quiera el pecho que la reciba; porque se ha obstinado en que ama á Miguel y está plenamente persuadida de que quiere á su hermano..... El conflicto ha de sobrevenir, y es claro que no sobrevendrá hasta que ambos rivales encuentren una ocasion de armar camorra que aleje toda sospecha de que hay por medio trescientos mil duros de renta. Dos caballeros como ellos no habian de ir á cruzar sus nobles espadas por un miserable puñado de oro. Pues bien, sobreviene el caso previsto, y yo, inevitablemente, soy uno de los testigos de Miguel; esto es de cajon y aquí está mi jugada.

Y como si hablára con otra persona, añadia:

—Señora Marquesa, ha llegado el momento crítico. Hay un lance pendiente, y mi intervencion en el asunto puede inclinar la balanza al lado favorable ó al lado adverso; elija V., por última vez, la paz ó la guerra. Creo, seguia diciendo para sí, que elegirá la paz. Miguel tiene un año delante para pagar su deuda, y yo, con ganar el tiempo necesario para hacer mi boda, salgo del paso. ¡Oh! la criolla es una gran mujer. Vamos, la Marquesa es mia.

Dicho esto, se apartó del espejo y cogió un periódico; y ¿qué periódico habia de ser más que *La Correspondencia*, que se encuentra en todas partes? Ojeó casi maquinalmente la primera plana, pasó á la segunda y luégo á la tercera.

De repente se detuvo y leyó lo siguiente:

«Anoche á última hora tuvo lugar en el casino una acalorada reyerta entre un distinguido personaje de la alta aristocracia y un jóven, íntimo amigo suyo, que ha viajado mucho por África, habiendo adquirido en

Argelia notables conocimientos hípicos, que le han abierto fácil acceso en los más ilustrados círculos de la córte.»

Matusalem se rascó la frente y siguió leyendo:

«Los testigos se reunieron en el acto á concertar las condiciones del lance. La version más acreditada, que recogemos á las tres de la madrugada, es que no son de temer fatales resultados, habiendo avenencia. Si la autoridad llega á tener conocimiento del caso, es posible que tome cartas en el asunto.»

Volvió Matusalem á rascarse la frente y volvió á leer los dos párrafos que he copiado, fijándose especialmente en las circunstancias de las personas, y arrojando léjos de sí el periódico, exclamó con ademan poco satisfecho:

—Ésta será una de tantas mentiras que la curiosidad pública devora porque las ve en letra de molde. Es muy posible que en el siguiente párrafo esté desmentida ó rectificada la noticia.

Y diciendo y haciendo, cogió otra vez el

periódico y se puso á buscar inútilmente, porque no encontró nada.

El hecho no era sólo posible, sino probable; los periódicos suelen tambien decir la verdad; pero áun así, un personaje de la alta aristocracia puede ser cualquiera, y por África ha viajado mucha gente, y no será un sér raro y único el que haya traido de la Argelia conocimientos hípicos.

Así discurria para desechar la sospecha, más bien el temor que habia despertado en su ánimo la noticia de *La Correspondencia*.

Mas, ya se ve, dándole vueltas al asunto, encontraba muy verosímil que el viajero por África fuera Miguel, y el personaje de la alta aristocracia fuera el Duque. Y cuanto más pensaba en ello, le parecian las señas más mortales.

Suponiendo que fuera Miguel uno de los contrincantes, ¿por qué habia de ser el otro el Duque?..... Era una maldita coincidencia que un grande de España hubiera armado camorra con un viajero que habia venido de África.

De todos modos, los párrafos de *La Cor-*

*respondencia* nublaron repentinamente el cielo de sus esperanzas, tan claro y tan sereno un momento ántes. ¡Ah! y si esta vez se le escapaba la Marquesa, era asunto perdido. Y decia, mordiéndose las uñas como si quisiera afilarlas :

—Alguna imprudencia de ese botarate ha precipitado los acontecimientos, estropeando el plan más completo que ha salido de cabeza humana. Mas, ¿cómo ha prescindido de mí..... de un amigo como yo? ¿Cómo, si esto es cierto, no soy yo su testigo? Salgamos de dudas.

Despojóse apresuradamente de la bata que lo envolvia y acabó de vestirse con una precipitacion en él inusitada, y se lanzó á la calle como el jugador que ha perdido la última apuesta; esto es, hablando solo.

Cuando averiguó la verdad de lo ocurrido, rasgó uno de sus guantes y masculló estas palabras :

—¡Combinacion maldita!..... Si esos imbéciles llegan á batirse, estoy perdido.

Veamos lo que á la vez ocurria en la casa de la criolla.

Tenía la señora de Vegahonda la tierna costumbre de asistir algunas mañanas al tocador de su hija, permaneciendo en él todo el tiempo que las doncellas invertian en aderezar y componer los magníficos cabellos de la niña.

Allí, sumergida en el seno de una butaca, contemplaba la operacion con ojos indiferentes; acurrucada á sus piés se veia á Francisca, envuelta en su capa de púrpura.

Mercedes, entre sus dos doncellas y sentada enfrente del espejo, abandonaba lánguidamente su cabeza á las hábiles manos de las diestras peinadoras. Y en efecto, el cabello dócil se dejaba manejar, formando al rededor de la frente copiosas ondas negras y brillantes como el azabache, que ensortijándose unas con otras, se escondian por detras bajo una cascada de rizos. Era un peinado de capricho sobre el tema obligado de la moda á la sazon dominante; es decir, un capricho sobre el tema de otro capricho.

La presencia de la señora de Vegahonda habia interrumpido una conversacion entablada entre las doncellas, á la que Mercedes

sólo se dignaba prestar su silencio. Al entrar la madre callaron las doncellas, más que por discrecion, por respeto; pero la señora de Vegahonda era curiosa sin duda, porque habia comprendido que averiguar lo queno nos importa es la ocupacion que ménos cansa; los oidos están siempre abiertos, de manera que ni áun tenía necesidad de tomarse el trabajo de abrirlos.

Viendo que la interrupcion producida por su presencia continuaba, dijo:

—Siga, siga; cuente eso que estaba contando.

Una de las doncellas contestó diciendo:

—Señora, son habladurías del cochero.

—Cuente, cuente.

—Pues, señora, decia que el cochero ha visto esta mañana á Fermin, el criado del señor Duque, y han charlado por los codos, y eso que Fermin iba por la calle cayéndose de sueño de resultas de no haber pegado los ojos en toda la noche. Figúrese la señora que el Duque no se ha acostado tampoco y lo ha tenido en vela.

La señora de Vegahonda arqueó las ce-

jas con expresion compasiva, miéntras la negra tenía clavados sus redondos ojos en la doncella que hablaba. Ésta prosiguió:

—Cuenta que el señor Duque se retiró muy tarde, mucho más de media noche, mucho más, y que se entró en su cuarto. Fermin lo siguió, como tiene de costumbre, para ayudarle á desnudar y recibir sus órdenes, pero dice que el señor Duque no parecia dispuesto á meterse en la cama. Vamos, no tenía sueño, y dice que empezó á dar paseos por la habitacion como un leon por la jaula, sin reparar en Fermin, que se habia quedado junto á la puerta hecho un poste. Eso estaba contando cuando entró la señora.

—Siga, siga, dijo ésta.

—Rosmunda lo sabe, contestó la doncella, mejor que yo, porque á ella se lo contaba el cochero, que es capaz de hablar lo suyo y lo ajeno. Yo no me enteré bien, porque no me gusta saber lo que no me importa.

—Rosmunda era la doncella más jóven, y por consiguiente no ménos habladora que su compañera; pero sin duda habia llegado la narracion á un punto difícil, peligroso,

pues ninguna de las dos se atrevia á seguir el relato. Así es que Rosmunda trató de excusarse, diciendo:

—Yo he oido al cochero como quien oye llover. Es una taravilla, que habla más que un sacamuelas, y hace unos arcos de iglesia que parece que el mundo se viene abajo. Ademas, yo creo que esta mañana estaba algo bebido, y vaya V. á ponerle puertas al campo..... él desbarra siempre; con que.....

Mercedes la interrumpió, diciendo:

—Bien, contadlo una, y sea lo que quiera.

Ambas doncellas se miraron indecisas; mas la señora de Vegahonda las sacó de la indecision, exclamando:

—Ea, cuente, Rosmunda, cuente.

Rosmunda no tuvo más remedio que bajar la cabeza y obedecer, hablando de esta manera.

—Pues el cochero dice que Fermin le contó, *c* por *b*, que el señor Duque iba de una pared á otra dando unos pasos muy largos con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza baja..... Que de pronto se paró delante de..... no me acuerdo cómo se llama.

—¿De Fermin? dijo la otra doncella.

—No, no; no es hombre, es un mueble, y aunque lo mismo da, no es lo mismo; se llama..... lo tengo en la punta de la lengua y es cosa de secreto.

—*¿Secreter?*

—Justo, eso es; ese nombre siempre se me olvida. Pues, como digo, se paró de pronto delante de su *secreter* y lo abrió; sacó de él un paquete y lo puso sobre la chimenea, mirándolo como si tuviera miedo de abrirlo.

Aquí se detuvo Rosmunda como el que va por un camino y llega á un mal paso; mas Mercedes la aguijoneó, diciendo:

—Adelante, adelante.

—Es que ahora empiezan las mentiras de Fermin y las mentiras del cochero. ¿Quién va á creer lo que ellos dicen? Cuentan esos habladores, es decir, cuenta el cochero hablando por boca de ganso, que el señor Duque, de pié delante de la chimenea, abrió el paquete, que se deshizo en otros tres paquetes más pequeños, y que cogiendo el primero, leyó: «Emilia»; y que luégo dijo: «Mi primera aventura; ¡pobre Emilia!..... Pero bah, en-

gatusamos á un pobre viejo medianamente rico, que cargó con ella. ¡Cuántas veces nos hemos reido del infeliz pelele!» A todo esto, Fermin allí como un poste enterándose de todo..... ¿Se puede creer eso? Pues dice que el Duque suspiró, y desatando el paquete, que se componia de cartas, las fué echando una á una en la chimenea, entreteniéndose en ver las llamas que iban levantando. Dice que luégo desató otro paquete y que dijo: «Ines; ésta valia mucho; me hizo pasar ratos muy felices..... pero me cansé de ser dichoso y todo acabó.» Y lo mismo que ántes, desató el paquete y empezó á echar cartas en la chimenea hasta que no quedó ninguna. Y á todo esto Fermin allí pegado al quicio de la puerta, hecho una estatua. Vamos al tercer paquete. El señor Duque lo desató como los otros, pero no eran cartas lo que contenia.

—¿Qué era? preguntó la señora de Vegahonda.

—Señora, segun dice el cochero que le ha dicho Fermin, contenia un pañuelo muy fino con encajes, y mire V. qué casualidad,

Fermin vió en el pañuelo dos manchas..... porque..... esto sí que es increible, el pañuelo estaba sucio. Pero hay más: dice el cochero que dice Fermin que las manchas no eran pequeñas y parecian de sangre. Desatinos. Esos gaznápiros no saben lo que se pescan. Pues bien, dentro de los dobleces del pañuelo habia otra cosa envuelta en un papel, que el señor Duque desdobló, sacando un rizo de pelo rubio lo mismo que el oro, y que al salir se ensortijó como una culebra, y Fermin oyó que el Duque decia: «Restos de las tres mujeres más hermosas que he conocido, y esta última la más hermosa de las tres; la más difícil y la que me va á costar más cara.» Y dice el cochero que dice Fermin que el señor Duque arrojó el pañuelo á la chimenea, y luégo echó el rizo, que se inflamó como si fuera pólvora.

La señora de Vegahonda dijo:

—Mire, Rosmunda, todo eso no son más que chismes de criados, que no nos importan.

—Eso mismo digo yo, señora; pero ahora entra lo bueno.

—¡Lo bueno! exclamó la señora. Cuente, cuente.

—Dicen que el señor Duque tuvo anoche una disputa muy acalorada en el casino con el Sr. de Lanuza, y que tiene un desafío pendiente.

—¡Un desafío! exclamó la madre de Mercedes. ¡Qué locura! Se van á cansar, y miren para qué, para matarse. Niña, dígale al Duque que no haga tal cosa.

Francisca, que habia oido sin pestañear el relato de las doncellas, volvió los ojos á Mercedes cuando su madre la dirigia la palabra, y al pronunciar las últimas frases, alzó las manos unidas como en ademan suplicante. Nadie notó esta circunstancia.

Mercedes, sin dejar de consultar con el espejo el efecto de su peinado ya concluido, contestó á su madre:

—Yo no debo meterme en esos asuntos; los desafíos son cosas de hombres, que ellos arreglan, y en las que no nos es permitido mezclarnos.

—Pero mire, niña, replicó la madre; en los desafíos se matan los hombres; y ya ve,

si no hay quien les diga á esos locos que tengan juicio, harán una barrabasada..... ¡ay qué fatiga de desafíos!..... Tu padre tuvo uno, y mire, volvió á casa muerto.

—¡Muerto! exclamaron á la vez las dos doncellas.

—Muerto, repitió la señora de Vegahonda, muerto. Imagínense que volvió á casa despues de andar dos leguas á caballo; miren si no vendria muerto de fatiga.

Las doncellas no se atrevieron á reirse, y no hicieron más que dejar aparecer la sonrisa en el borde de los labios. La señora siguió diciendo :

—Vamos, niña, escríbale al Duque, y dígale que no sea tarambana.

—¡Mamá! exclamó la criolla; ¡dice V. cosas inauditas! ¡Yo escribir al Duque! ¡y con ese motivo!..... ¡Qué locura!

La negra apartó los ojos, volviéndolos hácia la señora de Vegahonda, en cuyo rostro clavó la mirada, para lo que tuvo que levantar la cabeza, de manera que miraba á su ama con la misma expresion y la misma actitud del que mira al cielo. Ésta se tomó

el tiempo necesario para pensar lo que quería decir, y al fin resolvió la dificultad de esta manera:

—Bien, niña, eso está muy bien; pero escriba la carta y yo la firmaré.

Encogióse de hombros la criolla al oir la salida de su madre, mas no opuso resistencia, y acercándose al precioso velador de palo santo, en el que habia recado de escribir, se sentó, y tomando la pluma, dijo:

—Dicte V.

—Dígale lo que quiera, respondió la madre.

—Yo no tengo nada que decirle.

—Pues bien, ponga: «Señor Duque: Hemos sabido que tiene V. un desafío.»

—Mamá, advirtió Mercedes, es V. sola la que escribe.

—Bueno, niña, bueno; póngalo á su gusto.

—Ya está: «He sabido que tiene V. un desafío.»

—¡Eso es!..... ahora dígale que es una locura que..... ¿entiende?..... En fin, ya sabe lo que ha de decirle.

Mercedes trazó rápidamente sobre el papel cuatro ó cinco renglones, que despues leyó á su madre, en los que habia escrito lo siguiente:

«Duque: He sabido que tiene V. un desafío, y es una locura. Le suplico que desista de semejante empeño, porque cualquiera desgracia será muy sensible, y despues de todo, inútil. Si me complace en esto, se lo estimará mucho su afectuosa y buena amiga, Q. B. S. M.»

—¡Ajajá! exclamó la indolente señora, incorporándose y tomando la pluma que su hija la presentaba; no se puede decir más en ménos palabras. «Cualquiera desgracia será muy sensible», es claro; «y despues de todo, inútil.» Justo; porque, ¿á qué conduce esa locura?

Hablaba así apoyando la carta en las rodillas y arrastrando la pluma sobre el papel, como arrastra los piés un viejo. Las letras desiguales, echándose unas sobre otras, iban apareciendo laboriosamente, hasta que completaron la firma, cuya rúbrica era una especie de círculo colgado de la última letra.

Firmada la carta, Mercedes la encerró en un sobre, puso en él el nombre de la persona á quien iba dirigida, y se la entregó á su madre.

Ésta dijo:

—Tome, Francisca; que la lleven al instante.

La negra se puso en pié de un salto, y salió del tocador como una flecha, miéntras Mercedes decia:

—No se puede hacer más en este asunto.

Tal fué el efecto que produjo en casa de las señoras de Vegahonda la noticia del desafío entre Lanuza y el Duque.

El rumor del suceso, extendido por todos los círculos de la buena sociedad, penetró tambien en casa de la Marquesa, y Luisa, trémula de espanto, indignada y afligida, comprendió que habia llegado el momento de la catástrofe. No se le ocultaba que la disputa suscitada en el casino era valor entendido entre ambos para ocultar la verdadera causa que ponia al uno enfrente del otro, resueltos á matarse; y comprendió con desesperada angustia que era imposible evi-

tarlo; y maldijo á la criolla con todo su corazon, con toda su alma; es decir, con todo su dolor. Y estuvo á punto de maldecir el amor que habia sentido por Miguel; mas una noble debilidad de su corazon le decia que no podia maldecirlo.

Veia con horrible claridad la muerte de uno de los dos, y se atormentaba pensando que, fuera el que quisiera el que resultase vencido, la espada iria á clavarse en mitad de su corazon. No sabía optar entre Miguel y su hermano, y se horrorizaba en lo íntimo de su alma presintiendo que aborreceria al vencedor, cualquiera que él fuese.

Los contemplaba uno enfrente de otro, cruzadas las armas, con las bocas desdeñosas y las miradas inflamadas, erguidas las frentes, prontos á herirse, y no sabía á cuál dirigirse; no sabía qué pecho cubrir con su pecho, qué vida salvar con su vida. La sangre que corria por sus venas la arrastraba hácia su hermano; la sangre que circulaba por su alma la empujaba hácia Miguel, porque el amor es la sangre del alma.

Si hubiera tenido en su mano poder bas-

tante para dirigir los golpes ó pararlos, ¿á quién hubiera protegido? ¿A qué parte se hubiera inclinado la balanza de su corazon?..... Sólo Dios lo sabe; pero tal vez hubiera preferido ver á Miguel muerto que verlo matador de su hermano. Bien pudiera ser que fuera para su alma más consoladora la idea de llorarle que la idea de aborrecerle.

En el momento en que nosotros la encontramos, acababa de desechar sucesivamente sus dos últimos recursos, no tanto porque fueran inútiles, cuanto porque no podia pensar en ellos sin profunda repugnancia; y en medio de la agitacion de su espíritu, se complacia en convencerse de que era ya demasiado tarde para emplearlos.

«Los hombres, decia, han inventado un honor muy cruel, ante el cual todo lo sacrifican. No hay súplicas, no hay lágrimas, no hay vínculos ni afectos, cuando creen que ese honor feroz los llama; pedirles que renuncien á ese maldito duelo, sería pedirles un imposible. Nadie puede ya evitarlo, ni el infame autor de tanta desgracia. ¡Hombre execrable! ¡Oh, qué fácilmente se hace el

mal, y cuántas dificultades encuentra el bien en la tierra!»

Puesta su imaginacion en el término fatal del suceso, lo afrontó con suprema arrogancia, porque las almas bien templadas encuentran en el exceso del infortunio el exceso del valor; y como si concibiera una idea repentina, hizo venir á su doncella, y en medio minuto puso en movimiento á todos los criados de la casa. Todos salieron, tomando diferentes direcciones, y llevaban el mismo encargo, á saber : buscar al General y decirle que la Marquesa necesitaba verle inmediatamente. Como á aquella hora podia ya haber salido de su casa, Luisa mandó un criado á cada uno de los sitios en que pudiera encontrarse. De este modo consiguió que ántes de media hora el General se hallára en su presencia.

Al verlo entrar, le dijo :

—Lo sé todo.

—Señora..... empezó á decir el General; mas ella lo interrumpió, añadiendo :

—He dicho mal; no lo sé todo; me falta saber la hora y el sitio; es lo único que ignoro.

—Esos son detalles insignificantes, le advirtió el General con afectuoso ademan. En cualquier sitio y á cualquiera hora que se verifique el encuentro, no pasará de ser una ligera escaramuza. La cosa no merece más; ambos son diestros, y el lance será más airoso que terrible, del cual espero tres cosas: un rasguño, un abrazo y un almuerzo.

—En ese caso, se apresuró á decir la Marquesa, ya sé más de lo que sabía; el almuerzo me induce á creer que el lance se verificará por la mañana. Ahora V. me dirá el sitio.

—Marquesa, replicó el General, no sé mentir.

—Por eso, amigo mio, se lo pregunto á usted.

—¿Y qué tranquilidad puede conseguir con el conocimiento de semejante detalle?

—No sé, contestó ella; pero V., tan bondadoso siempre conmigo, no dejará de serlo ahora.

—Marquesa, es un capricho.

—¡Ay, General! le juro á V. que será el último.

El General reflexionó un momento, al cabo del que preguntó:

—¿Tiene V. en mí confianza, señora?

—Mucha, contestó ella.

—Entónces.....

—No importa, replicó la Marquesa; ¿por qué no he de saber yo el sitio donde van á batirse? ¿Qué inconveniente hay en esto?

—Hay uno, señora.

—¿Cuál?

—Que yo no puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Porque hemos convenido guardar acerca de ese punto rigoroso secreto.

—Bien, añadió la Marquesa, no insisto; renuncio á mi capricho; guarde V., General, fielmente su secreto.

—Marquesa, exclamó éste, vivamente contrariado y hasta casi afligido, comprenda usted mi situacion.

—La comprendo perfectamente, y hago completa justicia á su delicadeza. General, no ha perdido V. nada en mi estimacion.

Y diciendo esto le tendió la mano, que el General estrechó entre las suyas.

Poco despues se separaron.

Al verse sola la Marquesa, cayó de nuevo en el abatimiento. Todo volvió á oscurecerse delante de sus ojos. Irritada contra su propia impotencia, se revolvia contra sí misma; contra la tierra, que soportaba tanta infamia, contra el cielo, que la consentia.

Sin embargo, un resto de esperanza se agitaba en el fondo de su atribulado pensamiento.

No era la Marquesa mujer que cedia fácilmente en sus empeños; en toda empresa le gustaba quemar hasta el último cartucho, y en aquellos asuntos, que interesaban á su corazon, no solamente era heroica, sino temeraria.

Hizo subir al cochero, que sorprendido entró por primera vez en el gabinete reservado de la señora, en el que recibió una órden breve y terminante, que debió sorprenderle, pues salió encogiéndose de hombros, como quien no acierta á explicarse lo que acaban de decirle.

Despues hizo entrar á un criado de toda su confianza, con el cual tuvo una breve

conferencia, durante la que sólo ella hablaba y el criado oia respetuosamente, inclinando de vez en cuando la cabeza en señal de asentimiento y de inteligencia.

Luégo lo despidió, y sentándose con el abandono del que acaba de hacer un largo viaje, exclamó:

—Verémos..... verémos.

Volvamos á Redondo, á quien dejamos con la exclamacion en la boca, sobrecogido de asombro, y áun de espanto, ante la noticia de un duelo entre Lanuza y el Duque. Era un incidente que no habia precavido su penetracion, que se habia escapado á su perspicuidad; en fin, un suceso que habia estado fuera de su alcance.

Es verdad que la cosa no podia pasar de un lance ordinario, de un arañazo más ó ménos profundo, que pusiera á salvo el honor de entrambos; mas, una vez en guardia y cruzados los aceros, vaya V. á decirles á las espadas que se detengan en el límite en que empieza la vida. Era una situacion desesperante para el afortunado banquero, y no daba dos cuartos por los noventa mil duros

que tan generosamente habia facilitado á Lanuza; y trinaba, considerando que á aquella misma hora Agudo estaria desternillándose de risa.

Su primera idea fué impedir el lance, aplazarlo siquiera por un año, despues del que podian matarse de la manera que tuvieran por conveniente. En su concepto, Lanuza era un mal caballero, pues no podia aceptar un lance de honor debiendo la friolera de dos millones de reales, que, en el caso probable de serle adversa la suerte, se irian con él á la sepultura. Era una estafa, un robo que la ley no tenía previsto, y Redondo ponia el grito en el cielo contra las leyes, que permiten que pueda morir un hombre aunque deba dos millones y no deje con qué pagarlos.

En aquel momento vió que la sociedad se halla desquiciada, que los más legítimos intereses están desamparados, que el mundo está perdido, puesto que se pueden robar honradamente dos millones de reales sin ganzúa y sin trabuco.

Bramaba contra la sociedad, y maldecia

el ruin honor de los lances de honor. Estaba inspirado, elocuente, como que la respetable cantidad de cien mil duros hablaba por su boca.

Despues de desahogar su cólera en las más razonables reflexiones, dejó las palabras y apeló á las obras. No era cosa de dejarse arrebatar tan apetecible suma de una mano á otra. Buscó á Miguel, sin poder encontrarle; parecia que se lo habia tragado la tierra. Buscó al Duque, decidido á demostrarle que semejante duelo era absurdo, que no hay nada más noble ni más heroico que el perdon de las ofensas, y en último resultado, que siendo el caso inevitable, debia dejarse matar por su adversario, única manera de librarse de crueles remordimientos; pero tampoco pudo dar con el Duque, y entónces apeló á los testigos.

Los vió uno á uno, agotó con ellos los recursos de su persuasion, habló del duelo con profundo desprecio; les dijo que era una cobardía, un crímen, el único crímen para el cual se buscan testigos y se encuentran. Les habló en nombre de la familia, en nom-

bre de la sociedad, en nombre de la virtud, en nombre de la religion; mas todos sus esfuerzos fueron inútiles. Los cuatro testigos sucesivamente lo oyeron, con asombro primero, despues con benevolencia, y últimamente con asentimiento, pero ninguno de ellos le hizo caso.

Entónces concibió una idea feliz; buscó á la autoridad, y pásmense ustedes, la encontró; pero ¡ah! no se pasmen; porque á las autoridades las encuentran siempre los banqueros. ¿A qué puerta llamará un bolsillo lleno, que no se abra de par en par? El Gobernador civil lo recibió en el acto con todas las muestras de la más favorable acogida.

Redondo queria que la autoridad impidiera la consumacion de aquel desafío desastroso.

—Es muy difícil, le contestó el Gobernador.

—Es muy fácil, replicó el banquero.

—¿Cómo? preguntó el uno.

—Prendiéndolos, contestó el otro.

—No se puede prender así, con la facili-

dad que V. se imagina. Se trata de un duelo; la autoridad no sabe nada, porque hay una porcion de cosas que las autoridades no deben saberlas.

—¡Ah! exclamó Redondo; si se tratára de una lucha electoral, serian ustedes capaces de prender á medio mundo.

—No obstante, replicó la autoridad, en obsequio á V. haré todo lo posible por impedir ese lance.

Al salir á la calle, y en el momento en que iba á subir á su coche, se encontró con Matusalem, y ambos se quedaron mirando atentamente. El último rompió el silencio, diciendo:

—Hay que impedir el duelo.

—¿Cómo? preguntó el banquero.

—Vamos á combinarlo, contestó Matusalem.

Y sin más ceremonia, metióse en el coche de Redondo.

Siguióle el banquero, diciéndole al lacayo: «A casa»; y los caballos partieron al gran trote.

Redondo se irritaba ante la idea de per-

der dos millones, y se confesaba á sí mismo que no podria soportar las carcajadas con que el bribon de Agudo celebraria el suceso.

Matusalem, por su parte, no podia resignarse á perder así de golpe toda esperanza á la mano de la Marquesa, precisamente cuando todas las circunstancias parecian encaminadas en favor de su proyecto.

Estos dos corazones sensibles, movidos por un mismo resorte, por el resorte de la codicia, de la codicia que tienen muchos, iban á combinar la mejor manera de impedir aquel desafío, en el que cada uno de ellos tenía su parte.

¿Lo conseguirán?

En el capítulo siguiente lo verémos.

# CAPÍTULO XII.

## La quinta de Ponce.

Ya sabemos que el sitio convenido por los testigos para que se llevára á cabo el lance entre el Duque y Lanuza era la quinta de Ponce; lugar excelente para el caso, pues á cubierto de toda impertinente curiosidad y de todo otro contratiempo, podian matarse cómodamente, sin que nadie fuera á interrumpirlos. Allí, bien bajo las copas de los árboles que sombreaban el parque, bien en cualquiera de los terraplenes del jardin, bajo la bóveda del cielo, bien en la sala principal del edificio, bastante espaciosa para contener dos hombres frente á frente y espada en mano sériamente empeñados en buscarse el camino del corazon; con sus cuatro testigos, honrados por supuesto, indispensables para

dar despues testimonio de que el ménos diestro ó ménos afortunado, en cuyo pecho acertára á penetrar la espada del contrario, habia muerto en regla; circunstancia precisa para tranquilizar todas las conciencias, inclusa la del matador, y tambien sin duda para evitar la contingencia de que el muerto, dudoso acerca de la realidad de su suerte, se empeñára en rematar por pura atasquería; hallaban, digo, sitios diferentes donde elegir terreno á gusto de los consumidores. No es poca ventaja poderse matar á gusto, con toda comodidad, con toda tranquilidad, con toda conciencia, sin sobresalto y sin prisa.

No siempre se logran estas conveniencias; de manera que el duelo presentaba, digámoslo así, un aspecto risueño, favorecido por las más felices circunstancias.

La cuestion se habia suscitado tan naturalmente, tan casualmente, tan públicamente, que á nadie le ocurrió la sospecha de que semejante disputa fuera valor entendido, pues aunque parecian rivales respecto á la criolla, eran los dos hombres de bastante mundo para no entenderse en esa materia. Habia

ademas quien creia y aseguraba que las pretensiones de Lanuza para con la Vírgen América eran inspiradas por el mismo Duque, que se valia de ese medio buscando ocasion de romper el compromiso. Otros, pensando lo mismo, sacaban distinta consecuencia. No pudiendo convenir en que el Duque por una mujer más ó ménos renunciára á la pingüe felicidad de trescientos mil duros de renta, creian que en efecto Lanuza hacia la córte á Mercedes por inspiracion del Duque, mas esto era porque queria probarla ántes de casarse con ella.

A nadie, pues, le ocurrió que fuera la criolla la causa verdadera de aquel lance tan natural, tan casual y tan público. Solamente Ponce, que sabía perfectamente cómo puede estar una carta en puerta y venir otra, hubo de pensar que en aquello podia haber algun *embuchado*; mas como él no tallaba, se guardó su sospecha y dejó correr el naipe.

Por esta parte, el proyecto habia salido á pedir de boca; todo resultaba de un acaloramiento, que iba á ceder inmediatamente á beneficio de una ligera sangría.

Respecto á los testigos, no habia nada que decir; eran cuatro caballeros: un general, un marino, un periodista y un jugador; esto es, el ejército y la armada, la política y la banca. La sociedad entera, porque fuera de un general que pueda rebelarse, de un marino que pueda envilecerse, de un periodista que venda la doble mercancía de sus dicterios y de sus alabanzas, y de un jugador que tiene en los naipes el secreto de las fortunas ajenas, no hay en la sociedad presente nada que merezca el respeto que se tributa á los generales perjuros, á los marinos traidores, á los periodistas venales y á los jugadores tramposos.

Eran, pues, testigos del lance cuatro personas respetables, que representaban las cuatro clases ó las cuatro especies triunfantes de la dichosa sociedad en que hemos nacido. Es cierto que el general no se habia sublevado más que una vez y que el marino áun no se habia envilecido con ninguna traicion insigne, pero la consideracion pública los seguia á todas partes, como un homenaje anticipado á sus futuras hazañas.

En cuanto al director de *El Oriente*, gozaba del favor de los ministros, poseia por juro de heredad asiento preferente, grátis por supuesto, en todos los teatros y espectáculos públicos. No se estrenaba café ni se abria fonda que no lo invitára á probar *gratis et amore* las primicias de la nueva cocina y de la flamante repostería, en cambio de las alabanzas del dia siguiente. Entraba en los ministerios como Pedro por su calle, y el santuario mismo de las leyes era para él tierra conquistada. Con la llave maestra de su periódico forzaba todas las puertas. Los salones particulares le dispensaban la más sincera acogida, porque en cincuenta renglones de detestable prosa podia poner un prendido, una hermosura ó una fiesta entera á los piés de los caballos ó en los cuernos de la luna. Abierta en su mano diariamente la navaja de la publicidad, cobraba el barato indistintamente en el juego de la política, en el juego de los negocios y en el juego de los placeres. En fin, su cabeza, vacía de todo lastre, le daba por la ley física de su propia imponderabilidad la aptitud necesaria para elevarse á las primeras

dignidades del Estado. Era, pues, todo un personaje.

Ponce ocupaba dignamente el puesto que la celebridad le habia designado, y mantenia vivo el fuego sagrado de su fama con el activo combustible de todo género de prodigalidades. Su bolsillo tenía dos agujeros: uno por el que entraban las ganancias, y otro por el que salian los despilfarros. Si alguna vez su destreza en el manejo de los naipes y en las cábalas del juego le hacian traicion descubriendo algo de las misteriosas combinaciones de su suerte, pronto detenia las murmuraciones, pues con una comida espléndida tapaba á la vez todas las bocas. Era un tahur generoso, y por lo tanto, un tahur respetable. Si ganaba mal, en cambio gastaba bien, y váyase lo uno por lo otro.

Realmente la consideracion que se le dispensaba no podia ser más legítima. En una época en que la ley absoluta de toda moral es el éxito, no hay más divinidad que la fortuna.

Como hemos visto, los cuatro testigos eran cuatro caballeros de los más principales que

pueden encontrarse en la sociedad presente, y es claro que bajo semejante patrocinio, cualquiera puede matarse con otro honradamente.

La causa visible de la disputa daba tambien al suceso cierta grandeza. Entre los diversos acontecimientos que amenazaban interrumpir sériamente la felicidad que á la sazon disfrutábamos, ninguno presentaba proporciones tan graves y tan inminentes como el rompimiento entre Francia y Prusia; y el lance entre Miguel y el Duque era cuando ménos advertir á las dos grandes potencias, temerosas de venir á las manos, cómo se arreglan los asuntos entre dos naciones amigas.

Por último, el lugar elegido para averiguar definitivamente de parte de quién estaba la razon, daba, digámoslo así, amenidad al caso, ofreciéndose á la vez para teatro del combate, la pacífica soledad del parque, las risueñas calles del jardin y las tapizadas paredes de la sala principal del edificio.

La cita se habia fijado á las siete de la mañana, hora en que debian reunirse en la

quinta los reos y los cómplices; esto es, los desafiados y los testigos.

Antes de las siete sonó inesperadamente para los habitantes de la quinta la campana, anunciando que álguien con más prisa de la ordinaria queria entrar; acudió el jardinero, cuya cara mitad desempeñaba las funciones de portera, y en aquel momento se hallaba en la cama enferma, no tan enferma que no pudiera levantarse, pero sí lo suficiente para no hacerlo tan temprano en aquella mañana de frio, á la hora en que empezaba el sol á teñir de cárdenos matices los primeros celajes que encontraba al paso.

Al traves de los hierros de la gran verja, vió el jardinero un coche parado delante de la puerta y un lacayo desconocido, que áun tenía asido el extremo de la cadena, con cuya intervencion habia hecho sonar la campana. No era el coche del dueño de la quinta, ni era aquél su lacayo, ni aquellos caballos eran los suyos, ni aquella hora podia ser de nadie. Así es que en vez de abrir la puerta abrió la boca, diciendo:

—Señores, ¿qué se ofrece?

Entónces vió caer el vidrio del coche y asomar por la ventanilla una cabeza, cuya cara, envuelta en los dobles pliegues de una bufanda roja y blanca, sólo descubria el espacio que media entre la mitad de la frente y la mitad de la nariz, es decir, un par de cejas algo atrevidas y un par de ojos medio dormidos. Debajo de la bufanda habia una boca, cuya lengua pronunció estas palabras:

—Abra V., abra V. pronto.

Al oirlas se descubrió el jardinero, arrancando de su cabeza la gorra de piel de conejo con que se abrigaba hasta las orejas, y colocándosela debajo del brazo, corrió el pasador, que rechinó ásperamente, y la verja, partiéndose en dos mitades iguales, se abrió lentamente, haciendo resistencia á los esfuerzos del jardinero, como si le costára trabajo abrirse.

Entró el coche adelantándose por la ancha calle de árboles que conducia á la casa, al pié de cuya escalinata se detuvo miéntras la persona encargada de cuidar el edificio abria la puerta.

Ponce fué el primero que salió del coche, siguiólo el marino y despues Guillen, y por último, Miguel dejó ver su airosa persona. Entraron en la casa silenciosos, y Ponce los condujo á un gabinete, haciendo encender la chimenea. El marino llevaba debajo de la capa dos espadas de combate, que colocó sobre un sofá, miéntras Guillen puso sobre la chimenea un pequeño estuche que debia contener instrumentos de cirugía, y ademas un paquete de hilas, vendas y apósitos.

Habria sido cosa digna de curiosidad y de interes una conversacion íntima entablada entre aquellas espadas prontas á herir y aquellos instrumentos prontos á curar; mas los instrumentos y las espadas permanecian silenciosos como los cuatro personajes que se hallaban en el gabinete.

Miguel se acercó á una de las ventanas, y mirando al traves de los cristales de que estaban guarnecidas, dijo:

—No conocia esta quinta, y veo que tiene aspecto de una gran posesion.

—Sí, contestó Ponce, restregándose las manos de satisfaccion y de frio; está bien si-

tuada, comprende una gran extension de terreno, pero las estufas están vacías, los jardines desiertos y el parque abandonado; hay cuatro fuentes y ninguna corre, y este caseron no tiene comodidad ninguna; gastando mucho dinero se podria hacer algo.

—Pasará V. aquí muchas temporadas, añadió Guillen, dirigiéndose á Ponce; porque esta soledad convida á la meditacion y al estudio.

—No, replicó Ponce con viveza; vengo rara vez, porque ni la soledad me gusta, ni la meditacion me seduce, ni el estudio me encanta; sin embargo, soy hombre precavido, y tengo aquí dispuesta una habitacion, en la que se puede pasar perfectamente una noche, no meditando, sino durmiendo.

Hablaba así oprimiendo un boton de metal, por medio del que hizo que se abriera de pronto una puerta medio disimulada que habia en un ángulo del gabinete.

—Vean ustedes, siguió diciendo, mi dormitorio.

Los cuatro entraron, encontrándose en una pieza cuadrada bastante espaciosa para con-

tener desahogadamente una cama de caoba con colgaduras de damasco encarnado, una mesa de noche, tambien de caoba con tablero de mármol, una cómoda de nogal con herrajes dorados, un *lavabo* de la misma madera con todo el servicio de porcelana, media docena de sillas de tapicería y dos butacas de gutapercha de color de bronce.

Adornaban las paredes tres perchas de diversas dimensiones, segun el objeto á que estaban destinadas; la más grande contenia dos escopetas de caza y dos cuchillos de monte con todos los arreos propios del caso. Habia otra más pequeña conteniendo una coleccion de pipas de diversas dimensiones y dibujos; en otra se destacaban *rewolvers* de varios sistemas, coleccion curiosa, que se hallaba presidida por una preciosa carabina de tiro. Por último, se veian sobre la pared, encima del *lavabo*, dos floretes cruzados como las hojas de unas tijeras abiertas, y en los ángulos más abiertos dos caretas de alambre, colgando de las empuñaduras dos manoplas de ante amarillo. Sobre la cómoda habia una caja, y dentro de la caja dos pistolas de tiro.

Despues que el marino hubo examinado con los ojos la coleccion de armas que se ofrecia á su vista, dijo:

—Con todos estos pertrechos de guerra bien se puede dormir tranquilo; en esta habitacion la muerte anda por todas partes.

Guillen sin pasar del umbral de la puerta registró de una ojeada el dormitorio de Ponce, y volviendo la espalda con desdeñosa indiferencia, fué á sentarse junto á la chimenea del gabinete, refunfuñando estas palabras:

—¡Ah! ni un libro siquiera.

Un rumor confuso, dudoso como el de un trueno lejano, comenzó á percibirse, y todos, incluso Guillen, prestaron atencion, observando que el rumor se adelantaba, siendo cada vez más perceptible. Fué súbitamente interrumpido como si la tierra se lo hubiera tragado, volviendo todo á quedar en silencio.

No obstante, los cuatro personajes que tenemos en escena permanecieron con el oido atento, si se exceptúa á Miguel, que parecia entretenido en examinar el mérito artístico de una de las pipas que formaban la variada coleccion de Ponce.

Hè dicho que todo volvió á quedar en silencio, y en verdad no hay exactitud en mis palabras, porque luégo que el rumor cesó, de repente un hermoso mastin, fiel guardian de la quinta, aulló con tono lastimero, é inmediatamente despues sonó la campana.

—Ahí están, dijo Ponce, y salió apresuradamente á recibir á los que llegaban.

En efecto, la verja se abrió rechinando sobre sus goznes, y una berlina rodó por la ancha calle de árboles hasta llegar delante de la casa. Allí se apearon el General, el director de *El Oriente* y el Duque, diciendo el primero al dueño de la casa.

—Amigo mio, son las siete en punto.

Y así era la verdad, porque en aquel momento daban en el reloj de la quinta.

Los recien llegados siguieron á Ponce, que los condujo al gabinete donde se hallaban los otros. Todos se saludaron con verdadera cordialidad, y los dos adversarios cambiaron una fina sonrisa. Ambos estaban serenos, sin que se notára la más ligera señal de emocion en sus rostros. Eran de acero, como las espadas con que iban á batirse.

—Hemos sido puntuales, dijo el director de *El Oriente*, lo cual no tendria mérito ninguno si no nos hubiéramos visto expuestos á no poder serlo.

—¿Pues qué ha sucedido? preguntó el marino.

—Nada, contestó el General, nada en sustancia.

—¿Nada? replicó el periodista; verán ustedes: al pasar el puente de Toledo me ocurrió sacar la cabeza para examinar con qué cara corre un rio tan pequeño bajo los macizos arcos de un puente tan grande; porque, señores, ó hay que comprar rio ó hay que vender puente. A mí me hace el efecto de un niño recien nacido al que le encasquetan el sombrero de su padre. Pero es el caso, que al sacar la cabeza distinguí un coche que nos seguia á cierta distancia, y en el acto, casi por intuicion, me pareció sospechoso. Estos caballeros tuvieron la bondad de reirse de mi advertencia, pero yo insistí con todo el empeño de las grandes convicciones, y hemos tenido que dar un largo rodeo para hacerle perder la pista; porque

aquel coche nos seguia, ya lo creo, como que venía detras de nosotros.

—Indudablemente, dijo el marino, los seguia á ustedes, puesto que iba detras; pero ¿qué circunstancias particulares se lo hicieron á V. sospechoso?

—En primer lugar, contestó el director del periódico, ser coche y rodar á esta hora por el camino de Carabanchel; y en segundo lugar, que llevaba las cortinillas echadas, y me parece que no sería por evitar la molestia del sol.

Guillen tomó la palabra, replicando de esta manera:

—No es excesivamente lógica la deduccion, pues las cortinillas echadas no sirven tanto para ver como para no ser vistos; y se comprende fácilmente que ese coche misterioso ocultára otra aventura algo más tierna que la que nos ha reunido aquí á todos nosotros.

Hizo reir la réplica del doctor, produciendo una hilaridad que desconcertó al director de *El Oriente*.

Entre tanto, el General y Ponce habian

salido á elegir el mejor terreno, y habian encontrado uno bajo la sombra de los árboles del parque, que para un lance de espadas estaba diciendo comedme.

Cuando volvieron á la casa se encontraron la risa en todos los labios, y tambien tomaron su parte correspondiente en el comun regocijo.

Cualquiera que los hubiera visto allí reunidos, no habria podido sospechar el motivo que los juntaba en aquella quinta y á aquella hora. Más parecian dispuestos á una fiesta que á un duelo; y áun conociendo lo que traian entre manos, al ver el aspecto jovial y animado de todos ellos, habria sido preciso convenir con el General, en que todo terminaria felizmente con un rasguño, un abrazo y un almuerzo.

—Señores, dijo Ponce, vamos al parque. Y echó delante para enseñar el camino.

Miéntras salian en el órden que ahora verémos, Guillen se arrellanó lo mejor que pudo en la butaca más inmediata á la chimenea, y cerró los ojos con la impasibilidad

del filósofo que medita, ó del simple mortal que duerme.

Iba delante, como ya he dicho, Ponce, y lo seguia el General; el director de *El Oriente* se habia cogido al brazo del Duque, y salieron juntos; detras iban Miguel y el marino, este último llevando debajo de la capa las dos espadas que habia puesto sobre el sofá al entrar en el gabinete.

El director de *El Oriente* preguntó al Duque en voz baja:

—¿Conoces á tu adversario?

—Sí, le contestó.

—¿Y qué tal?

—Usa una guardia muy comprometida.

Casi al mismo tiempo el marino, deteniendo el paso, le preguntaba á Lanuza:

—¿Sabe V. lo que tira el Duque?

—Sí.

—¿Tira mucho?

—Bastante.

—¿Es temible?

—Tiene una estocada muy peligrosa.

Llegaron al sitio y se midieron las espadas, que eran exactamente iguales, como

hechas la una para la otra; los dos adversarios se despojaron de la ropa que podia serles molesta, y ambos quedaron en mangas de camisa. Partido el terreno en justas proporciones, tenidas en cuenta todas las circunstancias favorables ó adversas, los dos se encontraron colocados frente á frente á la distancia de tres pasos. Ponce se interpuso, presentándoles las espadas cruzadas, y ambos se inclinaron á la vez, asiendo cada uno la empuñadura de su respectiva espada. Las hojas, como si se sintieran animadas por la vida de las manos que las sostenian, brillaron á un mismo tiempo, quedando entrambas con las puntas inclinadas hácia la tierra.

Retiróse Ponce algunos pasos andando de espaldas, y á una señal convenida, que el General hizo, los dos jóvenes cayeron en guardia con igual aplomo, con igual firmeza; las espadas se tendieron, cruzándose y uniéndose la una á la otra con mutuo y particular empeño, y empezó el combate.

Ya era tiempo, porque circulaba un vientecillo fino y frio como la punta de un pu-

ñal, muy á propósito para encender el fuego de una pulmonía fulminante en aquellos pechos desabrigados, sin más defensa que la finísima tela de las camisas. Y en verdad es poco honroso dejarse matar por una pulmonía, cuando se puede morir noblemente de una estocada. Urgia, pues, oponer al frio alevoso de la mañana el calor leal del combate.

Con las espadas cruzadas y unidas, que rechinaban suavemente al rozarse, permanecian uno y otro esperando el ataque, ó calculando la mejor manera de empezarlo.

En los semblantes de los testigos se traslucia claramente la inquieta ansiedad que estas escenas producen, por mucha que sea la costumbre que haya de presenciarlas. Así es que el director de *El Oriente* contemplaba el cuadro con la boca entreabierta y excesivamente pálido; el General, cruzado de brazos, mostraba gravemente fruncido el entrecejo; Ponce, con las manos metidas en los bolsillos, se mordia afanosamente los labios, y el marino, con la capa terciada y los ojos entornados, seguia atentamente los más im-

perceptibles movimientos de los combatientes.

La calma, la serenidad con que empezaba la lucha, tenian algo de terrible, y el comandante de navío, acostumbrado á descubrir las tempestades en los horizontes más serenos, no las tenía todas consigo, y esperaba de un momento á otro el ímpetu repentino de un huracan de estocadas.

Los árboles que rodeaban el terreno tendian sobre las cabezas del grupo sus ramas entrelazadas, y hubiera podido creerse que querian ocultar al cielo la escena que estaban presenciando.

Ningun ruido, ni próximo ni lejano, venía á interrumpir este mudo espectáculo; solamente el mastin, desde un extremo de la quinta, enviaba de vez en cuando un aullido lastimero.

Decididamente ninguno de los dos adversarios queria ser el primero en acometer. En Miguel era sistema: preferia esperar al contrario, á ir á buscarlo. Era su escuela, porque se sentia más fuerte en la defensa que en el ataque. Por lo que hace al Duque, hu-

biera empezado acometiendo, y tal fué su ánimo al enfilar la espada contra su enemigo; pero se detuvo indeciso y áun desconcertado, al observar que la guardia de Lanuza era una guardia perfecta, firme, resuelta, y no la guardia dudosa que esperaba. Creyó encontrar á su adversario vendido, y lo halló perfectamente cubierto. La espada del Duque encontraba el camino cerrado, y se detenia inmóvil, sujeta por la espada de Lanuza.

En esta ocasion Miguel no tenía que ocultar á las miradas del Duque ningun remiendo en la camisa; y comprendiendo la ventaja que por el momento le daba aquella circunstancia, debió bendecir interiormente las manos de la señora Gertrúdis, que en dias ménos dichosos remendaba sus camisas, con la misma efusion, digámoslo así, con que las maldijo la mañana en que probó su destreza en la sala de armas del Duque.

Éste, como he dicho, se sintió perplejo ante la correcta guardia de su adversario, é inmediatamente formó su plan de ataque, y ciñendo su espada como una cinta á la es-

pada de Lanuza, se fué á fondo con una *contra* rápida como un rayo, que fué parada tan pronto como fué dirigida, con un simple movimiento de la mano.

Desde este momento la espada del Duque no reposó ni un instante, multiplicando las estocadas con tan furiosa rapidez, que apénas tenía Miguel tiempo de pararlas, viéndose obligado á perder terreno.

Mas ni uno ni otro se tocaban : las puntas de las espadas pasaban como centellas rozando el pecho y los hombros de los dos combatientes, y llevaban ya dos horas de lucha, sin que hubiera aparecido ni una gota de sangre. Gota rebelde, que se resistia á salir, y que el General esperaba con impaciencia verla aparecer como el íris de paz que habia de poner término al combate.

Al ver el Duque que Miguel perdia terreno, redobló su ímpetu, lanzándose sobre su adversario con una estocada tan repentina y tan vigorosa, que los cuatro testigos prorumpieron en una misma exclamacion, pues los cuatro habian visto desaparecer la punta de la espada del Duque en el hombro de Miguel.

—Nada, dijo éste contestando á la exclamacion de los testigos.

—¡Alto! gritó el marino.

Las dos espadas se inclinaron, si puedo decirlo así, hasta besar el suelo.

Fué reconocido Miguel, y vieron que la espada del Duque, desviada vigorosamente de su direccion en el momento de herir, habia rasgado la camisa, descubriendo el hombro de Miguel sin lesion alguna, y más blanco que la tela al traves de la que asomaba.

—No hay sangre, dijo Ponce.

—¡En guardia! gritó el General con voz ronca, y añadió con dureza: Tengan ustedes presente que se baten á primera sangre.

Cruzáronse de nuevo las espadas, y esta vez, dejando Miguel la defensiva, se lanzó al ataque.

Los aceros crujian retorciéndose uno sobre otro, ligándose y desligándose como dos culebras que luchan, como dos rayos que pelean atrayéndose y repeliéndose; se escurrian buscando camino y cerrándose el paso, sin poder llegar al punto adonde iban diri-

gidos los golpes, dejando en el aire relámpagos fugitivos, que no podia seguir la rapidez de la vista.

Los semblantes de Miguel y del Duque, hasta entónces serenos y casi apacibles, comenzaron á encenderse con el calor de la pelea; y con las frentes altas, centelleando los ojos y prontas las manos, daban á entender claramente que habian entrado en el período álgido de la lucha.

Redoblóse la atencion de los testigos.

En aquel momento un coche, cuyos caballos, cubiertos de lodo y espuma, humeaban por todas partes, se detuvo delante de la verja, y ántes que el lacayo saltára del pescante, un vigoroso empuje dado desde adentro abrió la portezuela, y un pié encantador y una mano preciosa aparecieron á un mismo tiempo; el pié buscando el estribo y la mano apoyándose en el ventanillo de la portezuela que acababa de abrirse, cuyo vidrio estaba descorrido.

El pié no encontró el estribo y saltó en tierra, y la Marquesa, envuelta en un abrigo de pieles, se dirigió á la verja, detras de

la que apareció el jardinero, atraido por el ruido del coche.

—Abra V., dijo Luisa con voz apagada y con ademan tan imperioso, que al jardinero le faltaban manos para abrir la verja.

—¿Dónde están? preguntó ella entrando.

—En el parque, señora; están en el parque.

La Marquesa se dirigió hácia la derecha, pero el jardinero la detuvo, diciéndole:

—Por ahí no; ése es el camino más largo. Siga V. la calle de las estufas, hasta llegar al estanque; allí encontrará V. tres caminos, tome V. el de enmedio; luégo verá á la derecha una calle embovedada, que termina en úna gruta; al otro lado de la gruta están.

—¿Hace mucho tiempo? preguntó la Marquesa con trémulo acento.

—Poco, contestó el buen hombre; pero corra V., señora, corra V.

El director de *El Oriente* se habia acercado al marino y le habia dicho:

—Compañero, esto tiene trazas de ser interminable.

—En efecto, contestó el otro testigo, se baten con una igualdad pasmosa, y se matarán de cansancio ántes de tocarse.

—En ese caso, advirtió el primero, debemos dar el lance por terminado.

—Acepto la proposicion, dijo el marino, y vamos á consultarlo.

Reuniéronse los cuatro testigos á corta distancia de los combatientes, y sin apartar de ellos los ojos, comenzaron en voz muy baja á tratar el asunto.

Sospechó el Duque inmediatamente el objeto de aquella conferencia, y dirigiéndose á Miguel, le dijo:

—Caballero, nuestros testigos se cansan; terminemos pronto.

Y al pronunciar la última palabra, se tendió rápida é impetuosamente, asestando contra su adversario la estocada decisiva.

Éste era el golpe que Miguel esperaba desde el principio del combate, y con la prontitud del rayo desvió la espada del Duque, que pasó como una flecha por delante de su pecho y tendió el brazo en toda su longitud, casi en el mismo instante en que

el Duque se iba á fondo con todo el ímpetu de su estocada favorita.

Resonó un grito agudo entre la maleza, enderezóse el Duque en contorsion violenta, llevóse ambas manos al pecho, sin soltar la espada, y retrocediendo dos pasos, fué á caer en brazos de la Marquesa.

Todo esto ocurrió en la vigésima parte del tiempo que he necesitado para referirlo.

Por pronto que acudieron los testigos, que ya habian decidido poner término al lance, no pudiendo la Marquesa sostener el peso de su hermano, cayó de rodillas, sujetando sobre el hombro la cabeza del herido, y oprimiendo su pecho con la mano, al traves de la que salia un rio de sangre.

—¡Señora! exclamó el General ayudándole á sostener al Duque, que empezaba á perder el sentido.

—¡Ay! sollozó Luisa apretando los dientes, he llegado tarde.

Ponce, que habia desaparecido desde que vió caer al Duque, llegó con Guillen, que se acercó inmediatamente al herido, y al verlo dijo :

—Marquesa.....

Pero ésta lo interrumpió, diciendo:

—Es inútil, caballero, no me separaré de él ni un momento.

Nadie se atrevió á replicar, y el médico dijo:

—Lo primero que hay que hacer es trasladarlo á la casa. Allí reconocerémos la herida y le harémos la primera cura.

Los cuatro testigos formaron con sus brazos una camilla, y seguidos de la Marquesa y de Guillen, se encaminaron á la casa.

Miguel, desde el momento que la Marquesa apareció en la escena del modo que hemos visto, sintió en su alma un dolor indecible, retrocedió espantado de sí mismo y la espada se le cayó de las manos, y fué á esconderse entre los árboles, comprendiendo el horrible efecto que su presencia debia causar en aquel sitio.

Pálido como la misma muerte, desencajado y trémulo, oculto por el tronco de un árbol, no se atrevia á apartar los ojos del cuadro que tenía delante. No queria ser visto, queria desaparecer y no podia alejarse; le

parecia que una mano de hierro lo sujetaba, pues sentia la terrible atraccion que ejerce sobre el criminal el sitio donde comete el crímen. Desde allí vió alejarse la triste y silenciosa comitiva, y sus ojos extraviados siguieron con espanto la figura de la Marquesa, que se deslizaba al traves de los árboles como una sombra.

De árbol en árbol, cortando el terreno en direccion de la casa, fué acercándose poco á poco al ángulo del edificio, que, segun su cálculo, debia corresponder al gabinete y al dormitorio de Ponce, donde presumió que debian colocar al herido. Durante algunos minutos, que le parecieron siglos, la casa permaneció silenciosa, como si nadie habitára en ella. Despues vió salir á un criado apresuradamente, y luégo oyó rodar un coche que se alejaba, y esperó inútilmente, temblando, probablemente de frio, porque se hallaba en mangas de camisa, y soplaba el vientecillo de Guadarrama, que penetra hasta los huesos.

De pronto se sintió sorprendido por un rumor que sonaba á su espalda, y vió llegar

un coche, que se detuvo delante de la puerta, detras del que venía otro coche escoltado por dos municipales á caballo. A la portezuela del primer coche iba el jardinero á pié, con su gorra de piel de conejo en la mano. De este coche salió un sacerdote anciano, que subió penosamente la escalera, apoyándose en el hombro del jardinero.

Del segundo coche vió con ojos atónitos salir á Matusalem, que de un salto se puso en la puerta, y despues vió aparecer á Redondo; y vió, por último, á los municipales echar pié á tierra, y subir á compas, haciendo sonar sus enormes espadas y sus largas espuelas sobre la piedra de la escalinata.

Uno en pos de otro fueron desapareciendo detras de la puerta de la casa, y nada más volvió á oirse.

Miguel tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol, porque conoció que su cabeza se desvanecia y que empezaban á faltarle las fuerzas.

De repente atravesó las paredes de la casa un grito terrible, semejante al que habia oido al hundir en el pecho del Duque la

punta de su espada, y se estremeció como si aquel grito lo hubiera herido en el alma.

Siguió al grito rumor confuso de voces, y oyó distintamente pasos precipitados, que herian con violencia el pavimento.

Los ojos de nuestro desdichado héroe, clavados en la puerta con toda la rabia de la más dolorosa curiosidad, vieron aparecer á Matusalem, que se precipitó por la escalinata como arrebatado por un terror invencible, diciendo:

—Está loca, está loca.

Detras, detenida por Guillen y por Ponce, apareció la Marquesa, y tendiendo su mano crispada hácia Matusalem, que huia, gritaba:

—Ése, ése es el asesino; él es el verdadero autor de este sangriento crímen.

Y volviéndose á los que la contenian, exclamó con indignacion profunda:

—Permita Dios que caiga sobre su cabeza la sangre que acaba de derramarse.

Miguel se enderezó al oir aquellas palabras, y apretando los puños y rechinando los dientes en un acceso de furor repentino,

se escurrió entre los árboles, buscando el camino más corto para salir al encuentro de Matusalem, que corria en direccion á la verja. Mas no pudiendo alcanzarle por la distancia que los separaba y la prisa con que Matusalem huia, le gritó:

—Espera..... miserable..... espera.

Volvió la cabeza el fugitivo, y viendo á Miguel en cuerpo de camisa, desgreñado é iracundo, rompió en resuelta carrera, y salió de la quinta bramando y diciendo:

—¡Otro loco! ¡Otro loco!

FIN DEL LIBRO CUARTO.

# INDICE

## DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO CUARTO.


Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO.—La triple alianza. . . . . 5
CAP. II.—La platea, el palco y la butaca. . . 35
CAP. III.—El cazador de leones. . . . . 69
CAP. IV.—Ni el uno ni el otro. . . . . 101
CAP. V.—Donde parece que va á romperse de nuevo la tela de la araña. . . . . 131
CAP. VI.—La madre y la hija. . . . . 165
CAP. VII.—En el que verá el lector cómo se rompen las hostilidades. . . . . 197
CAP. VIII.—Agudo y Redondo. . . . . 227
CAP. IX.—Dos millones de reales que caen por la chimenea. . . . . 259
CAP. X.—De la lengua á las manos. . . . . 289
CAP. XI.—Datos indispensables para llegar al capítulo siguiente. . . . . 319
CAP. XII.—La quinta de Ponce. . . . . 351


FIN DEL ÍNDICE.